

Bienvenidos a
Libertad

Juan Polaino
López

AL LECTOR

Los protagonistas de esta historia son hombres terrestres pero no hablan ningún idioma de los existentes en nuestro planeta. Tampoco usan los mismos caracteres que usamos nosotros al escribir, ni siquiera la numeración decimal.

No utilizan unidades de medida como el metro, el segundo, yardas, libras, arrobas, ni ninguna de las unidades estándar que se usan en la Tierra.

No es éste el momento de indicar las tablas de equivalencias entre sus unidades de medida y las nuestras. Baste saber que el idioma, los números y las medidas han sido traducidas a nuestro idioma para facilitar la lectura de la historia.

La estación orbital en la que transcurre la acción ha sido construida por terrestres que usan el sistema métrico decimal por lo que en él hay algunas estructuras que tienen medidas exactas. Su radio por ejemplo es de, exactamente, novecientos metros.

De ahí que cuando describimos una distancia de novecientos metros ellos medirán una cantidad de sus propias medidas de longitud, que encima pondrán en hexadecimal y con sus propios caracteres extraterrestres.

Igual consideración debemos hacer con las medidas de tiempo y masa.

También menciono varios principios científicos. He preferido nombrarlos con los nombres por los que se conocen aquí, en la Tierra. Por ejemplo, cuando menciono la fuerza de Coriolis, fuerza que tendrá mucha importancia en esta historia y en cualquier estación orbital que se construya en el futuro, tened en cuenta que ellos no la llaman realmente así. Le darán el nombre que le den en el planeta del cual procede el lenguaje que hablan los personajes. Pero la fuerza de Coriolis seguirá existiendo en todo el universo se llame como se llame. Si yo uso su nombre terrestre es una simple licencia literaria. Para eso soy el autor.

Una cosa más. Como ya he dicho, el lenguaje que hablan los personajes es extraterrestre. Sin embargo aparecerán palabras en un idioma de la Tierra. Éstas las pondré en cursiva, por lo que cuando veáis la palabra *Libertad* podéis asumir que es una palabra que ellos no entienden, una palabra extranjera de la que desconocen el significado.

¿En qué idioma de la Tierra están escritas estas palabras?. Bueno, tampoco eso lo puedo decir todavía ni tiene mucha importancia. Descartad los cinco idiomas más importantes de nuestro planeta y elegid cualquiera de los cinco siguientes. Tiene tantas posibilidades como cualquier otro como ya veréis más adelante.

Espero que disfrutéis leyendo esta historia, como yo he disfrutado escribiéndola.

LA FUERZA DE CORIOLIS

Todo cuerpo que esté sometido a un movimiento de rotación tiene una velocidad angular. Al mismo tiempo, cada uno de los puntos del mismo tiene también una velocidad lineal. En un cuerpo sólido en rotación se producen pares de fuerzas que provocan tensiones centrípetas. Si un objeto dentro de este cuerpo se acerca al eje de rotación, la velocidad lineal tiende a ser la misma, y eso hace que aumente la velocidad angular.

Parece muy complicado pero es bien sencillo. Imaginad una piedra atada al extremo de una larga cuerda. La ponéis a dar vueltas sobre vuestra cabeza haciendo que la cuerda se enrolle alrededor de vuestro brazo. Si la velocidad lineal de la piedra era de 20 Km/h, seguirá siendo la misma hasta que se detenga al chocar con el brazo pero, al ser la cuerda cada vez más corta, cada vuelta se completará en menos tiempo que la anterior.

Los bailarines y los artistas del patinaje sobre hielo saben que cuando están dando vueltas con los brazos en cruz sobre las puntas de los pies, al acercar los brazos al cuerpo su velocidad de giro aumenta vertiginosamente y al volver a abrir los brazos disminuyen la velocidad de giro. No es magia, es la fuerza de Coriolis.

Otro efecto bastante interesante de esta fuerza lo conocen los artilleros. La velocidad angular de todos los puntos de la Tierra es la misma, pero la velocidad lineal es menor mientras más cerca estamos del eje de rotación de la Tierra, los polos en este caso.

España, por ejemplo, se mueve alrededor del eje de la Tierra a unos mil doscientos Km/h en dirección Este. Inglaterra, en cambio, al estar más cerca del eje de la Tierra se mueve a unos novecientos Km/h. Es decir, España va trescientos Km/h más rápido que Inglaterra. Si un artillero dispara una bala de cañón desde Madrid, apuntando directamente a Londres y la bala tardase una hora en llegar, ésta caería exactamente a trescientos kilómetros al este de su objetivo porque la bala, además de su velocidad en dirección Norte, también lleva consigo la velocidad de mil doscientos Km/h en dirección Este a la que sale de España, por lo que adelantaría a Londres en su viaje hacia el amanecer. Evidentemente, lo que haría un buen artillero sería apuntar trescientos kilómetros al Oeste de Londres y la bala caería en Picadilly Circus.

Por contra, si la bala se lanzase desde Londres hasta Madrid, llevaría consigo la velocidad de 900 Km/h en dirección Este, y como Madrid va mucho más rápida la bala caería en algún bello pero, espero, deshabitado paraje de Extremadura.

Es decir, bien sea que disparemos al norte o al sur, la bala siempre se desviará hacia la derecha en el hemisferio Norte. Lógicamente en el hemisferio sur se desviarían hacia la izquierda tanto si disparamos hacia el norte como hacia el sur.

(Pido perdón a Madrileños, Londinenses y Extremeños por haber usado sus ciudades para tan bélico ejemplo)

Esta fuerza explica también porqué las corrientes oceánicas, los vientos dominantes y el agua de las bañeras al vaciarse, giran siempre hacia la derecha en el hemisferio norte y hacia la izquierda en el sur.

En cualquier estación orbital que se construya en el futuro no habrá gravedad. Ésta tendrá que simularse mediante la rotación de toda la estación y eso provocará fenómenos que pueden sorprender incluso a quien comprenda perfectamente la fuerza de Coriolis.

A Javier, que me lo preguntó.

ANDIS

CAPITULO I

Junto a la puerta de la sala de mando, Andis se detuvo sorprendido.

Aunque siempre había soñado viajar algún día al espacio y más allá, a las estrellas, nunca, ni en sus mejores sueños, había sido capaz de imaginar siquiera la belleza de las imágenes que contemplaba.

Una sucesión de rutilantes estrellas cubrían el firmamento que podía verse a través de las pantallas panorámicas de la sala de control. La resolución no era muy alta pero aun así era capaz de ver cien veces más estrellas de las que se podían ver desde la superficie de la Tierra en una tranquila y despejada noche sin luna.

Aún no habían llegado a su destino, faltaban unos doscientos kilómetros, por eso Andis, después de haber dejado a Miro terminando de revisar la lanzadera, se había dirigido a la sala de control para estudiar los últimos datos recogidos de la estación a la que se dirigían.

Casi podía decirse que desde que despegaron de la Tierra, ocho horas antes, no había tenido tiempo de asomarse a la ventana más cercana para echar un vistazo, había demasiadas cosas que hacer antes de poder parar para descansar. Las cuñas gravitacionales, por ejemplo, en el momento del despegue fueron usadas para facilitar el trabajo de los motores consiguiendo así un importante ahorro de combustible, pero debido al uso que se les debía dar más adelante, tenían que desmontar varias piezas y dejarlas sujetas al casco sólo con unos cuantos pernos con el fin de facilitar su posterior traslado a la estación de los Antepasados.

Como no harían falta tampoco los repulsores hasta el regreso a la Tierra, éstos también se habían desmontado y trasladado al almacén que había junto al hangar de la nave.

En total habían sido siete horas de duro trabajo en las que, al mando de Pactor y su equipo, había despejado los hangares de todo lo que pudiera estorbar durante la exploración que se avecinaba.

Por fin había terminado, cuando apenas pasaban unos minutos del tiempo que él mismo había previsto, y se dirigió a la sala de mando a repasar, y corregir de ser necesario, los planes de la exploración que tendría lugar antes de que pasara una hora.

Al entrar, iba a dirigirse a Karel pero antes de hacerlo quedó impresionado por lo que se veía a través de las pantallas. ¿De dónde habían salido tantas estrellas?

Desde inmensas distancias llegaba el resplandor de infinitas estrellas. Algunas de ellas estaban tan lejos que su luz tardaba miles de años en llegar a la Tierra y su brillo, apagado por la distancia y el polvo interestelar iba decayendo hasta apagarse. Muchas noches Andis había paseado por la playa en completa oscuridad y estaba familiarizado con las constelaciones que poblaban el firmamento, pero ahora le resultaba difícil reconocer algunas de ellas.

“Esas de ahí son el centro del Diamante, estaría dispuesto a asegurarlo”.

Las tres estrellas perfectamente alineadas le habían servido de indicio para reconocerla. Bajo ellas a veces podía verse la Mácula, una tenue mancha azulada que resultaba difícil de ver a simple vista pero que a través de las pantallas se revelaba como un grupo de hermosas turquesas brillando a través de una lejana nube de polvo que le confería un matiz casi irreal. Sí, era el Diamante pero acompañado de cientos de estrellas que desde la superficie de la Tierra sólo podían ser vistas con telescopio.

Reponiéndose de la sorpresa inicial observó los monitores. La velocidad de la nave estaba reduciéndose con rapidez y aunque aún faltaban más de cien kilómetros para llegar a su objetivo, éste se dibujaba con precisión en las pantallas. Las cámaras y todo tipo de detectores habían explorado hasta el último centímetro cuadrado de la estación orbital, ondas de radar y rayos láser habían sido dirigidos hacia ella para estudiar en sus reflejos la composición de su corteza. Hasta se habían captado los neutrinos que, procedentes de lejanas estrellas, atravesaban la estación para componer una radiografía en la que se podía apreciar la hueca estructura de la esfera.

La actividad de la sala de mando aumentaba conforme las respuestas que encontraban suscitaban nuevas preguntas y, observándolo todo desde el puente de mando, estaba Karel.

Éste estaba cómodamente arrellanado en su sillón en medio de la sala contemplando con aparente indiferencia los monitores que tenía ante él. Andis no se dejó engañar, aunque aparentaba indiferencia, Andis sabía desde hacía tiempo que esa era la actitud que tomaba Karel cuando estaba en tensión. ¿Y cómo no iba a estar en tensión cuando apenas faltaban unos minutos para llegar a su destino?

Hacia sólo tres meses que le habían ascendido a su grado actual y Andis intentaba imitar el comportamiento de los jefes que conocía, pero aún no había adquirido la facilidad que tenía Karel para conservar la tranquilidad cuando a su alrededor todos los demás hombres se dejaban dominar por el nerviosismo.

Se acercó al puesto de mando y esperó que Karel notara su presencia.

- Andis, informa. - dijo Karel, por fin.

- Karel, hemos completado los trabajos previstos en los almacenes del hangar. Todo el equipamiento que hay que trasladar a la estación ha sido preparado para su embarque inmediato. Miro y Draken están terminando de revisar las lanzaderas. He enviado a los demás hombres a descansar.

- Está bien. Estamos a punto de terminar la travesía así que aprovecha la media hora que nos falta para revisar los datos recopilados por el ordenador.

- Sí, Karel.

Andis se dirigió hacia una de las varias consolas de mantenimiento que había junto a las paredes de la sala de mando. Se sentó ante ella y pidió al ordenador que le mostrara el cuadro de investigación. Seleccionó varios archivos y comenzó a estudiarlos.

De vez en cuando volvía la vista para ver cómo Trikar y Cabo dirigían las maniobras que llevarían a la nave a detenerse en las cercanías de la estación. Mas allá de Navegación estaba el puesto de Investigación. En él se sentaban cuatro hombres dirigidos por las rápidas e impacientes órdenes de Lodren.

- Tooper, cambia la frecuencia de recepción a los catorce mil Armstrong y vuelve a verificar la composición del escudo sur. ¿Por qué es de distinto color que el escudo norte?. Diren, intenta afinar más en el análisis de la estructura interna de los edificios de la torre norte.

- Sí, Lodren.

Andis actualizó los archivos que tenía en pantalla en ese momento y vio que la información que contenía había aumentado en varias docenas de páginas. Les echó un rápido vistazo y se detuvo en lo que Lodren acababa de mencionar. De los dos escudos que cubrían casi por completo la estación orbital, el escudo norte parecía estar compuesto de una aleación de silicio y aluminio con trazas de otras sustancias que aumentarían su resistencia a los cambios extremos de temperatura.

El escudo sur, aparte de ser más pequeño, no tenía apenas trazas de aluminio. Arsenio, silicio, cobre, galio, varios polímeros plásticos y trazas de metales pesados. Sólo podían analizar la luz reflejada del sol y de varios haces de ondas que habían lanzado y aún estaban demasiado lejos para reconocer detalles de menos de siete centímetros de tamaño, pero daba la sensación de que la superficie del escudo sur estaba teselada en una trama hexagonal que la cubría por completo.

Continuó revisando los informes hasta que Karel habló por fin.

- Trikar, fija la posición en el plano ecuatorial de la esfera, a cinco mil metros de ella.

- Sí, Karel.

Lodren Badeso, tomando la orden como señal para presentar su informe, se dirigió al puente de mando. Andis se aproximó también.

- Karel, hemos recopilado todos los datos posibles acerca de la estación. Es una esfera hueca de mil ochocientos metros de diámetro que gira a razón de una revolución por minuto. El eje de rotación es perpendicular a la eclíptica y de los polos parten dos torres de treinta metros de diámetro. La torre norte se eleva hasta novecientos metros de altura y está rodeada, desde los trescientos metros hasta el extremo, de numerosos edificios, algunos de ellos de hasta cincuenta mil metros cúbicos. La torre sur se extiende hasta casi tres kilómetros de longitud pero a su alrededor no se han construido edificios, así que ignoramos el motivo de que sea tan larga. El hemisferio norte de la esfera está cubierto por completo por unas superficies troncocónicas que la protegen de los rayos del sol, imagino que debe ser un sistema de captación de calor y de protección contra los meteoritos y radiaciones cósmicas. Lo extraño es que el escudo sólo cubre el hemisferio norte de la esfera, en el hemisferio sur hay otro escudo pero que no llega a cubrir más que un diez por ciento del mismo. Y otra cosa, si bien la composición del escudo norte reafirma la hipótesis de que pueda tratarse de una defensa antirradiaciones, la del escudo sur es radicalmente distinta, aún no hemos averiguado el motivo.

- ¿Se ha detectado alguna actividad energética?.

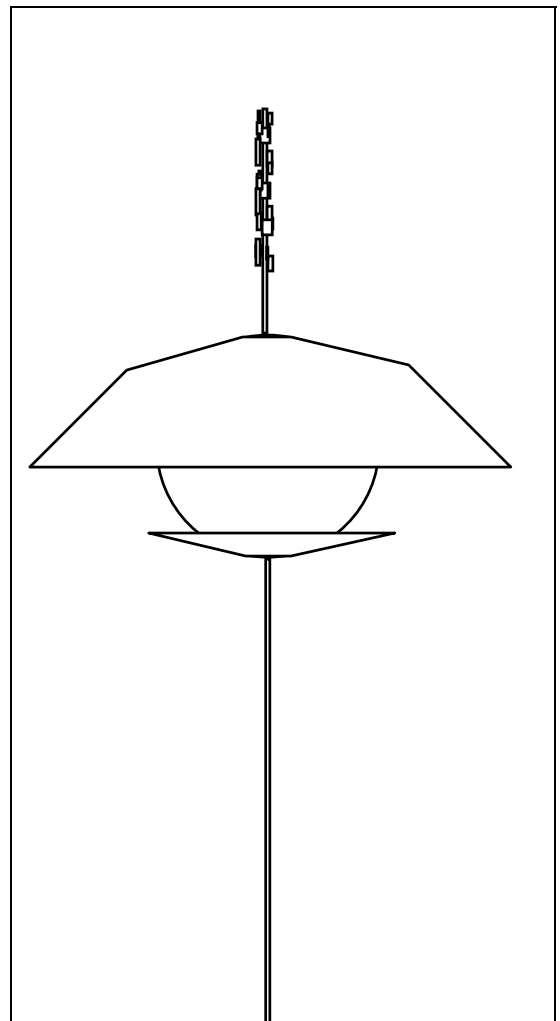
- Ninguna. La estación está completamente muerta.

- ¿Aberturas?, ¿puertas?.

- Sí. Hemos detectado varias compuertas de comunicación a mitad de la torre sur y unas cincuenta más repartidas por los edificios de la torre norte, aunque están todas cerradas.

- Muéstrame en pantalla las compuertas que has localizado.

Lodren tecleó unas órdenes en la consola que llevaba en el brazo izquierdo y el plano de la estación apareció en una parte de la pantalla que cubría las paredes de la sala de mando. Unos cincuenta recuadros de diversos tamaños señalaron otras tantas compuertas que había en la estación.



Andis observó las pantallas con detenimiento. Según los planes elaborados hacía ya más de un año tendría que partir antes de media hora en una lanzadera para realizar la primera exploración de reconocimiento. Intentó considerar cuál de aquellas compuertas le permitiría pasar al interior y cuál se lo impediría.

- Andis, ¿qué opinas?. - preguntó Karel.

- Bueno, en la torre sur hay cinco compuertas, cuatro de ellas bastante grandes y la otra, más pequeña, en la base, donde la torre se une a la esfera. Una similar se encuentra en la base de la torre norte. El resto de las compuertas, de muy diversos tamaños, se encuentran diseminadas entre los edificios que rodean la torre norte. Pienso que será más probable encontrar allí alguna que se pueda abrir desde el exterior.

- No. - intervino Lodren - Algunos de esos edificios llegan hasta casi cien metros del eje de la torre. Debido a la rotación de la estación se desplazan a más de cuarenta kilómetros por hora. La fuerza centrífuga no es muy fuerte pero la inercia podría destrozararte si das un mal paso.

- ¿Qué sugieres entonces?.

- La entrada sólo se podrá realizar por la superficie de las torres. Aquí, en la torre sur, hay varias compuertas de tamaño suficiente para que pudiera entrar hasta una lanzadera, si bien la rotación podría dificultar el acceso. Supongo que debe haber alguna forma de abrirlas desde el exterior. De no haberla, tendremos que abrir un agujero en la torre para pasar al interior.

Andis miró la pantalla, preocupado. No le gustaba la idea de entrar en la estación haciendo agujeros que luego tendrían que tapar y menos sin saber lo que encontrarían al otro lado de las paredes.

- ¿Y estas compuertas?. - preguntó señalando las que se encontraban en la base de cada una de las torres.

- Supongo que debían ser para salidas de mantenimiento, demasiado pequeñas para introducir por ellas toda la maquinaria que vamos a necesitar.

- Pero si son salidas de mantenimiento, digamos que para que salieran los Antepasados a realizar pequeñas reparaciones en la superficie de la esfera o de las torres, probablemente tendrán un sistema de apertura desde el exterior. Es posible que podamos entrar por ellas para realizar la primera exploración. Después encontraremos la forma de abrir las compuertas más grandes de la torre sur desde dentro.

- Bien, - concluyó Karel - eso es lo que haremos. Andis, dirígete a los hangares y prepárate para partir de inmediato. Intentarás entrar por cualquiera de las compuertas de las bases de las torres, la que consideres que ofrece más garantías de éxito. Mientras Andis realiza el primer reconocimiento, tú, Lodren, monitorizarás su avance y evaluarás las condiciones de la estación.

- ¿No voy a ir, entonces?

- No, Diren irá en tu lugar. Tú partirás con el primer equipo de reparaciones.

- Perdona, Karel, pienso que podré evaluar mejor las condiciones de la estación si estoy presente. Desde allí puedo indicarle a Tooper o a Diren el material que necesitaremos.

- Lo sé. Sin duda eres el mejor ingeniero que tenemos, pero en esa estación vamos a encontrar muchos aparatos contruidos por los Antepasados, y el mejor especialista en maquinaria y tecnología antigua es Diren. Él irá.

Con un gesto de disgusto, Lodren se apartó dirigiéndose a su puesto para dar las órdenes oportunas a sus hombres.

Por su parte, Andis también se sintió molesto. Había contado con que Lodren le acompañaría y, en su defecto, hubiera preferido a cualquier otro antes que a Diren. No tenía nada en contra de Diren pero era un Mayor y siempre le había molestado la condescendencia con que los Mayores parecían tratar a los que, como él, eran de la segunda generación. Ciertamente Lodren era también un Mayor, pero era distinto.

- Andis, - preguntó Karel - ¿Has acabado de estudiar los últimos informes?.

- Sí, Karel.

- Entonces será mejor que te prepares. Quiero que la primera fase de la exploración termine lo antes posible.

- Sí, Karel.

Andis salió de la sala de mando y se dirigió a los vestuarios. Le hubiera gustado darse una ducha rápida que le limpiase y relajase pero no tenía tiempo. Abrió un armario y de él extrajo el traje que colgaba de un riel del techo. Desconectó la consola que llevaba en el brazo izquierdo y la introdujo en un compartimento donde, al cerrarse el armario, una fuente energética recargaría las baterías. A continuación extrajo un riel del que colgaban las diferentes piezas corporales de su traje. Sacó en primer lugar los pantalones que pesaban sus buenos veinte kilos enfundándose en las piernas. Conectó los tubos de los depósitos de orina y heces antes de abrocharse el cinturón. Una vez con los pantalones ajustados comprobó que los sistemas de calefacción de las piernas funcionaban correctamente. Agachándose se colocó bajo la parte superior del traje que aún colgaba en su percha y se alzó con los brazos hacia arriba para meterlos en las mangas. Tirando ligeramente hacia abajo, la percha se deslizó sobre un segundo riel haciendo que el traje reposara sobre sus hombros sin descolgar aún todo su peso. Sacó las manos por las mangas y se dedicó durante más de dos minutos a asegurar todas las conexiones eléctricas e hidráulicas. Ante su barbilla, bajando la vista, tenía los dos monitores que le permitirían ver todo lo que captasen las cámaras de vídeo que llevaba el traje así como cualquier imagen que pidiese al ordenador. Comprobó las conexiones y los cierres de la cintura. Satisfecho del resultado ordenó descolgar la mochila que estaba unida al dorso del traje. Ésta contenía el ordenador del traje, encargado de controlar todas las funciones del mismo. También contenía la batería, un

reciclador de orina, un depósito de raciones alimenticias concentradas y un compresor de aire. De varios puntos de la mochila salían diversas cámaras que miraban en todas direcciones y todos los aparatos necesarios para comunicarse por radio con el ordenador de la nave. Por último, en la parte inferior de la mochila y accesible desde el exterior, había una caja llena de linternas, anclajes, lanzadores y otras herramientas que pudieran ser necesarias durante la exploración. Dicha caja estaba montada sobre unos brazos articulados que se podían extender para colocarla delante del cuerpo facilitando el acceso a las distintas herramientas. El traje contenía aire para unas doce horas pero si podía repostar de vez en cuando podría tenerlo puesto durante más de tres días.

Tras conectar el ordenador del traje, hizo una última comprobación de los sistemas internos y, satisfecho del resultado, se puso un cinturón del que colgaban varias eslingas para colgar herramientas y un torno con una cuerda de más de cincuenta metros de longitud y abandonó los vestuarios para dirigirse a los hangares.

A través de la puerta que se veía al fondo pudo ver un trozo de la estación orbital a la que se dirigirían. El interior del hangar era amplio y espacioso, había sitio más que suficiente para alojar hasta cuatro lanzaderas pero sólo dos ocupaban sus respectivos lugares a ambos lados del hangar. Al aproximarse sintió que la gravedad comenzaba a disminuir hasta establecerse a un octavo de la intensidad normal que había en el resto de la nave. Agradeciendo la disminución del peso del traje, compensó la menor gravedad haciendo movimientos más lentos y cuidadosos para evitar salir flotando de forma incontrolada.

Alcanzó la lanzadera y penetró en ella pasando por la vacía zona de carga hacia la cabina de mando.

Miro, Torio y Diren ocupaban ya sus respectivos asientos ante las consolas de navegación, comunicaciones y control.

Miro estaba terminando de ajustar los mandos.

- Todos los sistemas funcionan correctamente. - dijo al verle entrar - La salida está prevista para dentro de seis minutos.

- Bien, Miro. - dijo Andis - Avisame cuando estemos a punto de partir.

Mientras Miro ultimaba los preparativos hizo un rápido repaso de la misión. Llegarían a una de las torres. Encontrarían la forma de abrir las compuertas. Si no lo conseguían tendrían que taladrar las paredes. Desde la torre pasarían al interior de la esfera y contemplarían lo que allí les esperaba. Analizarían los desperfectos que hubiera en la estación y calcularían el tiempo que necesitarían para repararlos. Después sería Kander quien decidiría lo que había que hacer aunque Andis confiaba en que podrían seguir adelante con los planes que tenían trazados.

Se sujetó con unos arneses a su asiento. No pasaron más de quince segundos antes que notara cómo la gravedad en el interior del hangar se iba reduciendo hasta desaparecer por completo. Se abrieron unas compuertas ante ellos y los hombres que aún quedaban en el hangar se apresuraron a despejar el camino de la lanzadera.

- Torio, - dijo Miro - comprueba las comunicaciones.

- Comprobadas. Todo está correcto.

- Diren, suelta los anclajes de la lanzadera.

Un fuerte sonido metálico resonó por las paredes de la cabina al quedar la lanzadera liberada de los anclajes que la aseguraban al suelo del hangar. Miro conectó los motores y les dio un leve impulso lateral para colocarse directamente frente a las compuertas. Con lentitud, la lanzadera avanzó hacia aquellas.

Andis notó un familiar cosquilleo en cada centímetro de su piel al atravesar el campo de fuerza que retenía el aire de la nave.

¡Estaban por fin en el espacio!.

Andis no había tenido hasta ese momento conciencia plena de ello. Dentro de la nave, con la gravedad artificial, el ambiente controlado, la perfecta iluminación, no se llegaba a asimilar el hecho de encontrarse realmente a más de trescientos mil kilómetros de la superficie de la Tierra, lo mismo podrían haberse encontrado en una sala de entrenamiento que imitara a la perfección el interior de la nave. Ahora en cambio sentía el espacio a su alrededor. Las estrellas que veía a lo lejos no eran proyecciones en unas paredes situadas a cuarenta metros de distancia, su luz había viajado años, siglos y hasta milenios antes de atravesar los cristales de las ventanas e impresionar sus retinas.

Tras ellos quedó la nave con toda la tripulación esperando el resultado de su exploración. Sintió un momento de pánico ante la responsabilidad que recaía sobre sus hombros, pero una ola de Confianza le tranquilizó desde la nave.

Sintiéndose agradecido, respiró profundamente y concentró su mente y sus esfuerzos en observar la estación que seguía girando allá, frente a ellos.

A tres mil metros de distancia podía apreciar con claridad hasta el más mínimo detalle. La estación daba una vuelta sobre su eje cada minuto, es decir, que si las suposiciones de Diren eran correctas y los Antepasados vivían en la superficie interna de la esfera, en el ecuador de la misma tendrían una fuerza centrífuga muy similar a la gravedad terrestre. Según Diren, los edificios de la torre norte serían fábricas donde se procesarían productos difíciles de fabricar en la Tierra o que servirían para fabricar naves para la exploración espacial. En cuanto a la utilidad de la torre sur, o más bien los motivos de que fuera tan larga, no los había averiguado nadie. Como también ignoraban por qué parte de la esfera estaba cubierta por una especie de escudos troncocónicos que no podían ser antirradiaciones pues eran demasiado finos ni tampoco harían falta ya que el grosor de las paredes era de más de quince metros en casi toda la superficie de la esfera, espesor más que suficiente para detener la mayor parte de las radiaciones cósmicas.

Llegó el momento de decidir si iban a intentar entrar por la compuerta de la torre norte o por la de la torre sur. Lo lógico, ya que las compuertas más grandes estaban en la torre sur, sería elegir ésta para intentar entrar, aunque para ello tendrían que darse la vuelta. Andis se imaginó a sí mismo de pie, boca abajo, colgando de la parte más baja de la esfera.

Sin gravedad de ningún tipo no habría diferencia entre elegir una u otra torre pero Andis se sentiría mucho más tranquilo si elegían la torre norte.

- Miro, dirígete a la base de la torre norte.

- Sí, Andis.

Se acercaron lentamente. La estación ocupaba cada vez mayor parte de las pantallas hasta que, sin saber el momento exacto en que ocurrió, dejaron de acercarse a una gigantesca esfera para más bien descender sobre una huidiza superficie que volaba vertiginosamente bajo ellos. Estaban sobrevolando uno de los escudos, el mayor, que cubría casi por completo el hemisferio norte de la esfera.

- ¿A qué velocidad gira la superficie?.

- A una revolución por minuto. - respondió Diren.

- Velocidad lineal. - aclaró Andis con frialdad.

- ¡Ah!, en el borde exterior del escudo norte a seiscientos ochenta y cinco kilómetros por hora.

A sesenta metros de distancia de la superficie del escudo, éste era un borrón en el que de vez en cuando se veía alguna mancha irreconocible pasar bajo ellos como una exhalación.

De toda la estación solo podían ver en aquel momento la parte exterior del escudo norte, una superficie recta hacia delante y hacia atrás pero curvada a los lados.

Justo enfrente, asomándose por el borde delantero de la superficie sobre la que se deslizaban, podían ver la parte superior de la torre alzándose hacia la nebrura tachonada de estrellas del firmamento.

Alcanzaron el borde donde la superficie del escudo se inclinaba abruptamente hacia la esfera para encontrarse con ella a ciento cincuenta metros de la torre.

Al contemplarla desde tan cerca, apenas novecientos metros, se la imaginó como una brillante lanza clavada en la superficie de la Tierra. Sería imposible construir una torre tan fina y tan alta en la superficie del planeta, el material más resistente conocido no sería capaz de soportar sobre una base de treinta metros de diámetro el peso de una torre de casi un kilómetro de alto. Y desde los trescientos metros de altura la torre estaba rodeada de edificios gigantescos que colgaban hacia los lados, algunos hasta más de cien metros de distancia del eje de rotación.

Intentó calcular las dimensiones del primero de los edificios. Supuso que tendría unos ochenta metros de largo por sesenta de diámetro. La nave en la que habían venido podría alojarse con toda comodidad en su interior si es que tuviera algún medio de penetrar, pero las puertas que había en su superficie apenas tendrían unos cinco metros de largo por tres de ancho. Al girar la torre ante él vio que el edificio no rodeaba el eje por completo, al otro lado había dos edificios más pequeños pero con puertas del mismo tamaño. Y más arriba, a unos setecientos metros de altura sobre la base de la torre, vio un edificio tres veces más grande que el que había llamado su atención en primer lugar.

La velocidad de la superficie sobre la que viajaban era menor conforme se acercaban a la torre y ya podían apreciarse las estructuras que sobresalían apenas un metro sobre el terreno circundante. Tampoco nadie había podido explicar la función de estas estructuras.

Llegaron hasta unos cincuenta metros de su destino y Miro dio instrucciones para fijar la posición de la lanzadera.

- Bien, Miro, ¿podrás aterrizar aquí?.

- Sí, Andis. La rotación de la esfera supone una dificultad pero puedo igualar la velocidad y el giro con el punto de la superficie donde vayamos a aterrizar. Una vez hayamos hecho contacto tendremos que anclarnos magnéticamente para evitar ser despedidos por la fuerza centrífuga.

- ¿Qué fuerza tendrá ésta?.

- Según la distancia al eje a la que aterricemos, entre la vigésima y la décima parte de la gravedad terrestre. Nada que nos deba preocupar.

- Bien. Procede al aterrizaje.

- Sí, Andis. - tras consultar varios datos con el ordenador pidió - Diren, programa el lanzamiento de tres anclajes a diversos puntos de la superficie. Aterrizaremos con la proa apuntando hacia la torre en... Sí, en este punto. Los anclajes deberán tensarse en el momento en que toquemos la superficie.

- Sí, Miro.

Aunque Diren formaba parte del equipo de Lodren y tenía mayor graduación que Miro, al ocupar el puesto de copiloto estaba a sus órdenes. Con rapidez, dio las instrucciones precisas al ordenador. Eligió los puntos y los instantes exactos en que se dispararían los anclajes, y, terminada su tarea contempló a Miro mientras éste terminaba sus cálculos.

A Diren no le gustaba esta maniobra. Miro era un buen piloto, quizás no tan bueno como Trikar, que había conseguido la puntuación más alta de entre todos los que habían recibido entrenamiento en la Tierra, pero allí, en el espacio, a más de trescientos mil kilómetros de la Tierra, ¿qué podría pasar si tenían un accidente?. ¿Y si Miro no conseguía fijar la situación al primer intento?. Al fin y al cabo era la primera vez que manejaba una lanzadera,

independientemente de las horas que hubiera pasado en el simulador: podía cometer un fallo. Según la trayectoria que Miro estaba programando pasarían rozando la superficie a la misma velocidad que ésta. Si fallaban continuarían su avance y, retenidos por las cuerdas que iban a asegurarlos podrían verse desviados para estrellarse, sin tiempo para reaccionar, contra la superficie de la esfera.

Volviéndose hacia el ordenador de a bordo, Diren añadió unas instrucciones para que éste soltara los anclajes en caso de emergencia. Más tranquilo, contempló la estación a través de la ventana. Se sentía irresistiblemente atraído hacia ella. Sabía que allí podría encontrar muchísimas respuestas a preguntas imposibles de plantear en la Tierra. Había luchado como nadie para ser de los primeros en abordar la base espacial de los Antepasados y, por fin, lo había conseguido. Incluso convenció a Karel de que él podía comprender mejor que nadie las máquinas que pudiesen encontrar, no en vano había sido su campo de estudio en los últimos ocho años. Intentó calmar su excitación antes de llamar la atención de Kander. Lo había conseguido. Pronto, muy pronto, podría encontrar miles de respuestas.

* * * * *

La lanzadera, guiada por el ordenador según el programa introducido por Miro, comenzó a alejarse de la torre acercándose al mismo tiempo a la esfera. Una vez alcanzada la posición elegida aceleró lentamente hacia aquella. Andis pensó que el rumbo les llevaría a estrellarse contra la estación, pero la pantalla del ordenador mostraba una imagen distinta. El rumbo seguido no llegaría a tocar en ningún momento la superficie aunque en el momento de máxima aproximación pasaría a menos de diez centímetros. Al mirar por la ventana, en cambio, le parecía que se estaban acercando mucho más de lo que informaba el ordenador. A menos de veinte metros de su destino, cuando creía que serían aplastados por la inmensa mole que se cernía bajo ellos, se sintió tranquilizado por Kander.

Aflojó los nudillos que habían estado apretando inconscientemente los brazos de su asiento y se dedicó a observar a sus hombres. Tanto Miro como Torio aparecían relajados, como si comprendieran que no había nada que temer. Sólo Diren permanecía atento al avance hacia la estación de la que ya sólo les separaban quince metros. La velocidad pareció reducirse aunque Andis sabía que no era así. Al estar cada vez más cerca del punto de aterrizaje, la superficie de la esfera iba a pasar justo a diez centímetros bajo ellos y durante un instante tendrían exactamente la misma velocidad que el punto donde Miro había dispuesto el descenso.

Comenzaron a girar para igualar el giro de la estación y que en el momento previsto estuviesen aplanados a la torre.

Sintieron un leve sobresalto al oír un fuerte chasquido metálico. No, se tranquilizó Andis, aún no se habían posado. Había sido el ruido del primer anclaje al ser disparado. Unos segundos después se oyeron otros dos disparos casi simultáneos. El movimiento de la lanzadera con respecto a la superficie de la esfera era ya insignificante. Con un fuerte estruendo que resonó en el interior de la cabina, las plataformas de apoyo de la lanzadera se extendieron para entrar en contacto con la superficie de la estación.

Se habían posado.

Unos punteros que había sobre el cuadro de mandos se separaron de la placa magnética que los sujetaba y fueron rodando hasta el borde. Al llegar allí, sin embargo, no cayeron hacia el suelo, sino que se dirigieron flotando lentamente hacia la parte superior trasera de la cabina.

Soltando en un suspiro el aire que había estado reteniendo en los pulmones, Andis alargó el brazo para coger dos de los punteros que iban a pasar a su lado.

- Bien, Miro. Ha sido una maniobra perfecta. Ahora permanecerás monitorizando la expedición y reenviando la señal a la nave. Diren y Torio, seguidme.

Soltándose los arneses se dirigieron hacia la cabina de carga y, una vez en ella, hacia la puerta lateral.

Del torno de su cinturón, Torio extrajo una cuerda cuyo extremo, provisto de un espigón, enganchó en una eslinga que colgaba tras el cinturón de Andis. Lo mismo hizo Diren enganchando el suyo a Torio. La cuerda tenía más de cincuenta metros de largo, la torre estaba a setenta. Andis avanzó por la superficie de la esfera resistiendo el impulso que le alejaba de la torre. Aunque la fuerza centrífuga era escasa, su orientación era casi paralela a la superficie, por lo que Andis sentía como si ascendiera por una pared, no vertical, sino ligeramente inclinada hacia atrás. Intentó mantener la vista fija en la torre, frente a él, pero el paso de las estrellas, a toda velocidad, por detrás de la misma, hacía que se sintiera desconcertado.

¡Las estrellas deberían estar quietas en el cielo!

Y estaban quietas. La estación orbital, girando a razón de una vuelta por minuto, convertía las estrellas en una sucesión de luces que se desplazaban con rapidez hacia la derecha.

Y cada minuto pasaba por detrás de la torre un disco brillante en el que apenas era capaz de reconocer el Sol. Los cristales polarizados del casco filtraban los rayos impidiendo que le deslumbraran y eso hacía que su color amarillo apareciera desvaído, casi fantasmagórico.

Sintió que se mareaba así que fijó la vista en el suelo ante sus pies deseando no ver las terribles estrellas que tan sólo una hora antes le habían extasiado.

En el suelo, su propia sombra giraba a su alrededor desorientándole, con lo que tuvo que alzar la vista para descubrir, desconcertado, que en apenas un par de minutos se había desviado completamente de su camino a la torre.

Corrigió su rumbo mirando fijamente la torre e intentando no ver las estrellas que rápidamente pasaban tras ella.

Al llegar a unos treinta metros de la torre sintió que la cuerda se tensaba a su espalda. Se dio la vuelta para encarar la lanzadera dándose cuenta de que se había desviado ligeramente a la izquierda. Buscó una posición cómoda y aumentó la fuerza magnética de sus botas para asegurarse firmemente al terreno mientras, primero Torio y luego Diren, llegaban hasta él. Anclándose éstos de nuevo al terreno, Andis avanzó hacia la torre.

De pronto, cuando apenas faltaban cinco metros para tocar la superficie de la torre, sintió un inesperado tirón de la cuerda a su espalda y perdió pie.

Flotando en el vacío, Andis sintió pánico. Agitó desesperadamente los brazos queriendo girar o controlar la caída sin recordar que en el vacío no es posible controlar el giro de esa forma.

Intentó recuperar la calma. Seguiría una trayectoria rectilínea y, como sus dos compañeros estaban firmemente anclados en el suelo y girando con la estación, tarde o temprano la cuerda se tensaría haciéndole oscilar hacia la superficie. ¿A qué velocidad golpearía contra ésta?. A muy poca. No había nada que temer. Al no poder controlar su caída, podría caer de cabeza, pero ni aún así con fuerza suficiente para hacerse daño.

- Andis, ¿te encuentras bien?.

- Sí, Torio. ¿Qué demonios ha pasado?.

- El cable que arrastrabas se ha enganchado en un saliente del terreno.

No continuó hablando pero Andis supo que había sido culpa suya. Intranquilo por la extraña situación en la que se encontraban, había querido alcanzar cuanto antes la relativa seguridad de la torre y había ido demasiado deprisa para notar la inesperada tensión de la cuerda a sus espaldas. Tenía que haber hecho que Torio recogiera la cuerda al avanzar hacia él. Tampoco tenía que haberse desviado de su camino. Y nunca, ¡nunca! debería haberse dado prisa en alcanzar la torre.

Se concentró en la caída que, en ese momento, estaba a punto de tocar a su fin. Iba a caer casi de costado con las manos por delante. Cogió de su cinturón un anclaje magnético y se preparó para activarlo en el momento del choque con el fin de controlar la caída lo suficiente para colocar los pies en la superficie metálica de la esfera.

El choque fue más violento de lo que había imaginado, estuvo a punto de perder pie de nuevo al dar casi una vuelta de costado y sólo la fuerza con que se sujetó al anclaje magnético impidió que saliera despedido en otra serie interminable de rebotes.

Con un brazo dolorido pero los pies firmes en el suelo, desactivó el anclaje y lo volvió a colgar en su cinturón.

Tras recuperar el terreno perdido, avanzó, esta vez con más cuidado, hasta alcanzar la torre.

Unos minutos después, Torio y Diren llegaron junto a él.

Diren enganchó en un saliente de la torre una cuerda que había venido arrastrando consigo desde la lanzadera y que serviría de pasamanos en los próximos viajes de la tripulación entre aquella y la torre.

Ajustaron las cuerdas para dejar solo diez metros entre ellos y rodearon la torre hasta encontrar la compuerta.

En ella se veían unos indescifrables caracteres de los Antepasados y varios dibujos esquemáticos de figuras humanas.

- Bien, Diren, - dijo Andis - a ver si puedes encontrar la forma de abrirla.

Éste se acercó a los dibujos y los estudió con detenimiento. Al no poder descifrarlos se dirigió a un panel junto a la puerta en el que había más caracteres extraños. En el panel, una abertura alargada le llamó la atención.

Intentó introducir la mano pero apenas le cupieron los dedos. En su interior no consiguió palpar nada, así que, flexionando los dedos, tiró del panel hacia sí.

Éste se abrió con un leve chasquido que apenas notó a través de sus enguantadas manos. En el interior había dos palancas y una rueda con dibujos de flechas que indicaban con exactitud lo que había que hacer.

- Parece fácil. - murmuró.

Tras subir ambas palancas, Diren hizo girar la rueda en la dirección indicada por las flechas.

La puerta se fue deslizando por unos rieles hacia la derecha, hasta quedar abierta por completo.

En el interior había una habitación de unos diez metros cuadrados, y a un lado de la misma una puerta similar a la anterior.

Otro panel, otras palancas y su correspondiente rueda. Hicieron lo mismo que habían hecho ya antes pero no consiguieron bajar la segunda palanca ni un milímetro.

- Apartaos. - dijo Andis sacando el desintegrador tras un rato de infructuoso esfuerzo.

- Espera, Andis, - dijo Diren - déjame pensar un momento.

- ¿Pensar qué?. Es evidente que esta puerta está bloqueada desde dentro. Tendremos que hacer un boquete en ella y confiar en no dañar nada al otro lado.

A pesar de todo, esperó unos segundos mientras Diren se esforzaba de forma frenética en pensar.

- ¡Ya lo tengo!. Andis, ¿por qué los Antepasados tendrían una habitación sin ninguna aparente utilidad como ésta?.

Andis no contestó, aunque le observó extrañado.

- ¡Pues como una cámara intermedia!. Los Antepasados entrarían aquí, cerrarían la puerta interior y después abrirían la exterior, así se aseguraban de que sólo perderían el aire de esta habitación.

- Me parece muy rebuscado, ¿por qué no usaban un campo de fuerza?. No impediría que pasaran las personas pero sí que se escapara el aire.

- Tal vez no conocían los campos de fuerza, o, si los conocían, no sabían modularlos. Esto explicaría los escudos antirradiaciones que hay alrededor de la esfera. Si hubieran sabido modular campos de fuerza no les hubiera hecho falta construir esos escudos.

- ¿Entonces?.

- Tenemos que cerrar la puerta exterior. Entonces podremos abrir la interior sin problemas.

A Andis no le gustó la idea de cerrar la puerta exterior. Cerrar el camino a una posible huida de cualquier cosa que allí hubiera podía ser peligroso, aunque... ¿qué peligro podía haber sobrevivido a cuarenta y dos años de exposición al vacío espacial?.

Estaba a punto de negarse cuando Sintió que podía confiar en él.

- Está bien. Espero que luego podamos salir sin problemas. - añadió con un último resto de intranquilidad.

Diren cerró la puerta exterior y manipuló en los mandos que había junto a ella, asegurándose de que quedaba cerrada. Después se dirigió hacia la puerta interior y esta vez pudo bajar sin dificultad la segunda palanca y girar la rueda que les daría acceso a la torre.

El interior de ésta era amplio y espacioso y, pegadas a la pared, había varias habitaciones más como aquella de la que acababan de salir. En el centro del suelo había dos pozos oscuros de cuyo centro surgían sendas barras de un material de diversos colores que ascendían hasta perderse en la oscuridad a cientos de metros sobre sus cabezas.

Torio sacó una linterna para alumbrar hacia arriba pero ni con ella se podía alcanzar a ver el extremo de la torre.

- Revisaremos las otras habitaciones. En alguna de ellas debe estar el acceso a la esfera.

- Perdona, Andis. - dijo Diren - creo que los accesos a la estación son esos pozos de en medio de la sala.

- ¿Que te ha hecho creer eso?. - preguntó Andis con escepticismo - No pensarás que los Antepasados subían trepando por esas barras, ¿no?.

- En realidad no trepaban. Esas barras son cables, uno de los cuales ascendía mientras el otro bajaba de la torre. La gente se agarraba a ellos para desplazarse entre la esfera y los edificios de la torre.

- ¡Ridículo! No podrían agarrarse con suficiente fuerza.

- No es tan ridículo, Andis. Sería la forma más rápida y económica de desplazarse entre la ciudad y las fábricas a través de un túnel en el que no habría gravedad.

Andis contempló a Diren sorprendido. Ya antes se había considerado la posibilidad de que los Antepasados no supieran manipular la gravedad pero habían tenido que descartar esa idea. Era imposible construir una estación orbital de ese tamaño sin ser capaz de alterar la curvatura del espacio.

En todo caso, la gravedad era necesaria para desplazarse, uno no podía moverse en condiciones en un sitio donde no había gravedad. Pero si la torre no era más que un túnel de comunicación entre los edificios de su extremo y la esfera...

Podría tener sentido. Los hombres se agarrarían a los cables y viajarían de un extremo a otro de la torre en cuestión de minutos. En tal caso la gravedad dentro del túnel sería un estorbo más que una ayuda.

- Está bien, probemos a echar un vistazo.

Se dirigieron hasta el borde de uno de los pozos e iluminaron su interior.

Tal como Diren había vaticinado, éste tenía unos tres metros de diámetro, pasando un cable por el centro del mismo. Desde el borde calcularon que tendría más de diez metros de largo para desembocar en una habitación de la que sólo distinguieron la pared del fondo. El cable se perdía por un agujero de unos diez centímetros de diámetro que había en dicha pared. Al observar el cable vio que estaba dividido en secciones de distintos colores, blanco, rojo y azul, siendo las secciones blancas de dos metros de longitud mientras las otras dos eran de uno. La otra barra era idéntica pero los colores estaban colocados en orden inverso; después del blanco venía el azul y luego el rojo, lo que confirmaba la teoría de que en realidad era el mismo cable que daba la vuelta en los extremos. Había otra diferencia entre ambos pozos, mientras el borde del primero presentaba una cornisa definida y había un círculo rojo dibujado a su alrededor, el otro estaba en el interior de una depresión y la pintura que lo bordeaba era de color verde.

- Por este pozo salía la gente de la esfera hacia la torre. -dijo Diren- El otro pozo tiene forma de embudo precisamente para evitar que la gente se pudiera golpear inadvertidamente con el borde al bajar.

- ¿Por cuál bajamos?. - preguntó Torio.

- Bueno, supongo que, como los cables están detenidos, daría lo mismo aunque seguramente el camino sería más fácil por el pozo verde. Podríamos caminar por la pared del pozo y cuando llegásemos al extremo saltaríamos hasta el suelo de la habitación.

Andis recapacitó por unos segundos: no le gustaba la idea de Diren. Por supuesto se había entrenado perfectamente para caminar por las paredes, y hasta por el techo de una habitación, en condiciones de ingravidez, pero no le hacía gracia desconectar las botas magnéticas para pegar saltos hacia una pared sin saber con qué parte de su cuerpo iba a golpear en ella.

- Acabas de decir que los Antepasados bajaban por los cables. Bajaremos por ellos.

Sin esperar más desconectó las botas magnéticas y saltó hacia el cable del que le separaba algo más de un metro. No calculó bien el salto y se sorprendió al alcanzarlo mucho más arriba de lo que había esperado.

De nuevo sintió que una oleada de Tranquilidad y Confianza le invadía la mente desvaneciéndose, en parte, el pánico que durante unos segundos le había estado a punto de dominar.

Ligeramente avergonzado de su miedo, descendió lentamente alcanzando el suelo unos segundos más tarde.

Aunque desde arriba del túnel no se distinguía, el suelo estaba inclinado unos cincuenta grados con respecto al cable que se perdía por un pequeño orificio. Mientras Diren y Torio descendían iluminó la habitación observándola.

Ésta tendría unos tres metros de ancho por diez de largo. El techo, completamente liso, tenía la forma de una gota de agua alargada con la punta abierta a un pasillo. A mitad de camino entre el pozo y el pasillo había una estructura con la forma de un pico de loro y de un metro y medio de altura. De su extremo surgía un cable similar a aquél por el que habían bajado que se perdía por el pasillo. El terreno que pisaban se curvaba en todas direcciones para unirse, sin ninguna esquina apreciable, a la superficie que había sobre ellos.

- Creo que estamos en el techo. - dijo Diren.

Andis se sintió irritado pero no respondió. Se dirigió hacia el extremo de la habitación caminando por el curvado techo hasta alcanzar el pasillo. Una vez allí, agarrándose al cable que circulaba por el centro del mismo, maniobró con cuidado para colocar los pies en el suelo.

Empezaba a odiar esta estación. Cada vez que había supuesto algo que parecía evidente se había llevado la sorpresa de comprobar que se había equivocado, que las cosas eran muy diferentes a lo que había imaginado. Intentaba imaginarse el recorrido que estaban haciendo pero le costaba visualizarlo en la mente. Lo que estaban pisando era la cara interna de la esfera, es decir que cuando entraron en la torre estaban justo debajo de este pasillo pero ¡al revés!

“Olvida cómo has entrado.” pensó irritado. “Esto es el suelo, lo demás no importa.”

Avanzaron con cuidado hasta desembocar en otra sala. El cable que agarraban la atravesaba hasta perderse en un pasillo, bordeado de verde, que había enfrente. A la izquierda del mismo había un pasillo rojo del que salía un cable, seguramente el mismo que estaban sujetando tras dar la vuelta al final de su recorrido, y que se dirigía hacia una puerta verde que había a la izquierda de donde ellos estaban.

“El verde para entrar, y el rojo para salir. ¿Y el azul?”

Mientras a su espalda tenían dos puertas, enfrente había tres, estando la tercera a la derecha del todo y bordeada por una depresión de color azul.

- Diren, ¿qué puede significar el color azul?.

- No lo sé, Andis, pero por la forma del borde del pozo parece un pasillo de entrada. Quizás el azul sirva para indicar que se puede entrar y salir por esa puerta.

Había una barra curva que se dirigía hacia la puerta azul y Andis calculó que si alguien bajaba por donde habían bajado ellos podría agarrarse a esa barra para desviarse hacia el pasillo azul.

No había nada más que destacase en la sala, salvo un par de puertas cerradas que había a su derecha. El techo era de un material plástico transparente y Torio dirigió la linterna hacia él intentando ver cualquier cosa que hubiera al otro lado, pero la luz se reflejaba en la cúpula deslumbrándolos e impidiéndoles ver nada.

- Apagad las luces. - ordenó Andis.

Tras varios minutos en que sus ojos se adaptaron a la más absoluta oscuridad, vieron a través de la cúpula un tenue anillo que brillaba en la distancia.

- ¿Qué es eso?. - preguntó Torio.

- No lo sé. - dijo Andis - Gradúe los focos del traje y las linternas para emitir luz roja, así no tardaremos tanto tiempo en adaptarnos a la oscuridad. Torio, informa a Miro que hemos entrado en la esfera pero que aún no hemos podido examinarla con detenimiento. Seguiremos por uno de esos pasillos hasta encontrar un lugar desde el que podamos hacerlo.

- Sí, Andis.

Mientras Torio se comunicaba con Miro, Andis caminó sin soltar el cable y entró en el pasillo verde. Las paredes y el techo del pasillo en el que entró formaban una bóveda del mismo material transparente que formaba la cúpula del vestíbulo. A través de él tampoco pudieron ver más que algunas sombras informes pero imaginó que al estar la estación iluminada sería posible desde allí ver casi todo el paisaje interior de la esfera.

El pasillo en sí tenía unos tres metros de alto por tres de ancho, pero unos diez metros más adelante se unía con el pasillo de la izquierda para formar un único túnel de cinco metros de ancho que se perdía en la distancia. En el suelo había una depresión de un metro y medio por treinta centímetros de profundidad por cuyos lados circulaban unos raíles. Enganchados a esos raíles había unos tacos de unos cuarenta centímetros de largo de cuyo centro surgía una barra que cruzaba el espacio hasta otro taco similar en el raíl opuesto. Los travesaños eran de tres colores y estaban dispuestos dos blancos seguidos de uno azul y otro rojo. En el punto donde se unían los dos pasillos Andis vio una estructura similar aunque la sucesión de colores era la inversa.

“Una escalera móvil. En la Tierra he visto que los Antepasados hacían escaleras mecánicas pero con tan baja gravedad esto puede tener más sentido.”

Dos discos de metal que surgieron del techo, uno a cada lado del cable que los había guiado hasta allí, le impidieron seguir sujetándolo.

“Claro, se supone que quienquiera que bajase de la torre, aquí se tendría que agarrar a los travesaños.

Entre las dos escaleras había una superficie de un metro de ancho con pequeños resaltes cada dos metros de distancia y Andis decidió que seguirían por ahí su camino.

- Andis.

- ¿Sí, Torio?.

- Miro está recibiendo bastante mal la señal. Hay demasiadas interferencias para las radios de los trajes.

- Tendremos que traer un repetidor. - señaló Diren.

- Bien. De todas formas continuaremos la exploración. Grabaremos todos los datos a partir de ahora y los retransmitiremos a la nave cuando salgamos. Sigamos.

Caminaron por la superficie que había entre ambas escaleras. La fuerza centrífuga de la estación los empujaba levemente hacia delante y conforme avanzaban resultaba más incómodo contrarrestarla. Al recorrer apenas cien metros Andis pensó que resultaba peligroso seguir avanzando de esa forma.

- A partir de aquí descenderemos por las escaleras.

Agachándose, se agarró a uno de los travesaños de la escalera de su derecha y, desconectando las botas magnéticas, puso los pies en un travesaño inferior y continuó descendiendo como si de una escalera de mano se tratara.

Sin duda, cuando la estación estaba en funcionamiento, los tacos de los lados subirían o bajarían de la torre desplazando las barras por las que estaban descendiendo. La gente que quisiera bajar elegiría la escalera adecuada, se agarraría a un travesaño y sería llevada en unos minutos hasta el final de la escalera, probablemente en el ecuador de la esfera.

A unos trescientos metros de distancia de la torre apenas pesaban unos cincuenta kilos incluidos los trajes, por lo que podían descender sin dificultad y con una cierta rapidez, cuando Andis se detuvo al ver una lámina transparente que había a su derecha. Al darse la vuelta para observarla, comprobó que la lámina le había rodeado hasta la espalda sin que se hubiera dado cuenta de ello hasta ahora y formaba un tobogán que le desviaría, de seguir bajando, hacia la izquierda de la escalera. De hecho, el borde más cercano a la escalera empezaba a cubrir ya los travesaños y unos diez metros más abajo le impedirían por completo seguir agarrándolos. A través de la lámina vio que la escalera se introducía en un hueco de una superficie que parecía el final del túnel por el que habían bajado.

- Esto es para impedir que alguien, despistado, pueda chocar con el suelo del andén o, peor aún, que llegue a donde la escalera se introduce en el suelo con el riesgo de pillarse las manos o los pies.

Al oír la explicación de Diren, Andis se sintió molesto. ¿Acaso pensaba que él no iba a darse cuenta?.

Iluminó el tobogán y, tras comprobar que terminaba unos tres metros más abajo se dejó resbalar por él. Ni siquiera trastabilló al llegar a su extremo y poner los pies en el suelo del pasillo. Esperó que Torio y Diren se reunieran con él mientras comprobaba que, en efecto, la escalera estaba inclinada unos sesenta grados con respecto al suelo.

El pasillo estaba dividido en dos por una barandilla y el suelo al otro lado estaba tres metros más abajo. Más adelante, tanto el pasillo inferior como el superior llegaron a unas escaleras mecánicas.

Éstas sí eran como las que había en la Tierra aunque descendían a lo largo de un túnel ligeramente curvado a la izquierda y conservando el desnivel que había entre ambos pasillos. Una bifurcación a la derecha que había al comienzo de la escalera permitía descender por una rampa que se unía al pasillo inferior, unos quince metros más adelante del arranque de las escaleras y en su extremo había una puerta cerrada.

Andis consideró la situación. Hacía veinte minutos que habían entrado en la torre y perdido comunicación con la nave. Necesitarían otros veinte minutos para regresar y poder informar a Karel. Si bajaban por las escaleras mecánicas y éstas llegaban hasta el ecuador necesitarían seguramente una hora más. No sólo eso, conforme descendieran su peso sería cada vez mayor, hasta llegar a los ciento treinta kilos que tendrían que transportar abajo del todo. Podrían tardar mucho más de una hora en volver a subir hasta allí.

- Andis. - dijo Diren.

- ¿Qué?.

- Creo que aquella puerta da al exterior. Quiero decir, al interior de la esfera.

Andis contempló la puerta señalada por Diren, al final de la rampa.

- ¿Por qué piensas eso?.

- Bueno, es evidente que los Antepasados, en condiciones normales, subían por las escaleras mecánicas hasta este apeadero y a continuación seguían hacia arriba por el tramo por el que hemos bajado. Aquí debería haber puertas para acceder a la maquinaria de ambos tramos de escaleras y seguramente cuartos de herramientas, pero lo lógico sería colocarlos cerca de la maquinaria y esa puerta está a más de veinte metros de las escaleras. Eso no tiene sentido a no ser que sea otra entrada hacia el interior de la esfera.

A Andis no le convenció el razonamiento, tenía muchas lagunas, pero una cosa sí era cierta, si existiera esa posibilidad podrían ahorrarse casi dos horas en la expedición.

- Bien, vamos a probar si es cierto lo que dices.

Descendieron por la suave rampa hasta llegar a su unión con el pasillo inferior. La puerta consistía en dos hojas transparentes que cedieron con facilidad al empuje de sus manos. Al notar que intentaban cerrarse de nuevo

las detuvo y comprobó que no había nada que las pudiese mantener cerradas por lo que, cuando salieron Torio y Diren, las soltó y volvieron a su posición original. Por lo que pudo apreciar, ya no había ninguna cúpula sobre sus cabezas.

Andis observó que se encontraban en un camino de tierra batida que descendía suavemente como por la ladera de un acantilado. A su derecha había una pared rocosa inclinada unos sesenta grados con cientos de arbustos y árboles. A su izquierda veía las copas de los árboles que había bajo ellos. Ninguna hoja se movía, no había viento que pudiera moverlas. La sensación era la de estar en un camino que discurriera por la pronunciada ladera de una montaña contemplando un sombrío y silencioso bosque a su alrededor.

La luz de las linternas láser era roja y apenas permitía ver los colores de los objetos que iluminaba por lo que se encontraron ante un paisaje de matices grises y anaranjados que les causó una sensación de irrealidad absoluta.

- No es posible que estén vivos. - comentó Torio - Sin luz y sin aire deben haber muerto hace años pero el frío y el vacío han conservado las plantas con el mismo aspecto que tenían cuando ocurrió.

Intentaron iluminar otras partes más alejadas de la esfera pero la imagen que recibían reflejada era una mezcla de grises, negros y rojos que les impedía apreciar nada con claridad.

- Torio, lanza una bengala y tomad vistas de todo lo que veáis.

Éste cogió un lanzador de su mochila e introdujo en el cañón una bengala. Apuntando hacia donde supuso estaría el centro de la esfera, disparó.

A treinta metros sobre ellos, la bengala estalló en una llamarada que, por primera vez en más de cuarenta años, iluminó el interior de la esfera.

Contemplaron maravillados el paisaje que se ofrecía a sus ojos. La esfera estaba dividida en varias zonas paralelas al ecuador. En el polo que habían dejado atrás vieron un edificio circular de unos treinta metros de diámetro con varios anexos hemisféricos a su lado. De entre estas semiesferas surgían dos pasillos, uno de los cuales descendía en línea recta. Era aquél por el que habían bajado. Desde allí continuaba por debajo de donde ellos se encontraban descendiendo en oblicuo pero trazando una suave curva hacia la izquierda hasta que los últimos quinientos metros descendían en línea recta para llegar a un edificio alargado que había cerca del ecuador de la esfera. El otro pasillo, al que Andis identificó como el azul, trazaba varias curvas que hacían que su recorrido fuese extrañamente peculiar. Mirando al polo opuesto pudo confirmar que los dos pasillos que surgían del eje sur eran similares aunque las curvas trazadas por el segundo pasillo eran un reflejo de las del hemisferio norte. También vio que allí había varios edificios más, algunos de hasta ochenta metros de diámetro.

El resto de la esfera era idéntico en ambos hemisferios.

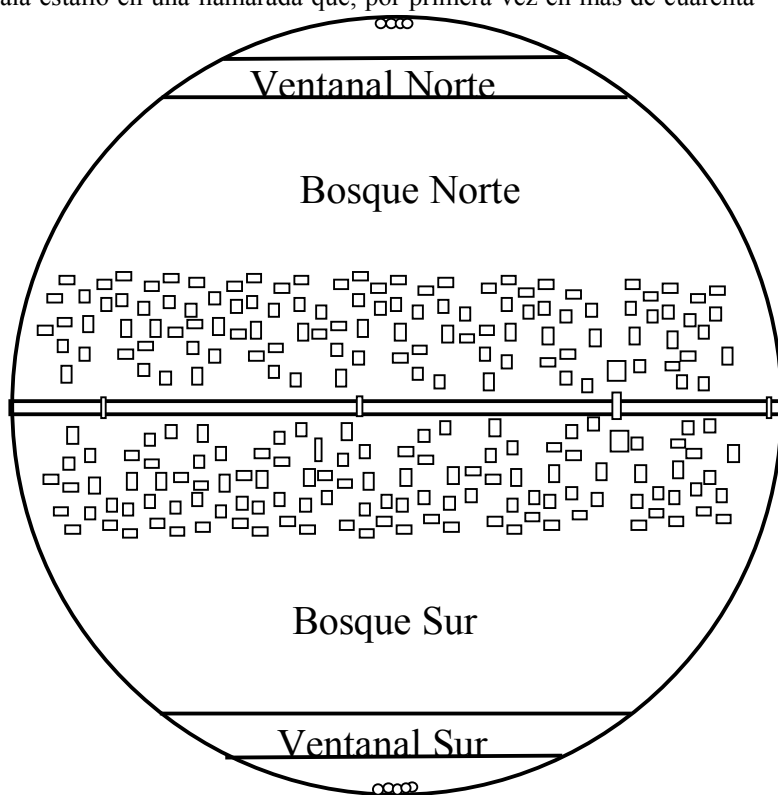
Alrededor de los edificios de los polos una zona de rocas en la que crecían numerosos arbustos. Había rocas gigantescas con formas que desafiarían la gravedad en cualquier lugar de la superficie del planeta, pero que allí, a tan poca distancia del eje, se mantenían sin caer debido a la escasa fuerza centrífuga. Entre ellas, un mar de plantas, arbustos y helechos tapizaban el terreno dándole un verdor extraño a la luz que las iluminaba.

A continuación, unos enormes ventanales de cristal a través de los cuales no se veía más que oscuridad. De allí procedía el extraño resplandor en forma de anillo que habían visto antes, pero ahora, con la intensa luz brillando sobre sus cabezas, no podían ver nada a su través.

Seguía una zona de bosques, en medio de la cual estaban en este momento. Mirando hacia arriba vieron que los árboles que había sobre ellos crecían hacia abajo. Aún más extraño les pareció que los situados a los lados creciesen horizontalmente. Una cosa era saber que en realidad todos los árboles crecían hacia el eje de rotación de la esfera, pero otra muy distinta era verlos crecer en lo que parecía una pared.

Y por último, entre los dos bosques gemelos, la ciudad.

No era como la ciudadela en la que ellos vivían, tampoco como las ciudades muertas de los Antepasados, quizás se pareciera más bien a algunos barrios que solía haber en las afueras de aquéllas. Era una colección de pequeñas casas, distribuidas casi al azar, con caminos que comunicaban unas con otras. No había avenidas, ni



siquiera caminos rectos, e incluso las casas en sí parecían totalmente individuales, aunque había edificios más grandes distribuidos al azar entre ellas. No había dos casas que fueran iguales en toda la ciudad. Sólo a lo largo del ecuador vieron lo que parecía una amplia avenida que circundaba la estación en línea recta. Demasiado ancha, pensó Andis. No tenía sentido construir una avenida tan amplia en una ciudad tan pequeña.

No había sentido en muchas de las cosas que veían, y una de ellas era el extraño comportamiento de la bengala que Torio había lanzado. En vez de ascender en línea recta para chocar con el extremo opuesto de la estación, la bengala se estaba desviando hacia la derecha. Siguió desviándose cada vez menos hasta que de pronto observaron que se desviaba hacia la izquierda cayendo posteriormente en una zona del bosque del hemisferio opuesto, a bastante altura y a la izquierda sobre ellos donde, poco a poco, fue muriendo su resplandor.

Cuando pudo respirar de nuevo, Torio exclamó.

- ¡Por Kander!. Es más hermoso de lo que había pensado.

- Sí. - asintió Andis - Creo que Kander estará satisfecho. ¿Lo habéis captado todo con las cámaras?.

- Sí, Andis.

- Bien. Volvamos. Tenemos que enviar los datos a Karel, y prepararnos para la siguiente fase de la misión.

Dándose la vuelta, volvieron a penetrar en el túnel que los llevaría de vuelta a la torre. Andis estaba sorprendido. Lo que había visto era muy distinto a cuanto había imaginado y se daba cuenta de que en realidad había esperado encontrar algo parecido a las salas de entrenamiento Kander.

En la primera bifurcación tomaron esta vez el pasillo de la derecha. Varios metros más tarde pasaron bajo la escalera que descendía del pasillo superior pero no se detuvieron a examinar el mecanismo, ya habría tiempo más adelante para investigar. Tal como habían supuesto, en el pie de la escalera de subida no había ninguna lámina protegiendo los travesaños y Andis comenzó a trepar por ella. Cincuenta kilos no era un peso excesivo y pudieron subir con rapidez. Comprendiendo que poco peligro podía haber ya en el camino de regreso, Andis ordenó que soltaran las cuerdas que los habían unido hasta ese momento.

Al llegar al final de la escalera su peso era tan pequeño que prácticamente estaban trepando sólo con las manos. Una lámina de plástico transparente empezó a cubrir los peldaños al mismo tiempo que sobre su cabeza un pico de loro escupía un cable al que se podían agarrar dándose la vuelta. Ni siquiera entonces llegó a poner los pies en el suelo, sino que siguió trepando por el cable, atravesando el vestíbulo y llegando a una sala donde encontró el túnel que comunicaba con la torre. Tras saltar hacia el cable empezó a descender por él.

Se sintió desconcertado al llegar al otro extremo pues salió del túnel con los pies apuntando hacia la torre, justo al revés de como habían entrado. Manióbró con los brazos para darse la vuelta y, al estar de nuevo en la posición "correcta", se impulsó hacia el borde del pozo.

No debió calcular bien el salto, pues en lugar de caer hacia la superficie que había bajo él, flotó a medio metro de distancia sobre ella en dirección a la pared de la torre.

Aún se sorprendió más cuando vio que el trozo de pared al que se dirigía ya no estaba allí, sino que se había desviado varios metros hacia la izquierda. Si bien iba bastante despacio, una tubería que ascendía por la pared de la torre le golpeó con bastante dureza en el hombro y el casco.

- ¡No saltéis! - gritó ligeramente aturcido.

Mientras intentaba recuperarse comprobando que el traje no estaba dañado, sintió una mano en su hombro, al tiempo que una voz en su casco le preguntaba.

- Andis, ¿Te encuentras bien?

Se volvió y vio a Diren a su lado mientras Torio aún estaba agarrado al cable en medio del pozo.

- ¿No me has oído decir que no saltarais?

- Andis, ya había saltado desde dentro del pozo y me había ayudado de un anclaje magnético para subir cuando tú gritaste. Torio iba detrás mío, por eso aún está en el cable.

Lentamente la rabia en la voz de Andis se fue calmando. Había obrado con precipitación. En su prisa por entregar los informes a Karel, no había tenido en cuenta la rotación de la torre. Una vuelta cada minuto, treinta metros de diámetro, significaba que las paredes de la torre se movían a más de un metro y medio por segundo. Al saltar desde el centro siguió una línea recta en el espacio mientras la pared seguía girando.

Lo mismo había ocurrido con la bengala en el interior de la esfera. La bengala, sin ninguna fuerza gravitatoria que desviase su trayectoria, había seguido una línea recta en el espacio. Y ellos, girando a quién sabe qué velocidad en el interior de la esfera, creyeron que primero se desviaba en una dirección y luego en la otra, y todo dependía de en qué parte del eje de rotación estuviese la bengala y en qué parte estuviesen ellos. Había tenido avisos y los había desoído. Había sido culpa suya.

Intentó calmar su ira y, poco a poco, con la ayuda de Kander, lo consiguió.

Cuando Torio saltó, Diren y Andis le estaban esperando en el borde del pozo. Entre los dos le cogieron al vuelo ayudándole a poner los pies en el suelo.

Una vez que hubieron salido de la torre, y tras atarse de nuevo entre ellos, se dirigieron hacia la lanzadera que les esperaba en el cercano horizonte.

CAPITULO II

- Las condiciones de habitabilidad son bastante buenas. La estación parece encontrarse en perfecto estado salvo en lo que se refiere a iluminación, atmósfera y temperatura. En los datos que hemos analizado hemos visto tres cristales rotos en los ventanales por los que sin duda se escapó todo el aire de la estación. No hemos averiguado el método de iluminación que tenían sus habitantes, aunque aparentemente la luz se filtraba por dichos ventanales generada probablemente por lámparas láser situadas en el interior de las proyecciones cónicas que las recubren, aunque no entiendo por qué no pusieron dichas lámparas dentro de la esfera.

Lodren comunicaba todo esto a Karel haciéndole un resumen del informe que había hecho el ordenador a partir de los datos enviados por Andis.

- ¿Piensas que tenemos capacidad para hacerla habitable de nuevo?.

- La iluminación no es problema. Podemos instalar lámparas en los dos polos, que nos darían suficiente luz para trabajar sin linternas hasta que fuésemos capaces de hacer funcionar de nuevo la iluminación original de la estación. El aire tampoco. Por los análisis efectuados hemos deducido que será fácil extraer oxígeno y nitrógeno del mismo terreno base de la esfera. Pero no hay hidrógeno suficiente para fabricar el agua que se necesitaría durante varios meses.

- El agua se puede reciclar.

- Sí, pero siempre se pierde algo en la evaporación, y esa pérdida será superior en sólo un mes a las existencias de hidrógeno que hemos traído para nosotros. En el próximo viaje habrá que traer más hidrógeno.

- ¿Y la temperatura?

- Muy baja. Necesitaríamos al menos veinte calefactores como los que hemos traído para calentar tal cantidad de aire, y sólo tenemos cinco. Podríamos usar uno de los motores de la lanzadera como calefactor, siempre que encontremos la manera de introducirlo en la esfera.

Karel se sorprendió ante la idea. Siempre le había asombrado la manera que tenía Lodren de encontrar las soluciones más disparatadas a los problemas más aparentemente insolubles. ¿El motor de una lanzadera?.

- Los antiguos habitantes debían calentar el aire de alguna forma. ¿No hay indicios de cómo podrían hacerlo?.

- En el polo sur de la estación hay varios edificios bastante grandes, es posible que alguno de ellos sea una planta de calefacción del aire. Necesitaremos más hombres para hacer una exploración a fondo. También sería posible que estuvieran en las estructuras del final de la torre norte aunque me inclino a pensar que no, pues se necesitarían dos conducciones de varios metros de diámetro para hacer circular el aire, y en las películas enviadas por Andis no hemos visto tuberías tan gruesas. Personalmente pienso que debían calentar el aire de alguna otra forma, quizás rayos infrarrojos o algo así. No sé pero sigo pensando que ha sido una estupidez por parte de los Antepasados poner esos escudos alrededor de la esfera. Si no fuera por ellos, la esfera recibiría más radiaciones solares y no sería tan fría. Quizás pudiéramos adaptar algunos proyectores láser para que emitieran en infrarrojo, aunque consumirían mucha energía y no me fío de los efectos que puedan tener sobre la piel.

- Es posible que los Antepasados tuvieran reactores de fusión. ¿Has visto algún edificio que lo parezca?.

- No, pero si yo fuera un Antepasado, no hubiera instalado un reactor en la esfera. Mas bien lo haría en el extremo de una de las torres.

- Es posible. Andis, ¿qué opinas? - preguntó a la pantalla donde se veía la imagen de Andis.

- No creo que los Antepasados tuvieran reactores de fusión. No hemos encontrado indicios de que supieran manejar campos de fuerza, cosa que sería necesaria para ello. Por lo que hemos visto en la estación, quizás ni siquiera sabían manipular la gravedad.

- Imposible, - interrumpió Lodren - si no hubiesen dominado las fuerzas gravitatorias no hubieran podido construir una estación tan grande. Quedaría aplastada por su propio peso antes de terminar la construcción.

- Diren opina que no la construyeron en la Tierra. Podrían haberla construido aquí directamente o quizás en una órbita geoestacionaria.

- ¿Tienes idea de la cantidad de material que hace falta para construir una estación orbital como esa?. Sí, es posible que la construyeran directamente en el espacio pero si los Antepasados no controlaran la curvatura gravitatoria del espacio hubieran tenido que traer todo ese material en cohetes propulsados por combustibles químicos. Déjame calcular un momento..., dependiendo de la capacidad de carga de los cohetes necesitarían millones de ellos, la cantidad de combustible consumido sería suficiente como para quemar toda la atmósfera del planeta, y no tenemos constancia de que haya habido nunca tal nivel de calentamiento de la atmósfera. ¡Tenían que saber controlar la gravedad!.

- Quizás supieran, - respondió Andis dubitativo - pero entonces ¿por qué no habitaron toda la superficie de la esfera?. Lodren, los edificios de la ciudad se extienden desde el ecuador hasta apenas unos quinientos metros a ambos lados, cuando podían haber dispuesto del doble de espacio de haber usado...

- Eso no tiene importancia ahora. - interrumpió Karel - Lodren y Pactor, iréis en la segunda lanzadera con el equipo necesario para generar la atmósfera de la estación. En sucesivos viajes irá yendo el resto de los hombres

hasta el total desembarco. Andis, formarás cuatro equipos a las órdenes de Lodren, Pactor, Torio y Diren. Dirígelos en las reparaciones de la estación y en la exploración de todos los edificios que consideres importantes. Intenta encontrar las centrales de energía mientras Lodren genera la atmósfera de la estación, pero si no lo consigues cuando termine, olvídalos. Sólo tendrás cuarenta y ocho horas para preparar las habitaciones de Kander así que procura aprovechar bien el tiempo.

- Sí, Karel.

Éste cerró la comunicación mientras observaba a Pactor y Lodren salir de la sala de mando. Recapitó durante unos segundos sobre todo lo que habían averiguado de los Antepasados mientras daba un último repaso a los datos que aún estaban siendo analizados por el ordenador. Poco había que añadir a lo que le habían dicho Andis y Lodren, y eso hizo que se sintiera satisfecho.

De pronto Sintió la Llamada de Kander.

Kander quería verle con urgencia.

"¿Precisamente ahora? ¿cuando tengo que organizar el desembarco de toda la tripulación?" pensó con fastidio.

Un lacerante dolor se le clavó en las sienes mientras pensaba cómo atender la repentina llamada de Kander sin desatender la operación de desembarco.

- Trikar, avisa a Draken que empiece a trasladar a los equipos de ingenieros y de mantenimiento a la estación. Informa a Andis Boidabeko de que se haga cargo de la recepción del personal en la base de la torre y que los dirija en las reparaciones.

- Sí, Karel.

Mientras Trikar Koilano comenzaba a impartir las órdenes recibidas, Karel fue hacia la puerta que comunicaba la sala de mando con el resto de la nave. Dirigióse hacia el sector donde se hallaba Kander deteniéndose un momento junto al hangar para observar los preparativos de la tripulación que iba a ir a la estación. Junto a éstos vio cómo varios hombres colocaban en la segunda lanzadera una serie de cajas con ciertos instrumentos solicitados por Andis.

Si todo iba tal como se había planeado, en cuestión de quince horas estarían casi todos en la estación, treinta horas más tarde podrían instalar a Kander, y unos días más tarde la nave sería enviada de nuevo a la Tierra para traer más hombres.

Pronto llegó a la sección de Kander. La puerta se abrió antes de que él llegase y, al entrar en la pequeña antesala, sintió incrementarse el familiar y agradable roce mental que le invadía acariciante siempre que estaba cerca de Kander.

Se sentó en uno de los sillones que había en la sala y de inmediato sintió su voz.

< . . . >

"Kander, el equipo de exploración ha posado una de las lanzaderas cerca del eje norte de la esfera. Han realizado la primera expedición según lo planeado. Han informado de las necesidades técnicas para la reparación de la estación. He ordenado la partida de los cuerpos de ingenieros y técnicos con el material necesario para dichas reparaciones. He venido a informarte según tus órdenes."

< . . . >

"Si los informes de Andis Boidabeko son correctos, y no dudo que lo son, estaremos en condiciones de trasladarte a la estación en cuarenta y ocho horas."

<¿ . . . ?>

"Sí, Kander. Creo que Andis ha demostrado en todas las evaluaciones unas extraordinarias dotes de adaptabilidad. Estoy seguro de que es totalmente apto para cumplir la misión que se le ha encomendado."

< >

"Siendo así, quizás sea conveniente que Pactor..."

< . . . >

"Lodren, entonces. Las cualificaciones de Lodren son bastante altas aunque su carácter..."

Karel dejó de hablar al sentir que la atención de Kander se separaba de él durante unos segundos. De una forma inconsciente notó que estaba hablando con la Tierra y captó una creciente intranquilidad en su mente. Se preguntaba si debía continuar pero enseguida Kander volvió a hablarle.

<¡ !>

"Sí, Kander. Al momento."

Alzándose del asiento, se dirigió hacia la puerta mientras sentía que los zarcillos de la mente de Kander se desenredaban con suavidad de la suya.

Una cierta tristeza le invadió al sentirlo.

Al cerrarse de nuevo la puerta a sus espaldas volvió a dirigirse hacia la sala de mandos. Observó de pasada el hangar vacío tras la partida de la segunda lanzadera. Miró su reloj y comprobó que había pasado más de tres horas hablando con Kander. Casi nunca estaba tan poco tiempo, pero como siempre, lo que él recordaba se podía resumir en apenas unos minutos. De hecho, Karel no era consciente de haber estado más que unos diez minutos, el resto del tiempo era una incógnita. Siempre lo era. ¿Por qué en el exterior pasaba mucho más tiempo que en el interior de las salas de Kander?. Nunca lo había entendido y tampoco tenía tiempo para pensar en ello ahora. No era capaz.

Se sentía consternado por lo que Kander le había dicho pero no podía hacer nada más que cumplir sus órdenes.

Al entrar de nuevo en la sala de mando, Trikar le ofreció un informe de la situación de los trabajos en la estación.

- Draken ha realizado ya tres viajes a la estación y regresa para recoger más personal. Andis ha formado cuatro equipos a los que dirige y controla desde la lanzadera de Miro. El primero está procediendo a reparar los cristales rotos de los ventanales. El segundo está colocando desintegradores moleculares en la cara interior de la esfera. El tercero está explorando los edificios al final de la torre norte mientras el cuarto se dirige, atravesando la ciudad, hacia el polo sur de la estación.

- Bien. Informa a Andis que he regresado de hablar con Kander. El plazo para completar las habitaciones de Kander será de veinticuatro horas.

- Perdón, Karel, creí que el plazo era...

- Kander ha cambiado el plazo. - respondió Karel irritado - Comunícame con Andis.

Al reclinarsse en su asiento contemplando las pantallas mientras Trikar llamaba a Andis, Karel lamentó haberse irritado.

Le costaba trabajo creer lo que Kander le había contado.

Andis Boidabeko asustado, casi aterrorizado, irritándose sin motivo aparente con Diren y cometiendo torpezas inexcusables que habían puesto en peligro su propia vida así como el éxito de la misión.

Si esto era cierto, tendría que vigilarlo bien de cerca. Se podía tolerar un fallo ocasional, todo el mundo se equivocaba, pero, según Kander, Andis había cometido varios errores, algunos bastante graves, en el transcurso de la expedición. Muy a su pesar, estuvo tentado de destituirlo de inmediato para colocar en su puesto a Pactor, pero Kander afirmó que preferiría a Lodren. De repente Kander recibió una llamada desde la Tierra. Cuando volvió a hablar con él, ya no estaba interesado en seguir hablando de Andis. Ordenó a Karel que tuviese listas sus habitaciones en el interior de la esfera en menos de veinticuatro horas y lo despidió con urgencia, olvidando aparentemente el tema del que habían estado hablando.

Lo más importante, desde luego, era obedecer las órdenes de Kander pero vigilaría estrechamente a Andis a partir de ahora.

* * * * *

Andis se encontraba en la lanzadera controlando desde ella al personal que se hallaba trabajando en el interior de la estación. Había recibido a la lanzadera pilotada por Draken y distribuido al personal en las diferentes tareas que había que realizar. Los primeros que llegaron fueron Lodren y varios de sus hombres con un desintegrador molecular. En el segundo viaje llegaron más hombres de los que Andis puso siete bajo el mando de Torio para que fuesen a reparar los cristales de los ventanales rotos y los cuatro restantes se los asignó a Diren para que fuese a explorar la torre sur y comprobar si había posibles puntos de fuga de aire. En el tercer viaje llegó Pactor con su equipo de ingenieros. Andis acababa de enviarlos a investigar los edificios de la torre norte en una misión similar a la de Diren.

Aún no habían averiguado cómo solucionar los problemas del frío y del agua pero al menos las primeras reparaciones ya se estaban realizando.

- Torio, informa.

- Andis, hemos condensado y colocado ya el primero de los cristales. En este momento nos dirigimos hacia el segundo cristal roto caminando sobre la superficie de los ventanales. El terreno está muy inclinado y es bastante resbaladizo, pero la pseudogravedad es de sólo 3'5 m/s² por lo que no cuesta casi ningún trabajo caminar, incluso sin utilizar las botas magnéticas, sobre los marcos metálicos de las ventanas.

- ¿Qué se ve a través de ellas?

- Prácticamente nada. Estando la esfera totalmente iluminada es difícil ver gran cosa a través de los cristales, pero Diren ha sugerido la posibilidad de que las proyecciones cónicas que hay en el exterior sean en realidad espejos destinados a reflejar la luz del Sol hacia el interior de la estación a través de los ventanales. Te sugiero que informes al ordenador de esta hipótesis aunque no confío mucho en ella. Si fuera cierto, el Sol debería estar alineado con el polo sur, y en realidad está situado en el plano del ecuador. Más bien pienso que son escudos contra las radiaciones solares y los meteoritos.

- De todas formas es interesante. Informaré al ordenador sobre esa hipótesis. ¿Cuánto tardarás en reparar los dos cristales restantes?

- En este momento llegamos al segundo. Habrá que limpiar los trozos que han quedado prendidos en el marco, hacer un molde magnético con la forma exacta de la ventana, condensar el cristal en dicho molde y hacer que se enfríe con suficiente lentitud para no quebrarse con el cambio de temperatura. Unos quince minutos. Pero el otro cristal está en el extremo opuesto de la estación, en el otro ventanal. Tardaremos una media hora en llegar y otros quince minutos en repararlo.

- ¿Cuál es la causa de la rotura de los cristales?

- No estoy seguro. Creo que lo más probable es que se deba a micrometeoritos que han rebotado en el interior de los escudos golpeando después en los cristales.

Otra hipótesis. El ordenador va a tener bastante trabajo, pensó Andis mientras observaba a los técnicos limpiando el borde de las ventanas.

- Torio, antes de poner este cristal ata una de tus cámaras a una cuerda y déjala caer por la ventana. Abre al máximo el angular y veremos lo que el ordenador saca en claro.

- Sí, Andis. - dijo Torio mientras procedía a quitarse la cámara del casco. - ¿A qué distancia la descuelgo?.

- A la máxima que puedas. El escudo está al menos a trescientos metros en vertical desde el punto en que te encuentras. Así sabremos si las hipótesis de Diren o las tuyas son ciertas.

Mientras Torio iba descolgando la cuerda, Andis vio cómo la cámara parecía dar vueltas alocadamente al caer junto a una inmensa pared redonda cuyo horizonte se iba alejando cada vez más. Dio unas instrucciones al ordenador para que eliminase los movimientos ocasionados por el balanceo y la rotación de la cámara y entonces pudo observar lo que Diren ya había adivinado.

Espejos.

En algunos de ellos se veían breves destellos al coincidir su camino con el reflejo de una estrella. El ordenador le informó que los espejos, del mismo tamaño que los cristales de los ventanales, estaban orientados cada uno en una dirección distinta, aparentemente al azar, de tal forma que no había dos espejos contiguos que pudiesen reflejar la luz en la misma dirección. Pidió al ordenador que mostrase una imagen en sección de la estación y la posible trayectoria de los rayos de luz que iluminasen toda la superficie. En menos de un segundo aparecieron en pantalla unas líneas que indicaban que, efectivamente, ese era el propósito de los escudos. Faltaba el espejo principal, situado en el extremo de la torre sur, que reflejaría la luz del Sol para que incidiese en el ángulo adecuado sobre los espejos del escudo norte. Desde allí se reflejarían en la mitad de los espejos hacia la parte interna de la esfera a través de los ventanales del norte y en la otra mitad hacia el escudo sur que volvería a reflejar la luz hacia los otros ventanales.

Otra vez Diren tenía razón.

Sin saber bien por qué esta idea le molestaba abrió de nuevo la comunicación.

- Torio, es suficiente. Puedes recuperar la cámara y continuar con las reparaciones.

- Sí, Andis.

Pidió al ordenador las imágenes captadas por las cámaras del equipo de Diren. Estaban atravesando lo que parecía una ciudad similar a algunas zonas que habían visto en expediciones a las afueras de las ciudades de los Antepasados. Casas rodeadas de jardines. Arbustos despojados de todas sus hojas, que descansaban debajo de aquellos. Más cerca del eje de la estación los árboles conservaban sus hojas, pero la gravedad, la aceleración angular, se corrigió a sí mismo, cerca del ecuador tenía una fuerza similar a la gravedad de la tierra y las hojas habían caído casi todas, disfrazando el paisaje y dándole un cierto aspecto otoñal, si bien era una sensación irreal ya que tanto las hojas caídas como la hierba que cubría el suelo tenían un hermoso color verde.

Diren avanzaba con su grupo en dirección al eje sur de la estación. Su camino se inclinaba levemente hacia arriba indicando que hacía poco que habían pasado el ecuador. Les faltaban unos veinte minutos para llegar, y Andis se preguntó qué les habría entretenido.

Más tarde les preguntaría. Ahora revisó las pantallas que reflejaban el trabajo realizado por el equipo de Lodren.

Oyó su voz dando instrucciones a uno de sus hombres.

- ... en aquellas rocas, y otra junto al edificio. Cuando estén listos comunícamelo.

- Sí, Lodren. - dijo el técnico alejándose con unas sondas cruzadas sobre su pecho.

Antes de que Lodren llegara hasta otro grupo que estaba peleando con un recalcitrante aparato que se empeñaba en "caer" en las direcciones más insólitas, Andis le llamó.

- Lodren, informa.

- ¡Andis, bendito sea Kander!, necesito más hombres. Necesito otro acceso. Necesito más anclajes magnéticos. No conseguimos desplazar la maquinaria más que unos metros cada vez. Esta maldita pseudogravedad y la diferencia de velocidad entre los distintos puntos de la esfera hacen casi imposible mover el desintegrador molecular en línea recta. Estamos a sólo cincuenta metros del punto elegido para hacerla funcionar y la inercia...

- ¡Lodren, espera!. No puedo mandarte más hombres todavía, así que intenta usar el cerebro. Sólo tienes que anclar un par de cuerdas en el extremo opuesto del mismo paralelo y atarlas al desintegrador. Desde ahí...

- ¡Por supuesto!. En el momento en que separe el desintegrador de la esfera no importará la rotación de la misma. Podré llevarlo hasta el eje con muy poco esfuerzo y luego, con una tercera cuerda, hacerlo descender en el lugar elegido. O no hacerlo descender... Sí, es mejor hacerlo descender. ¡Chaco, espera! ¡Olvídate de las sondas y ven aquí! Coge unas poleas y...

Mientras Lodren daba nuevas instrucciones a sus hombres, por los que Andis sintió una repentina simpatía, cortó la comunicación. Si el equipo de ingenieros conseguía seguir el ritmo de Lodren, seguramente estarían listos para poner los desintegradores en funcionamiento en menos de una hora.

Pidió al ordenador que le mostrase las pantallas del equipo de exploración de la torre norte. Éste caminaba por un pasillo iluminándose con los focos de los trajes. Andis abrió el canal de sonido, pero sólo pudo oír la respiración jadeante de los hombres.

- Pactor, informa.

- Andis, hemos llegado al final de la torre trepando por los cables en vez de ascendiendo por la pared, lo cual ha sido mucho más fácil. A lo largo del camino había barras de aluminio agarrándose a las cuales se puede

acceder a los diversos edificios que rodean la torre, sin embargo hemos preferido llegar hasta el extremo antes de proceder a explorarlos.

- ¿Qué hay en el extremo?.

- Los cables por los que hemos trepado se introducen por unos agujeros de unos diez centímetros de diámetro que hay en el techo de la torre. Supongo que detrás estará la maquinaria que los hacía moverse. Precisamente a unos quince metros del techo hay unas barras cruzadas que impiden que alguien pueda seguir por el cable hasta el final desviándolo hacia el último pasillo que sale de la torre. Por desgracia ese pasillo tiene una puerta que no hemos podido abrir, parece estar bloqueada desde el interior. Hemos bajado hasta el anterior pasillo y por él hemos podido pasar a un laboratorio botánico. Viendo que no había peligro aparente he segregado dos subequipos a las órdenes de Baltis y Fasel para terminar cuanto antes un primer examen preliminar.

- ¿Cómo sabes que era un laboratorio botánico?. - preguntó Andis, extrañado.

- En las paredes había cuadros con dibujos y fotografías de distintos tipos de plantas y arbustos. Hay también una sala donde se podrían sembrar semillas, y de hecho hemos visto restos de muchas plantas muertas. Supongo que aquí era donde los Antepasados sembraban los arbustos para trasplantarlos, cuando hubieran crecido lo suficiente, al interior de la esfera.

- ¿Habéis observado algún daño en la torre?, ¿algún orificio por donde pueda escapar la atmósfera?.

- No. Aparentemente la estructura está intacta. De todas formas hemos descubierto que los pasillos de acceso a la torre pueden cerrarse mediante dos compuertas que encajan justamente alrededor del cable ascensor, así que si hay algún escape las cerraremos y la torre quedará aislada de la esfera.

- Pero entonces no podríais pasar al interior de la esfera.

Pactor tardó varios segundos en contestar.

- Los cables ascensores eran el medio que usaban los Antepasados para desplazarse entre la esfera y la torre en condiciones normales, pero es de suponer que si previeron que podía ser necesario cerrar ese camino, debieron habilitar otro. En la base de la torre, aparte de la cámara intermedia por la que hemos pasado hay cuatro habitaciones más. Al menos una de ellas debe ser otra cámara intermedia pero que comunique con la esfera.

“Tiene razón.” pensó Andis “Podíamos haber bajado por ahí en vez de por los cables.”

- Bien, seguid explorando. Pactor, entre esos edificios debe haber una central de producción de energía. No sabemos si será química, atómica o nuclear, ignoramos el nivel tecnológico que tenían los Antepasados. Intenta localizarla. La encuentres o no, dentro de media hora quiero que estéis en la base de la torre y preparados para cerrar las puertas de acceso si se detectan pérdidas de aire.

- Sí, Andis.

Satisfecho, Andis pidió al ordenador que conectase las pantallas del equipo de exploración sur.

Diren había llegado al gigantesco edificio cilíndrico que había en el polo sur y se disponía a entrar en él.

- Diren, informa.

- Andis, hemos cruzado la ciudad y entrado a investigar en un edificio...

- Diren, - interrumpió Andis, impaciente - no tenías instrucciones de penetrar en ningún edificio sino de llegar cuanto antes al eje sur y determinar si hay comunicación con la torre y a través de ella con el espacio exterior. En tal caso debías encontrar la forma de cerrarla.

- Pero Andis, el edificio de la ciudad...

- No me importa el edificio de la ciudad, más adelante habrá tiempo de investigarlos todos. Lo que quiero saber es qué es el edificio en el que estás entrando en este momento y cómo se comunica con la torre.

- Es un edificio de almacenes y de salas de recreo. Hay instalaciones deportivas y algunas otras que no hemos llegado a comprender aún. Y en el tejado hay una serie de aparatos planeadores con alas móviles que permiten a una persona desplazarse en la zona cercana al eje de rotación, donde la gravedad es escasa, con la simple fuerza de unos pedales accionados por las piernas del tripulante. A un lado del almacén central hay un edificio de dormitorios. En el centro, un túnel de unos treinta metros de diámetro se comunica directamente con la torre sur. A unos quinientos metros están las compuertas que vimos desde la nave. A ellas se pueden acoplar hasta cuatro naves para el transbordo de pasajeros y mercancías. Hay cables ascensores para el traslado de personal y transporte pesado. Vamos a ir directamente hasta las compuertas y comprobar si están cerradas. En unos veinte minutos habremos terminado nuestra misión.

Andis tardó unos segundos en reaccionar, y cuando lo hizo fue para exclamar...

- ¿¿Qué???. ¿Cómo sabes todo eso?

- Andis, el edificio en el que hemos entrado en la ciudad contenía maquetas de varias naves tipo lanzaderas, y diversas estaciones orbitales. Entre ellas había una maqueta completa y en sección de ésta. Hay también una pared con gran cantidad de fotos y planos de edificios de la ciudad, he grabado los planos en el ordenador y éste ha reconocido varios de los edificios, entre ellos éste en el que estamos. También había un armario lleno de una enorme cantidad de pequeños cartuchos, del tamaño de la palma de la mano, que se conectan mediante unas clavijas de cobre. Ignoro lo que puedan ser pero creo...

- Está bien. - interrumpió Andis - Supongo que todo estará en el ordenador. Ahora continúa la misión.

- Sí, Andis.

Y, consultando unos planos que aparecían en su pantalla portátil, dirigió a su equipo por un largo pasillo hasta girar a la derecha, sin dudar, en una bifurcación.

Andis no comprendía qué le estaba pasando. No solía perder la calma de esta forma y le fastidiaba pensar que sólo le ocurría con Diren.

Tras hacer un esfuerzo por serenarse, pidió al ordenador que repitiera las transmisiones del equipo de Diren en la última hora. En las pantallas vio cómo éste avanzaba por un sendero que recorría la ciudad entre casas y jardines. Los edificios eran pequeños, tal como los que había en las afueras de las ciudades muertas. De vez en cuando pasaban junto a otros algo más grandes con caracteres gigantescos sobre sus puertas. Pronto llegaron a la gran avenida del Ecuador. Andis activó el sonido.

- ... un río. Se ven incluso embarcaciones varadas en la orilla.

- Sí, pero ¿para qué pondrían un río aquí?.

- Peces. Algas productoras de oxígeno.

- Recreo. - era Diren el que hablaba ahora, aunque en realidad su cámara miraba a un edificio no más grande que otros junto a los que habían pasado poco antes.

- Bueno, esto no nos ayuda de momento, prosigamos.

- ¡Esperad! Disponemos de bastante tiempo antes de que Lodren esté preparado. Vamos a investigar el interior de un edificio cualquiera. Ése, por ejemplo. - y dirigiéndose hacia el que había estado observando, ordenó - Seguidme.

Hubo una cierta vacilación en alguna de las cámaras, pero a los pocos segundos, todos se encaminaron detrás de Diren.

El resto del vídeo se ajustaba exactamente a lo que éste había contado. El entusiasmo de los hombres se denotaba en los movimientos de sus cámaras mientras Diren se dirigía a un armario que había al otro lado de la puerta. Abriendo una puerta de cristal, cogió un cartucho para examinarlo detenidamente. Unos segundos después lo dejó en el mismo sitio en que estaba para coger otro. Tras examinar varios cartuchos más se dirigió hacia donde estaban sus hombres tomando imágenes de las maquetas y de varios planos que había colgados en las paredes. Sobre una de las mesas...

- Andis.

- Sí, Torio. - contestó deteniendo la proyección de las cámaras de Diren.

- Estamos en el ventanal sur. Hemos terminado ya de colocar el tercer cristal.

- Bien. Descended a la ciudad y esperad allí. Podéis explorar algunos edificios hasta que os avise. Después os refugiaréis en el interior de uno y descansaréis hasta que Lodren termine su trabajo.

- Sí, Andis.

Apenas unos minutos después oyó la voz de Diren que le informaba que había localizado las compuertas de la torre sur y que estaban todas cerradas.

Le ordenó que regresara a la base de la torre y estuviera preparado para cerrar las compuertas de comunicación con la esfera en caso de observar fugas de aire.

- ¿Qué compuertas?. - preguntó Diren.

- Ponte en contacto con Pactor. Él te lo explicará.

Tras comprobar que este último estaba en el puesto que le había asignado, se puso en comunicación con Lodren.

- ¡Diez minutos! - gritó éste al recibir la llamada - Tengo que asegurarme de que no vamos a atravesar el casco y además, mis hombres tienen que encontrar refugio antes de echar a funcionar esta maldita máquina. ¡Diez minutos!.

- Bien, no empieces hasta recibir mi aviso.

Se disponía a llamar a Karel cuando recibió aviso del ordenador de que aquél le llamaba.

- Andis, informa.

- Karel, se han completado con éxito las exploraciones de las torres. Se han reparado las ventanas rotas. Hemos descubierto un edificio que contiene planos detallados de la estación, los cuales han sido introducidos en el ordenador. En este momento doy instrucciones para que transmita la información a la nave. Se ha preparado el desintegrador molecular cerca del eje norte de la esfera y está listo para funcionar. Los exploradores han comunicado que no hay ningún peligro aparente en la estación. Espero tus órdenes.

- Bien. - contestó Karel - Nos estamos acercando a tu posición para proceder al desembarco del resto de la tripulación. No vamos a seguir usando la lanzadera pues tendríamos que realizar demasiados viajes. Coloca en la base de la torre norte un cebo tractor para el transbordo del personal.

- Karel, la maniobra puede ser bastante peligrosa. Yo recomendaría esperar...

- ¡Kander no quiere esperar!. ¡Sus habitaciones tienen que estar listas en veinticuatro horas como máximo!.

- Sí, Karel. - respondió Andis. Y cortando la comunicación añadió - Pactor, envía dos hombres a la salida de la torre norte. Yo llevaré hasta allí el cebo tractor. Deja otros dos hombres vigilando la esclusa y el resto de vosotros dirigíos a los almacenes de la torre sur. Habla con Torio para que te explique cómo bajar lo más rápidamente posible a la ciudad.

- Sí, Andis.

- Lodren, comienza cuanto antes la generación de la atmósfera de la esfera.

- Sí, Andis. Cinco minutos.

- Draken, informa.

- Andis, estaba a punto de entrar en el hangar de la nave cuando Trikar me ha ordenado que permanezca a la espera hasta que salgan los hombres.

- Aún tardarán unos diez minutos en empezar a salir y unos cinco minutos más hasta que estén todos en la estación. ¿Tendrías tiempo para dar una ojeada al exterior de las compuertas que hay en la torre sur?.

- Sí, Andis.

- Bien, pues hazlo. Comprueba si será posible introducir por ellas el material necesario para las habitaciones de Kander. Cuando desembarquen todos los hombres de la nave comenzarás a llevarlo hasta allí.

Andis se preguntó si había olvidado algo. Había apostado a que sería más fácil introducir el material pesado por la torre sur. Esperaba no haberse equivocado.

Lamentaba tener que abandonar su puesto de control, pero había que ganar tiempo como fuera, y no había nadie más en la lanzadera que pudiese llevar el cebo tractor. Alguien tenía que quedarse al mando de ésta para dirigir cualquier posible maniobra y ese alguien sólo podía ser Miro.

Cargándose el cebo tractor en la espalda, salió de la lanzadera, y agarrándose a la cuerda que había sido tendida hasta la base de la torre, comenzó a avanzar hacia ella sin mirar las estrellas que daban vueltas sobre su cabeza.

Al llegar, dos hombres del equipo de Pactor le esperaban.

Andis se alegró al reconocer a Choral.

Sin intercambiar más que un mudo saludo con la mirada, Choral cogió el cebo de la espalda de Andis mientras el otro hombre desenrollaba una cinta de pasta de soldar y preparaba un soldador para asegurar el cebo a la superficie de la esfera.

Miró hacia la nave y la vio cerca del horizonte, demasiado cerca para su gusto. Del hangar comenzaron a saltar los hombres unidos en una cordada.

El primero de la cordada apuntó un rayo tractor hacia la base de la torre y quedó enganchado en el cebo. Apretando un botón del tractor, la longitud del invisible rayo se fue haciendo más corta, atrayéndolo hacia donde Andis y los otros dos técnicos estaban instalando una red electromagnética.

La fuerza del rayo tractor se interrumpió cuando la rotación de la estación hizo que el cebo se ocultara tras la torre, pero apenas quince segundos después surgió por el otro lado volviendo a atraer a la cordada espacial.

* * * * *

Tras enviar a Choral y Tilo a través de la cámara intermedia al exterior de la torre y encargar a Fasel y Bodio que vigilasen las posibles fugas de aire preparados para cerrar las compuertas de la base de la torre en caso necesario, Pactor se puso en contacto con Torio.

- Sí, Pactor.

- Torio, Andis me ha encargado que me dirija al polo sur de la estación lo más rápido posible. Me ha dicho que tú me explicarías cómo hacerlo.

- De acuerdo. Penetra por el pozo con el borde de color verde. Llegarás a una habitación de la que sale un pasillo. Este pasillo da a un vestíbulo.

Pactor siguió las indicaciones de Torio. Suponía que si hubiese algún peligro éste le avisaría aunque a veces le preocupaba la forma que tenía Torio de correr algunos riesgos que él consideraba innecesarios.

Comprobó que todos sus hombres se hubiesen reunido con él antes de seguir.

- Ya estamos en el vestíbulo.

- Enfrente verás tres pasillos, rojo verde y azul. Dirígete al azul, entra en él y llegarás a un escalón de casi un metro de alto. ¡No bajes ese escalón!. En la pared de la izquierda hay una palanca. ¿La ves?.

- Sí.

- Tira de ella con fuerza.

Al tirar de la palanca salió de debajo del escalón una especie de vagoneta de algo más de metro y medio de ancho y unos tres metros de largo. En ella había dos asientos y tres compartimentos detrás en cada uno de los cuales podrían caber con comodidad dos personas, si bien no tenían asientos. A los lados de la vagoneta había unas ruedas con el borde cóncavo que se enganchaban a unos raíles que corrían a ambos lados del pasillo.

- ¿Esto es seguro?.

- Sí, desde luego. Diren y yo hemos bajado ya por ahí.

A Pactor le pareció notar un leve tono de humor en la voz de Torio. ¿Se estaba riendo?. Frunciendo el ceño ocupó el primer asiento junto con Aster, e hizo que sus hombres se acomodaran en los compartimentos de atrás.

- Está bien. Ahora ¿qué?.

- Coged cada uno el riel que tenéis al lado y tirad de él hacia atrás. Un par de tirones bastarán.

Así lo hicieron y la vagoneta comenzó a moverse con suavidad. Al recorrer unos veinte metros de distancia vieron que no hacía falta seguir tirando pues el impulso adquirido no parecía ir a detenerse. Más tranquilo, Pactor decidió relajarse. No era mala la idea de la vagoneta. Estando aún en la nave, había estudiado el trayecto que siguió Andis y le pareció lento e incómodo. Este en cambio podría llevar menos de... iban a unos diez kilómetros por hora, osea que en algo más de cinco minutos llegarían hasta el final de la línea.

- Bien, - dijo Torio por radio - ahora agarraos fuerte.

“¿Agarrarnos?.”

Volvió a calcular la velocidad de la vagoneta, ahora era de casi veinte kilómetros por hora y continuaba acelerando. Se agarró a una barra acolchada que había ante él y comprobó que Aster hacía lo mismo.

- ¿Podéis sujetaros bien todos en los compartimentos de carga?.

- Sí, Pactor.

Acababan de pasar el borde del ventanal norte y su velocidad era ya de más de treinta y cinco kilómetros por hora. ¡Y seguían acelerando!.

Apenas notaba una leve vibración cada vez que las ruedas pasaban por las juntas de los raíles y desde luego no había viento que permitiera calcular con una cierta precisión la velocidad pero ¡iban a más de cincuenta kilómetros por hora!.

Habían dejado atrás el ventanal y estaban pasando por en medio del bosque cuando uno de sus hombres comenzó a emitir un grito sostenido que fue coreado inmediatamente por otros. Se mordió los labios para no unir su grito al de los demás mientras veía pasar los árboles al otro lado de la bóveda del pasillo a casi setenta kilómetros por hora. Conforme descendían habían ido aumentando de peso y se sentía más pesado que si estuviese en la superficie de la Tierra.

El bosque quedó atrás y, al verse rodeado de una pradera de hierba notó que los raíles estaban inclinados a un lado. Sí, si bien descendían en línea recta hacia el ecuador, el raíl izquierdo estaba unos treinta centímetros más elevado que el derecho pero Pactor no sentía que estuviesen inclinados a la derecha, más bien parecía que estaban... ¡Estaban frenando!.

Observó el raíl a su izquierda, efectivamente estaban frenando. Al volver a mirar adelante se dio cuenta de que los dos raíles habían vuelto a ponerse a la misma altura y los edificios que vio pasar a sus lados iban cada vez más despacio.

Los gritos de sus hombres cesaron uno tras otro y Pactor expulsó entre los dientes el aire que había retenido en los pulmones. Llegaron a un andén donde la vagoneta se detuvo con una leve sacudida.

Habían tardado menos de un minuto y medio en recorrer los casi mil quinientos metros que les separaban de la torre.

- Bien, Pactor. - dijo Torio por radio - Cuando os apeéis empujad la vagoneta hacia delante hasta que entre completamente bajo el escalón que hay enfrente y girad una rueda que vereis al lado. Hasta que lo hagáis nadie podrá bajar en el siguiente vagón.

- ¡Hey!, ¿no podríamos repetirlo?.

- ¡Ni hablar, Tador! - exclamó Pactor - Ya tendréis tiempo para divertirlos cuando hayamos terminado nuestro trabajo.

Sorprendido no sólo por la vertiginosa rapidez con la que habían bajado sino también por la insólita reacción de sus hombres, la mayoría de los cuales parecían dispuestos a volver a darse otro paseíto en cuanto pudieran, Pactor se apeó de la vagoneta y puso los pies en el andén. Al pasar tan bruscamente de la ingravidez a un peso normal, teniendo que soportar además el peso de la mochila y del traje, se sintió mareado por un momento y tuvo que agarrarse a unas barras de aluminio que había junto al andén. El mareo se le pasó enseguida pero aún sentía cómo le temblaban las piernas.

“No son mis piernas.” se dio cuenta extrañado.

El suelo parecía vibrar con un zumbido bajo y profundo. Notó la misma vibración en la barra que estaba sujetando con las manos.

“Es Lodren.”

Miró hacia el polo norte de la esfera, de donde habían salido hacía menos de dos minutos. Cerca del edificio principal vio una densa nube de polvo que se extendía con rapidez en todas direcciones.

Esperaba que tal cantidad de polvo no dificultase excesivamente la visibilidad y les impidiese proseguir su camino.

Metiendo prisa a sus hombres avanzó por el camino que partiendo junto al andén se dirigía directamente hacia el río.

* * * * *

Apenas habían pasado unos minutos desde que Lodren recibió el aviso cuando la "maldita máquina" comenzó a funcionar. Un chorro de partículas ionizadas comenzó a barrer el terreno haciendo que los átomos se repelieran de tal forma que las moléculas se descomponían en sus elementos básicos. Unos campos de fuerza recogían los átomos dirigiéndolos hacia el interior de la máquina donde se separaban el oxígeno, nitrógeno, hidrógeno y carbono para volver a expulsarlos, tras recombinarlos, por unas tuberías que apuntaban hacia el centro de la esfera. Por otra tubería similar salía el resto de los elementos en forma de un fino polvo que comenzaba a llenar un enorme globo. Silicio, calcio, hierro, plata, todos los elementos que no iban a ser necesarios de momento se almacenarían en aquel enorme saco alargado en forma de gigantesca salchicha que iría inflándose, extendiéndose a lo largo de un centenar de metros y adquiriendo grosor, poco a poco en el proceso.

A pesar de los campos de fuerza, parte del polvo escapaba a la naciente atmósfera provocando una polvareda que impedía la visión a menos de unos metros de distancia.

Comenzó a oírse un bajo rumor que, conforme la densidad del aire dentro de la esfera aumentara, llegaría a hacerse ensordecedor. Incluso Andis, en el exterior, era capaz de notar las vibraciones del suelo.

* * * * *

Miro oyó las sirenas de emergencia seguidas de un fuerte sonido metálico. Unos segundos después cesaron las vibraciones que llegaban a través del suelo. Aliviado porque éstas hubieran cesado, desconectó la alarma e indagó cuál había sido el motivo de que saltara. Sólo al cabo de unos segundos se dio cuenta de que la leve gravedad que había sentido durante las últimas horas empujándole suavemente hacia la parte posterior de la lanzadera, había desaparecido.

Sorprendido, miró por las pantallas y vio que estaba flotando en el vacío.

¡Y se dirigía en línea recta hacia su propia nave!

- ¡Miro!, ¡Miro!, ¿qué ocurre?. ¿Por qué has soltado los anclajes?. ¡Corrige el rumbo, corrige el rumbo!

La nave no podría apartarse a tiempo. Tenía que ser él quien desviara la lanzadera. Apenas tenía un minuto antes de que chocara con la nave, pero era tiempo más que suficiente. Dirigiéndose hacia los mandos se dispuso a encender los motores calculando que podría desviarse para pasar a más de veinte metros de la nave.

De pronto, quedó paralizado por una sensación enfermiza de Miedo, Pánico, Terror que le invadió la mente. Gritando horrorizado cayó al suelo agitando los brazos en fuertes convulsiones. Era un Terror como no había sentido nunca antes, un Terror que le impedía pensar, razonar, hacer otra cosa que no fuera agitarse babeante en el suelo mientras esperaba que la muerte misericordiosa viniera a liberarle.

* * * * *

Los primeros hombres se habían posado ya en la superficie de la esfera. Los demás llegarían en unos tres minutos, pero como la esfera daría tres vueltas en ese tiempo, tendrían que caminar alrededor de la torre hasta que hubiese llegado el último. Andis vio una lanzadera en el cielo y, pensando que era la de Draken, se preguntó por qué había vuelto tan pronto de su misión de reconocimiento en el otro extremo de la estación y por qué se habría acercado tanto a la nave. Estaba a punto de llamar a Draken cuando cayó en la cuenta de que era la lanzadera de Miro que flotaba derivando lentamente hacia ella. Alarmado, gritó:

- ¡Miro!, ¡Miro!, ¿qué ocurre?. ¿Por qué has soltado los anclajes?. ¡Corrige el rumbo, corrige el rumbo!

Los hombres que estaban caminando alrededor de la torre se detuvieron mirando a su alrededor desconcertados por el grito. De repente una ola de Pánico les invadió a todos simultáneamente. Empezaron a gritar y convulsionarse dentro de sus trajes espaciales. Algunos incluso se despegaron de la superficie comenzando a caer hacia el infinito, pero fueron retenidos por los pocos cuyas botas habían quedado unidas a la superficie metálica de la esfera. Andis se aferraba desesperadamente al cebo tractor intentando esconderse, huir, morir..., lo que fuera antes de seguir soportando un segundo más aquella agonía.

La agonía siguió, siguió, siguió...

* * * * *

Karel oyó el grito de Andis y se dirigió hacia un terminal para ver cómo la lanzadera de Miro se dirigía en trayectoria rectilínea hacia la nave. La vio girar lentamente sobre sí misma y se dio cuenta de que estaba sin control. Durante un segundo temió por la seguridad de Kander

<¿...?>

mientras calculaba el tiempo que tardaría en apartar la nave del camino de la lanzadera. Al comprender que no tendría tiempo suficiente

<¡.....!>

intentó evaluar los daños que iba a sufrir la nave. ¡La colisión iba a producirse junto a los hangares!. ¡Justo sobre las habitaciones de Kander!.

<¡¡¡.....!!!>

Un Pánico desesperado, un Terror indescriptible le invadió arrancando un alarido de su garganta. Su grito se mezcló con los gritos de todos los hombres de la nave y de la estación para formar una única cacofonía que invadió las ondas para repetirse en los auriculares de ochenta y cuatro hombres que sabían que iban a morir, que sabían que no había esperanza, que sabían que ya estaban muertos.

CAPITULO III

Andis recuperó poco a poco el conocimiento.

Por los auriculares oía gemidos, lamentos y gritos desesperados. Intentó centrar sus ideas antes de darse cuenta de que parte de los gemidos que oía salían de su propia garganta. Tenía agarrotados todos sus músculos. Miró a su alrededor y vio que, milagrosamente, su cuerpo había quedado enganchado en el cebo tractor soldado a la superficie de la esfera. El cebo le había salvado de una caída posiblemente fatal, no porque fuera a chocar con ninguna superficie aplastándose contra ella, sino porque podría haber caído por toda la eternidad para convertirse en un nuevo satélite de la Tierra.

Intentó calmar sus nervios mirando a su alrededor, buscando algo en su entorno que le resultara familiar, algo a lo que poder asirse.

En sus auriculares comenzó a oír una voces apenas inteligibles.

- Karel, Andis, cualquiera, respondió. Kander, por favor, ¿dónde estás?.

Lentamente las palabras comenzaron a traspasar las brumas de su mente. Andis era él. Karel también era un grado conocido, tenía la sensación de haber conocido a un Karel hacía mucho tiempo. Y Kander...

¿¿Dónde estaba Kander!?!...

Había algo en su mente que faltaba. Un contacto, una presencia...

¡Kander!

- ¿Kander? - y, tras no recibir respuesta, repitió - ¿Kander? - intentó sentir algo en su mente, un rizo, una sensación, pero no sintió nada - ¿KANDER?... - hizo un último esfuerzo por sentirlo sin encontrar lo que buscaba - ¡¡KAAANDEEEEEER!!

Estaba Solo.

Por primera vez en su vida sentía un vacío en su mente allá donde una presencia, a veces severa, a veces amable, pero siempre familiar, le había acompañado a lo largo de toda su vida.

Por los auriculares oía los gritos desesperados de cada vez más hombres que, conforme se iban recuperando, llamaban a Kander suplicando una respuesta. Pero ninguna respuesta les llegaba para calmar el terrible silencio que atronaba en el interior de sus mentes.

Kander no estaba con ellos.

Lentamente tomó conciencia de sí mismo y de cuanto le rodeaba. Intentó ponerse en pie pero casi perdió el equilibrio por lo que tuvo que volver a agarrarse al cebo tractor y permanecer de rodillas durante unos minutos.

Mirando a su alrededor vio que todos los hombres de la cordada estaban atados aún por las cuerdas que los unían entre sí. La cordada estaba enrollada alrededor de la torre a la que daba varias vueltas. Esa había sido su salvación. Sin duda algunos hombres de los que ya estaban en la superficie habían permanecido firmes sobre la esfera y el resto de la cordada se había enrollado en la torre mientras ésta giraba sobre sí misma.

De los dos hombres que habían salido a ayudarle a poner el cebo tractor no había ningún rastro.

- Koideso..., ¡Koideso!, ¿estás bien?.

- ¡Andis, menos mal!. Tilo y yo hemos caído al vacío y estamos a varios kilómetros de la estación, alejándonos. ¡Tienes que venir a rescatarnos!.

- No te preocupes, iremos a recogeros en cuanto podamos. - dijo Andis intentando convencerse de que podrían rescatar a Choral.

Mirando hacia el horizonte, intentó localizar la nave.

Allí estaba, flotando a la deriva sin ningún control, girando y alejándose lentamente de la estación.

Los gritos hacía rato que habían cesado y sólo se oía de vez en cuando algún débil lamento.

Pidió al ordenador que abriese todos los canales de radio.

- Silencio todos. - reclamó - Soy Andis. - una algarabía de voces aterradas comenzó a hablarle, todos a la vez, sin que pudiera reconocer ninguna - He dicho ¡SILENCIO!.

- Andis, soy Torio. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está...?

- ¡¡SILENCIO!! ¡Oídme todos! Responderéis cuando me dirija a vosotros, no antes. Estamos en situación de emergencia y hay vidas en peligro que deben ser salvadas. Hasta entonces, y mientras no aparezca Karel, estoy al mando. Draken ¿estás ahí?.

- Sí, Andis.

- ¿Está bien la lanzadera?.

- Sí.

- ¿Cuánto tiempo ha pasado desde... la emergencia?.

- Ocho minutos.

- Rastrea el espacio a nuestro alrededor. Informa de todo lo que veas en el radio de alcance del radar.

- La estación. La nave está a mil doscientos metros de distancia alejándose a unos dos metros por segundo.

A tres mil metros de distancia dos cuerpos se alejan a cinco o seis metros por segundo.

- Son los hombres del equipo de Pactor que salieron a poner el cebo tractor. ¿Hay alguien más flotando en el espacio?.

- No, Andis.

- Acércate con la lanzadera a recogerlos. Los que están en la cordada... ¿Quién es el oficial de mayor grado?.

- Yo. - dijo uno de ellos sin identificarse.

- Organiza a los hombres que estén más cerca de ti para que vayan recogiendo a los que están en la pared de la torre. Tendréis que caminar alrededor de ella para desenredar este lío, pero que nadie se suelte de la cordada hasta estar bien asegurado en la superficie. Lodren, informa.

- El desintegrador se desactivó automáticamente al soltar los mandos y no se ha producido ningún daño en la esfera. Dos de mis hombres han desaparecido, sus radios han dejado de funcionar y no se les ve por ningún lado.

- ¿Alguien los ha visto?. - al no recibir respuesta, volvió a preguntar - ¿Dónde estaban la última vez que los viste, Lodren?.

- Estaban a unos diez o veinte metros de mí, pero ahora no se les ve por ningún lado.

- ¿Es posible que hayan caído ante el desintegrador?.

- Imposible. Lo solté nada más sentir el ataque del...

- Está bien. Ya los buscaremos más tarde.

No quería que dijese lo que temía que iba a decir. No, hasta que los hombres se tranquilizaran un poco. Sólo faltaba que cundiera el pánico entre ellos aunque ¿qué otra cosa podía ser lo que sintieron?.

- Pactor, informa.

- Nada que informar, Andis. Mis hombres y yo estamos junto a la orilla sur del río. No hay nadie herido.

- Torio.

- Nada que informar. ¿Qué ha pasado?

- Luego. Diren, informa.

- Nada que informar.

- Bien, parece que todos estamos más o menos bien. Pactor, prosigue el camino hacia la torre sur. Diren, sigue vigilando las posibles fugas de aire de la torre. Lodren, ¿Cuánto tiempo tardarás en terminar de generar todo el aire de la estación?.

- Lo mismo que antes. Unas seis horas.

- ¿Alguien tiene aire en su traje para menos de seis horas?. ¿No?. Entonces, Lodren, termina de hacer tu trabajo.

- Lodren, espera. - interrumpió Pactor - Andis, unos treinta segundos después de comenzar Lodren a usar el desintegrador nos vimos rodeados de una densa nube de polvo que hacía imposible orientarse. No creo que podamos llegar a la torre sur en estas condiciones. O Lodren espera a que nosotros lleguemos o nosotros esperamos a que él termine. Calculo que tardaremos unos treinta minutos en llegar.

Andis se sintió frustrado. Los planes que habían hecho antes de la exploración habían sido estudiados exhaustivamente para que no contuvieran fallos. Pero intentar ejecutarlos en la mitad de tiempo había sido una locura. ¿Por qué Kander había querido acelerar las cosas?.

¿Por qué no había enviado a Diren a inspeccionar la torre sur?.

Sabía por qué. Nunca le había gustado Diren. Era el hombre más frío e introvertido que había conocido nunca.

Para colmo, desde que habían llegado a la estación, Diren se había comportado de una forma extraña, tal como nunca había actuado antes. Cierto que en algunos momentos había tenido aciertos sorprendentes, casi milagrosos, pero ¿cómo se había atrevido a pararse a investigar en un edificio cuando tenía órdenes expresas de dirigirse a la torre sur?. Afortunadamente su desobediencia les había conducido a adquirir gran cantidad de conocimientos sobre la estación antes de lo que esperaban, por eso había decidido aplazar la amonestación que sin duda merecía.

¿Qué debía hacer?. Si la nave había quedado destruida no quedaría más material para enviar a la estación. Entonces no había prisa en explorar la torre sur.

- Pactor, refúgiate con tus hombres en algún edificio. En cuanto estés a cubierto avisa a Lodren para que prosiga su trabajo.

- Sí, Andis.

- Draken, informa.

- Andis, he recogido a los dos hombres que cayeron de la esfera. Ahora me dirijo hacia la estación.

- No. Dirígete hacia la nave y recógeme por el camino.

Varios hombres lo miraron extrañado mientras Andis se agarraba a la cuerda que había estado tendida entre la lanzadera y la torre y se deslizaba por ella hasta su extremo. Al alcanzarlo, a unos cien metros de la torre, se quedó esperando a que el movimiento de rotación le llevase a la tangente que pasaba por la nave y soltó la cuerda desconectando también las botas magnéticas. A unos cincuenta kilómetros por hora se alejó de la estación en una línea recta que le haría pasar casi rozando la nave que flotaba a la deriva.

No pudo evitar que su cuerpo fuese girando sobre sí mismo por lo que tan pronto se encontraba mirando a la nave como a la estación, pero al menos pudo comprobar que había acertado en el momento exacto en que tenía que separarse de la torre.

A pesar de todo se sintió aterrorizado. Si Draken no pudiera recogerle...

¿Cómo había sido capaz de cometer esta locura?.

Deseaba llegar a la nave cuanto antes, tanto que ni siquiera se paró a pensar en las consecuencias de un posible fallo de Draken.

- ¿Hay alguien en la nave? - llamó - ¿Karel?, ¿Miro?...

No conseguía recordar el nombre de los otros cinco hombres que habían quedado en la nave, pero no le cupo duda de que si no estaban inconscientes estarían muertos.

Como Kander.

Flotando en el vacío, girando lentamente sobre sí mismo y observando cíclicamente la estación que se alejaba, y la nave y la lanzadera que se acercaban a él, se preguntó qué podrían hacer si la nave no funcionaba y no podían utilizarla para regresar a la Tierra. Habían tardado más de un año en construirla. Aunque gran parte del tiempo se empleó en el diseño y la corrección de errores, se necesitarían al menos seis u ocho meses para construir otra. ¿Podrían sobrevivir en la estación durante todo ese tiempo?. ¿Podrían ser capaces de rescatarse ellos mismos?.

¿Podrían soportar la Soledad?.

Nunca había estado Solo. No conocía a nadie que lo hubiese estado a excepción de los mayores, antes de la llegada de Kander. Sabía que éstos a veces tenían pesadillas, y aunque no era correcto preguntarlo, más de una vez había tenido la tentación de preguntar a Lodren cómo eran esas pesadillas. Lo que no hubiera sido capaz de imaginar, desde luego, era la sensación de vacío que sentía en su mente, un vacío que era más tenebroso que el vacío que le rodeaba pues éste al menos lo podía entender, era la ausencia de materia. Pero el vacío que sentía en su mente era como la ardiente cicatriz dejada por la extirpación de un miembro cuya existencia había ignorado hasta ahora.

Kander.

La lanzadera se colocó a su lado, igualó su velocidad y se acercó con lentitud. Al llegar a unos metros de distancia Andis cogió del cinturón un anclaje magnético y lo dirigió hacia ella. Con ello consiguió frenar levemente su giro y acercarse a la abierta compuerta desde la que las manos de Choral y Tilo le asieron suavemente para ayudarle a hacer pie en el interior de la cabina de carga.

- Choral, me alegro de verte a salvo. - dijo Andis. Después se fijó en el número que había sobre el casco del otro. - Koisebo. ¿Cuál es tu grado?

- Tilo, Andis.

- Bien. Draken, - dijo dirigiéndose al piloto - ¿cuáles son los daños de la nave?.

- Está completamente destrozada, Andis. La lanzadera de Miro se estrelló justo al lado del hangar. En la sección donde estaban las habitaciones de Kander. El choque debió hacer explotar el metano y el hidrógeno de su atmósfera reventando el resto de la nave. Detecto restos de la lanzadera flotando en el espacio y... - tras unos segundos de vacilación añadió - ...y de Kander.

- Enfoca las cámaras hacia la nave.

Draken así lo hizo. Ésta se acercaba girando lentamente en el espacio en medio de una tenue neblina.

- ¿Qué es eso? - preguntó Andis señalándola.

Tras teclear unas órdenes en su terminal, Draken explicó.

- Metano. Hidrógeno. Amoníaco. La atmósfera de las habitaciones de Kander.

Un tenso silencio se abatió sobre ellos mientras la lanzadera seguía acercándose a la nave.

Cuando llegaron lo bastante cerca, Andis pidió a Draken que mantuviera una posición estable justo sobre el eje de rotación.

- Choral y Tilo, formad una cordada conmigo en cabeza. Vamos a abordar la nave.

Tras extraer de su cinturón unos veinte metros de cable cada uno, Choral enganchó el suyo a una eslinga en el cinturón de Andis mientras Tilo enganchaba el suyo al de Choral.

Andis enganchó su cable a un arpón magnético y lo disparó hacia la nave. El cable fue desenrollándose del torno de su cinturón hasta chocar con la nave, a unos treinta metros de distancia.

Tras hacer funcionar su torno, esperó hasta que el cable se tensara y desconectó las botas. Salió de la lanzadera a medio metro por segundo seguido por Choral y Tilo.

Observando la nave que giraba lentamente ante él, sintió de nuevo una fuerte opresión en la garganta. Nada de lo que había experimentado en las salas de entrenamiento Kander le había preparado para lo que estaban haciendo.

Nunca se supuso que tendría que moverse en caída libre, por eso lo más que había practicado en las salas de entrenamiento había sido caminar por paredes y techos en condiciones de ingravidez. Los pilotos habían sido entrenados para saltar y desplazarse por el interior de la sala sin recurrir a anclajes ni botas magnéticas y Andis, en las pocas ocasiones en que los vio entrenarse, había admirado la forma en que eran capaces de moverse, pero agradeciendo al mismo tiempo no tener que realizar tan extraños ejercicios.

Nada más poner el pie en la superficie de la estación se llevó la desagradable sorpresa de que caminar sobre ella no era igual que hacerlo por las paredes de las salas de entrenamiento. No sólo por el desconcertante giro

del firmamento sobre sus cabezas, sino porque la escasa pero apreciable fuerza centrífuga que variaba de intensidad según se acercaban o alejaban a las torres, descompensaba todos sus esfuerzos haciéndole sentir constantemente que había algo equivocado en el universo que le rodeaba. Tarde o temprano se acostumbraría, pero ojalá Kander le hubiese sometido a una batería más extensa de entrenamientos, con desplazamientos en campos gravitacionales de intensidad variable. Si Kander lo hubiese hecho así...

Alcanzó el casco de la nave y fijó un nuevo anclaje antes de volverse hacia Choral y Tilo para ayudarles a hacer pie en la superficie.

La puerta más cercana se encontraba a unos veinte metros de distancia, invisible tras la curvatura del casco. Andis caminó por la superficie asegurándose de fijar siempre un pie antes de levantar el otro. No quería correr el riesgo de cometer torpezas como las que había cometido en la estación. Llegó junto a la puerta y accionó la palanca que liberaría los cerrojos. Empujó hacia dentro para pasar al interior. Choral y Tilo, que le seguían de cerca, entraron tras él.

Las luces no funcionaban ni había aire en la nave.

Aún unidos por las cuerdas de sus cinturones, caminaron por los ingravidos pasillos hacia las habitaciones de Kander. Andis no sabía bien porqué, quizás esperaba que quedara un leve aliento de vida en él.

Kander no estaba allí.

De pie en la antesala de las habitaciones de Kander, separados de ellas por una resquebrajada pared de ceraplás tras la que debían estar sus restos, intentaron sentir la familiar presencia en sus mentes. Choral incluso se sentó en uno de los sillones y acercó su cabeza a la placa que había en el respaldo intentando captar algo aunque sabía de antemano que ya no había nada que captar.

- Andis, soy Torio. - oyó a través de su radio - ¿Está Kander ahí?.

Éste se sorprendió al darse cuenta de que en la confusión provocada tras el accidente había olvidado cerrar los circuitos de radio.

Intentó hablar, conservar una esperanza no sólo para sus hombres sino también para él mismo. Todos estaban pendientes de sus palabras. Incluso Lodren había detenido el desintegrador para oír su respuesta.

¿Cómo podía decirles que estaban Solos?

¿Cómo podrían enfrentarse al hecho de que tendrían que estar Solos hasta que pudiesen volver a la Tierra?.

¿Cómo podía decirles que, tanto si intentaban regresar por sus propios medios como si esperaban un rescate, tendrían que pasar varios meses antes de que volvieran a sentir la presencia de Kander?.

- Lodren, continúa tu trabajo. Torio y todos los demás, seguid con vuestras misiones hasta que regresemos. Entonces hablaremos.

No hubo contestación a sus órdenes. Al cabo de unos segundos volvió a oír por la radio el sonido del desintegrador que reanudaba su trabajo.

- Vamos. - dijo cerrando la radio y dirigiéndose a Choral y Tilo - Debemos ver si queda alguien vivo en la nave y si podemos dirigirla de regreso hacia la estación.

Caminaron por silenciosos pasillos, sorteando vigas, escombros y otros obstáculos, hasta llegar a la que había sido la sala de mandos. Varios cadáveres flotaban junto a las paredes, el techo y el suelo de la sala. La sangre les había brotado de todos sus orificios, nariz, oídos, ojos, al verse sometidos al vacío del espacio. Las paredes estaban cubiertas de sangre, e incluso se veía un brazo arrancado en la explosión que parecía llamarles desde un rincón de la sala.

Las consolas estaban destrozadas y no sería posible desde ellas dar ninguna orden a la nave. El cuerpo de Karel, retorcido bajo su asiento, se había librado de lo más duro de la explosión que había destrozado la nave, pero su cara estaba cubierta de la sangre que, hirviendo al ser su cuerpo expuesto al vacío, había reventado las venas de sus pulmones, garganta y fosas nasales congelándose después sobre su rostro.

Andis se inclinó sobre su cuerpo.

- ¡Kander, por favor, otra vez no!. - suplicó en un susurro conteniendo a duras penas las lágrimas.

Nadie pudo oír sus palabras dentro del traje espacial pero sintió la mano de Choral posarse sobre su hombro.

Intentando sobreponerse, se irguió para contemplar por última vez la sala de mando.

- No podemos hacer nada aquí. Vayamos al hangar.

Volviendo sobre sus pasos se dirigieron hacia aquél, y a través de la compuerta pudieron ver, durante un segundo, la Tierra, brillando azul en medio del espacio.

- Draken, ¿a qué distancia estamos de la estación?.

- A unos doce kilómetros.

- Los mandos de la nave han sido destruidos. ¿Crees que sería posible remolcarla hasta las cercanías de la estación con la lanzadera?.

- Imposible, Andis, ya lo he calculado. No sólo por la diferencia de masas y la limitación de combustible, sino también por la rotación de la nave. Si consiguiera engancharla con un cable, éste se enrollaría en la estación en cuestión de minutos arrastrándome hasta hacerme chocar con ella. Si lo enganchara justo en el eje de rotación, al tirar del cable hacia la estación la precesión del eje impediría controlar la dirección del vuelo. Y aún así no tendríamos combustible suficiente para devolver la nave a la misma órbita de la estación. Y la situación empeora. La nueva órbita de la nave la alejará en dirección a la Luna. No chocará con ella pero en su perigeo pasará a unos

treinta mil kilómetros de su superficie. Desde allí se desviará, aún no puedo calcular en qué dirección. Probablemente acabe siendo un satélite de la Luna hasta que la masa de la Tierra deforme lo suficiente su órbita para que acabe estrellándose contra una de las dos. No volveremos a encontrarnos con la nave.

- La parte de los almacenes no parece muy dañada. Intentaremos sacar algunos depósitos de combustible y el material que podamos. Conforme los arrojemos por la compuerta del hangar irás pescándolos con anclajes.

- Sí, Andis. Dos cosas: sólo tengo cuatro anclajes, y según la masa que tenga que remolcar no deberíamos alejarnos más de treinta o cuarenta kilómetros.

- ¿De cuanto tiempo disponemos?

- Dos o tres horas. Os avisaré cuando lleguemos al límite de masa que podamos remolcar.

Desenganchar uno de los depósitos de combustible les llevó más de una hora de duro trabajo. Cuando por fin lo consiguieron el tanque se desprendió lentamente del costado de la nave en rotación.

Draken lo pescó con un cable e impidió que se alejase más de la nave, pero al hacerlo tuvo que dar a la lanzadera un leve movimiento lateral, para que la rotación mantuviera tenso el cable, alejando el tanque de la lanzadera.

Andis, Choral y Tilo, tras descansar durante unos minutos, procedieron a seleccionar el material que habían de llevarse a la estación y meterlo en varios depósitos de herramientas.

Una hora más tarde habían recogido suficientes alimentos para sobrevivir durante un par de semanas, varios fermentadores de alimentos y muchas herramientas que les permitirían hacer parte del trabajo para el que habían sido enviados.

Cuando lo tuvieron todo preparado Andis fue a dar un último vistazo al almacén. Tomó algunos anclajes y cuerdas más y se quedó contemplando los restos.

Allí estaban los recicladores de metano y amoníaco, las cuñas gravitacionales, los generadores de microondas, destinados todos a las habitaciones de Kander.

Andis estuvo sopesando si debían llevarlos de todas formas, pero decidió que ya no hacían falta y, al acordarse de Kander, sintió un nudo en la garganta.

En el silencio del vacío espacial, una nave giraba sin rumbo. Su órbita le haría dar vueltas a la Luna en una órbita inestable que acabaría por hacerla chocar tarde o temprano con su superficie.

En su interior los restos de siete cadáveres permanecerían congelados para siempre. Seis hombres y un kander, que estarían en ese ataúd espacial durante toda la eternidad. El cuerpo de Miro, ¿quién sabe donde estaría?.

Andis casi envidió a los que habían muerto. Ellos no tendrían que soportar el estar Solos durante varios meses hasta que pudieran volver a la Tierra. Pero él, todos sus hombres

(sus hombres)

tendrían que soportarlo.

Preguntándose cómo podrían hacerlo, cogió la caja con las herramientas que había escogido y salió al hangar.

Una a una ataron las cajas entre sí, lanzándolas luego por el portón. Ya en el espacio, Draken les lanzó un arpón y, maniobrando con cuidado, consiguió que las cajas no chocasen demasiado bruscamente contra el tanque de combustible.

- Bien, Draken, ven a recogerlos. - dijo Andis.

- En seguida, Andis.

En lugar de acercarse a la nave, Draken aceleró los motores para conseguir mayor velocidad de rotación. Esperó a que la trayectoria tangencial de la carga pasara cerca de la estación y entonces soltó los enganches.

Andis comprendió de inmediato lo que había hecho Draken. Sin duda habría calculado la velocidad de la carga con la suficiente precisión para que le diera tiempo de recogerlos a ellos, llegar a la estación y volver a repescarla. Esperaba que al menos no habría enviado la carga directamente a la estación, sino a una distancia prudencial de ella.

De nuevo atados entre sí, saltaron por la puerta del hangar y unos minutos más tarde penetraban por la de la lanzadera.

- Draken, te felicito. - dijo Andis - Ha sido una excelente idea. ¿Cuánto tiempo tardará en llegar la carga?.

- Unas ocho horas y media. No quería que tardara tanto pero la masa que tenía que manejar era muy superior a la de la lanzadera y para conseguir más velocidad hubiera tenido que consumir demasiado combustible, lo mismo que luego para detenerla. Puedo dejaros de nuevo en la estación y, si me lo permites, me gustaría descansar unas horas hasta que llegue la carga.

- Bien. Choral sabe algo de navegación, se quedará contigo. Señále todo lo que puedas en el menor tiempo posible, no tenemos más pilotos.

- Y ¿después?.

¿Después?. Tardó un rato en comprender la pregunta. ¿Qué iban a hacer después?.

- No lo sé.

CAPITULO IV

Lodren estaba cansado.

Era el miembro de más edad de la tripulación y su cuerpo ya no podía soportar muchos esfuerzos.

Aunque lo único que tenía que hacer era barrer el terreno con el rayo desintegrador a muy baja potencia, intentando no profundizar más de un metro antes de desplazarse a otra zona contigua, seguir durante más de cuatro horas con esta rutina le estaba dejando agotado.

Normalmente hubiera podido aguantar hasta diez horas, ¡qué caramba!, pero eso había sido en otras circunstancias.

Solos.

Habían quedado Solos y perdidos en una estación orbital construida quien sabe cuándo, a más de trescientos mil kilómetros de la Tierra.

Trasladándose a un nuevo sector, que ya estaba delimitado, observó el barómetro para controlar la presión atmosférica. Ya estaba al ochenta y cinco por ciento de la presión al nivel del mar. Se había sorprendido al comprobar que a medio metro de profundidad la composición del terreno variaba para contener un mayor porcentaje de hidrógeno y oxígeno. Gracias a ello esperaba terminar su trabajo en algo menos de cinco horas en vez de las seis que en principio había calculado. Si ahora consiguiesen calentar el aire hasta los veinte grados centígrados, se dilataría hasta superar con mucho la presión atmosférica normal de la Tierra, incluso sobraría aire que podrían almacenar para un uso futuro. Como no disponían de calefactores suficientes para calentarlo, al menos de momento, decidió añadir un poco más, hasta llegar a un noventa y cinco por ciento.

Mientras manejaba mecánicamente, pero con cuidado, el lanzarrayos pensó en cuándo había sido la última vez que había soñado con la Soledad.

En su sueño era un niño que huía intentando esconderse de algo terrible que le perseguía por los laberínticos pasillos de la ciudadela.

Intentaba abrir puertas que siempre estaban cerradas. Giraba por recodos intentando encontrar una salida de aquel terrible dédalo mientras el Enemigo se acercaba ominoso a sus espaldas.

Tenía Miedo y estaba Solo.

Y, cuando al fin encontró aquella enorme puerta abierta, a más de cien metros de distancia, avanzó, corrió hacia ella con todas las fuerzas que le daba la Desesperación, el Terror, el Pánico.

Atravesó aquellas puertas y allí estaba Él.

Kander.

La puerta se cerró a sus espaldas. El Enemigo quedó encerrado, y Badeso supo que nunca más lo volvería a amenazar.

Que había quedado encerrado para siempre.

Que nunca volvería a estar Solo.

La última vez que tuvo el sueño fue hacía apenas tres años. ¿O fueron dos?. Intentó recordar en qué circunstancias se había producido.

Sí, habían sido dos años. Acababa de terminar un viaje de estudios a unas antiguas instalaciones de los Antepasados y...

Fue cuando murió Tanis.

Encontraron un edificio en el que los Antepasados fabricaban antiguos vehículos con motores eléctricos. Al entrar en una de las oficinas en busca de planos de fabricación para saber cómo funcionaban éstos, una de las paredes, debilitada tras décadas de sufrir las inclemencias del tiempo, se derrumbó sobre ellos. Diren y Lodren apenas pudieron salvarse. Los demás salieron tras ellos tosiendo. No fue hasta bastante tiempo más tarde que se dieron cuenta de que Tanis no estaba. Fueron a buscarle y lo encontraron semienterrado en medio de los escombros. No pudieron hacer nada por él, murió en sus brazos dedicando sus últimas palabras a Boidabeko.

Lodren se sintió tan afectado que no pudo comunicarle a Boidabeko la noticia. Fue Diren quien se la comunicó personalmente.

Lloró por Tanis, lloró por Boidabeko, a quien tan bien conocía, sabiendo lo que iba a sufrir al recibir la noticia.

Hubo algo que le disgustó, pero ¿qué?. No lo recordaba. Quería preguntarle algo a Kander, decirle...

¿Por qué no conseguía recordarlo?.

Fue esa noche cuando volvió a tener el sueño, cuando volvió a sentir la Desesperación, el Terror, el Pánico.

¡No quería pensar en ello!.

Comprobó de nuevo el barómetro. Esta vez la presión era la correcta y las proporciones de los distintos gases en el aire eran perfectas para permitir respirar libremente. Habían pasado apenas unas cinco horas. El agujero dejado en el suelo no era demasiado grande y en ningún punto tenía más de un metro de profundidad, pero de una extensa superficie cercana al edificio de entrada a la torre norte habían desaparecido las rocas y plantas que había sido colocadas allí con el propósito, quizás, de hacer un poco más hermosa la estación orbital.

Sería otro quien se encargaría de devolver los materiales sobrantes, acumulados en el enorme saco de polipiel poroso que se extendía por casi un centenar de metros, para volver a tapar el agujero.

Pero eso sería más tarde. Andis había ordenado una reunión de emergencia y Torio informó haber encontrado una especie de anfiteatro en la ciudad, cerca del ecuador, donde se podrían reunir todos.

Buscó con la mirada el anfiteatro y lo reconoció por la gente que caminaba hacia él.

Desde tanta distancia no era capaz de reconocer a nadie, había demasiado polvo en el aire. Cuando aún no había atmósfera, el polvo se dispersaba con facilidad cayendo rápidamente sobre toda la superficie interna de la esfera. Al haber cada vez más aire, el polvo era capturado con más eficiencia por los aspiradores y los campos de fuerza pero, por contra, el que se escapaba tardaba más en precipitarse, y lo hacía, principalmente, sobre el ecuador de la esfera. Desde el polo norte podía ver con toda nitidez los edificios del polo opuesto. La ciudad, en cambio, estaba cubierta por una nube de polvo que aún tardaría algunas horas en depositarse.

Agarrando una cuerda que había sido tendida hacia el edificio hemisférico del eje norte, se dirigió hacia él. Penetró a través del agujero que habían tenido que practicar en la pared para introducir el desintegrador en la esfera y tomó el pasillo de la derecha que le llevaría con rapidez hacia la ciudad.

Caminó hacia el punto de reunión pensando en la muerte de Kander. Nunca había pensado que un kander podría morir. Y aquel Terror que sintieron todos cuando murió...

No. Sintió un escalofrío recorrerle la espalda mientras intentaba apartar un terrible pensamiento de su mente. Sabía perfectamente lo que había ocurrido.

¿Enviaría pronto Kander una nave para devolverlos a la Tierra? ¿Cuánto tiempo tendrían que esperar hasta entonces? ¿Podrían soportar la Soledad?.

Lodren Badeso se unió a un grupo que avanzaba en dirección al anfiteatro intentando dejar a un lado las extrañas ideas que le habían atemorizado.

* * * * *

Andis sentía las miradas de los supervivientes de la expedición mientras intentaba encontrar las palabras necesarias para explicar su situación.

Se encontraban en un anfiteatro situado entre unos jardines casi en el ecuador de la esfera. Era un semicírculo elevado como un metro sobre el nivel del suelo. Frente a él, otro semicírculo de asientos de piedra en varios niveles, permitía que en ellos se pudieran sentar unas doscientas personas. En esta ocasión solo había setenta y dos hombres en las gradas. Draken y Choral estaban en la lanzadera, descansando y esperando la carga que habían enviado tres horas antes y a la que aún faltaban cinco para llegar, pero aunque no estuviesen allí oírían sus palabras por la radio.

Una multitud de inquietos y temerosos ojos le observaron al dirigirse al centro del escenario.

Tragó saliva y humedecióse los labios antes de abrir los canales de radio.

- Kander ha muerto.

Un rumor se oyó por los auriculares. Aunque todos lo sabían nadie había sido capaz de expresarlo en voz alta hasta ahora.

Tras esperar unos instantes a que se acallaran los rumores, Andis prosiguió.

- La nave ha sido destruida casi por completo y se ha alejado de nosotros sin posibilidad de que la podamos recuperar. Karel y otros cinco miembros de la tripulación han muerto, así como Miro, que iba en la lanzadera cuando se estrelló contra la nave.

- ¿Cómo se produjo el accidente?

Andis no reconoció la voz que había hablado pero el monitor de su casco le indicó que había sido Diren.

- Los enganches de la lanzadera se soltaron y, al quedar suelta en el espacio, siguió la trayectoria tangencial que tenía dirigiéndose en línea recta hacia la nave.

Otro hombre de entre la multitud preguntó:

- ¿No hubo forma de evitar el choque?.

- No lo sé. Debido a la distancia que separaba la lanzadera de la nave, quizás hubiera sido posible que Miro la desviase a tiempo de evitarlo. Supongo que se disponía a hacerlo cuando... cuando todos perdimos el conocimiento.

- Es una forma de decirlo. - se levantó uno de entre la multitud - Yo he sentido antes esa sensación. Cuando era niño. Era el Enemigo. El Enemigo nos ha atacado, y esta vez ¡ni siquiera Kander pudo protegernos!. ¡No pudo protegernos...

- Escucha... - intentó interrumpirle Andis.

- ...y Kander murió!. Ahora estamos Solos y no hay...

- Kestar Ramejo, ¡tranquilízate!.

- ... ¡ningún kander que pueda protegernos del Enemigo!.

Varios compañeros intentaron calmarle pero Kestar se debatió entre sus brazos intentando escapar.

- ¡Dejadme! Es inútil que hagamos nada, vamos a morir todos.

Saltando de su asiento intentó huir del anfiteatro. Cuando estaba a punto de conseguirlo cayó bajo el peso de dos hombres que se arrojaron sobre él. Al verse incapaz de huir de ellos, dejó de luchar y se quedó hecho un ovillo gimoteante en el suelo.

Poco a poco los hombres volvieron a sus asientos entre murmullos y comentarios desanimados.

- ¡Escuchad! - casi gritó Andis - No sé exactamente lo que ha pasado. Quizás hemos sufrido un ataque del Enemigo, pero no se ha vuelto a producir otro en las cinco horas transcurridas desde entonces. Quizás no se produzca otro ataque, no lo sabemos. Estamos en una situación grave, no quiero que os engañéis, pero aún estamos vivos, y mientras lo estemos hay esperanza.

»No quiero que se produzcan más incidentes de este tipo. Estamos aislados en esta estación y, hasta que podamos comunicarnos con la Tierra no sabremos lo que tenemos que hacer para volver a ella. Tenemos refugio y comida para más de dos semanas, y en el espacio, a punto de llegar, hay varios sintetizadores de alimentos que nos permitirán sobrevivir en esta estación al menos durante varios meses hasta que Kander venga a rescatarnos. Espero que no se produzca un nuevo ataque del Enemigo, pero mientras tanto no vamos a quedarnos quietos. Hemos de comunicarnos con la Tierra y avisar a Kander del ataque. Tal vez Él pueda hacer algo por ayudarnos. En cualquier caso tenemos una misión: Hacer operativa esta estación orbital en el plazo más breve posible.

»¡Es la voluntad de Kander!

* * * * *

Los hombres habían comenzado a dispersarse, dirigiéndose cada uno al puesto que se le había asignado. Sólo los jefes de equipo se encontraban en la explanada junto al anfiteatro esperando las órdenes de Andis.

Cuando quedaron solos, éste cerró el circuito a todas las radios menos a las de los jefes de equipo sabiendo que, si le necesitaban, cualquier otro podría enviarle un mensaje aunque no pudiesen oírle hasta que él lo decidiese.

- Lodren, - comenzó Andis - ¿cuál es el estado actual de las reparaciones?.

- No hay ningún problema urgente. Hemos generado ya toda la atmósfera de la estación y no parece haber fugas por ningún lado. Por desgracia hemos levantado mucho polvo y la ciudad parece mucho más sucia que cuando llegamos. Y estará peor cuando mis hombres vacíen el depósito como ya les he ordenado. Cuando todo el proceso haya terminado me gustaría darle un buen lavado a la ciudad pero no creo que podamos disponer de bastante agua para ello. Quizás con una combinación de ultrasonidos y campos de fuerza podríamos compactar el polvo y...

- Eso no tiene importancia ahora. No podemos estar permanentemente con los trajes de vacío puestos. ¿Cuándo nos los podremos quitar?.

- Bueno, tenemos el refugio. En cuanto llegue al alcance de la estación y Draken lo consiga recuperar podremos montarlo en un par de horas y tendremos un lugar donde quitarnos los trajes.

- Lodren, no te andes por las ramas. Quiero saber cuánto tardarás en calentar el aire de la estación para que podamos trabajar sin trajes.

- Mira, Andis, tenemos tres calefactores que se pondrán en funcionamiento en cuanto mis hombres vacíen el depósito de desechos del desintegrador. No se puede hacer antes pues se estropearían con tal cantidad de polvo en el aire. De todas formas la esfera es un cuerpo frío. Se enfría en el espacio mucho más de lo que se calienta por la acción de los rayos del sol. Ni soñando podríamos calentar tal cantidad de aire a más de veinte o treinta grados bajo cero.

- Podríamos calentarla. - intervino Diren.

- ¿Sí?. ¿Cómo?. - preguntó Lodren.

- En la expedición que hicimos a la torre sur pasamos por un edificio que contenía varias maquetas de estaciones orbitales. Una de ellas era ésta. Y una cosa que me llamó la atención fue un espejo circular que había justo debajo de la maqueta. Al principio creí que servía para verla desde abajo, pero luego pensé...

- ...¡Que si colocamos un espejo suficientemente grande detrás de la esfera podremos duplicar la cantidad de energía solar que recibimos!. ¡Y hasta triplicarla si el espejo lo hacemos focal en vez de plano!. Pero ¿cómo sortearemos los escudos que rodean la esfera?. Tenemos que calentar ésta, no los escudos.

- Es fácil. - terció Andis - Las caras internas de los escudos están recubiertas de espejos. Antes de que la lanzadera de Miro fuese destruida analicé la trayectoria de los rayos de luz en el ordenador y comprobé que...

- ...¡Que la luz penetraría reflejándose en ellas directamente hacia los ventanales y por ellos al interior de la ciudad!. Andis, ¿tienes aún esos cálculos?.

- No, pero el ordenador de la lanzadera puede repetirlos en cuanto...

- ¡Tooper, escucha! - interrumpió Lodren dirigiéndose a la radio - Prepara un equipo de diez hombres con varios condensadores de vidrio y que se dirijan hacia...

- ¡Espera, Lodren! La lanzadera está ocupada en estos momentos y no va a estar disponible hasta que Draken y Choral capturen el material que rescatamos de la nave. Hasta entonces...

Lodren consiguió soltar cinco maldiciones en apenas tres segundos antes de gritar por la radio.

- ¡Tooper, olvídale!. Sigue buscando a Remo y a Chaco.

Andis no oyó la respuesta de Tooper pues su radio seguía en circuito cerrado, pero casi sonrió al imaginar lo que aquél estaría pensando.

- Bien, mientras tanto, Diren te conducirá al edificio para que envíes todos los datos que puedas al ordenador y puedas diseñar la forma del espejo. Yo iré con vosotros. En cuanto a lo demás, la prioridad principal es recuperar el material que rescatamos de la nave. Casi todo viene en contenedores bastante manejables, menos el tanque de combustible. Éste lo tendremos que dejar en algún sitio que no estorbe, quizás sujeto a alguna de las torres. El resto lo tendremos que introducir en la esfera, espero que por la torre sur ya que, según lo que Diren ha visto, parece ser el camino que usaban los Antepasados para introducir mercancías en ella. Pactor, te dirigirás con

varios hombres a la torre norte y continuarás el examen de las distintas fábricas. Intenta localizar la central energética de la estación. Y tú, Torio, organiza una expedición de búsqueda para ayudar al equipo de Lodren a buscar a los dos desaparecidos. Tienen que estar en alguna parte dentro de la estación.

Torio dio media vuelta para alejarse pero Pactor permaneció ante él.

- ¿Sí, Pactor?.

- Andis, antes de ir a reunirme con mis hombres quisiera hablar contigo. En privado.

Andis se extrañó. Normalmente cualquiera podía dirigirse a él para plantearle un asunto. El hecho de pedir hablar en privado significaba que Pactor quería plantearle un tema personal, no relativo a la misión. No creía que fuera el momento adecuado de atender peticiones personales y estuvo a punto de decirle que esperase una ocasión más propicia pero Pactor no solía actuar de manera irresponsable, era uno de los mejores hombres que tenía a su mando y no creía realmente que quisiera distraer su atención por un tema de menor importancia.

Además, aunque desde hacía algunos años no tenían mucho contacto entre ellos, antes habían sido muy buenos amigos.

- Dime, Pactor. - dijo activando el circuito cerrado de radio.

- Andis, mientras estabas fuera de la estación he estado pensando en el accidente y todo lo que ocurrió durante el mismo. No quisiera inmiscuirme en tu trabajo, eres Andis y no tengo derecho a decirte lo que debes hacer, pero también somos amigos desde niños y como Boitade, no como Pactor, me gustaría hablar a Boidabeko, no a Andis.

- Adelante, Boitade. Dime.

- En primer lugar, ¿te has preguntado que ocurrió en el accidente?, mejor dicho, no qué ocurrió, sino por qué.

- ¿Qué quieres decir?.

- Permíteme reconstruir el accidente. Sabes exactamente lo que pasó, pero a mí me gustaría conocer algunos porqués. Primero se sueltan los anclajes que sujetaban la lanzadera tripulada por Miro. ¿Por qué?. ¿Acaso Miro los soltó manualmente, o hizo que el ordenador los soltara, o se soltaron por algún otro motivo?. Me pregunto si fue un accidente o algo intencionado.

- ¿Intencionado?. Pero... ¿estás loco?. ¿Como puedes pensar que alguien quisiera provocar un accidente?. Y ¿¡matar a Kander!?

- Sería inconcebible, y no digo que fuera a propósito, pero sí digo que "alguien" ordenó soltar los anclajes en el momento más inoportuno.

- Imposible. Nadie puede pensar siquiera algo en contra de los Mandamientos Kander. Es imposible. Boitade, olvida esa idea.

- Está bien. - respondió Pactor tras unos segundos - De todas formas déjame seguir unos minutos. Cuando la lanzadera comenzó a flotar en el espacio creo que tú fuiste el primero en darte cuenta de ello. Al menos fuiste el primero que gritó por la radio intentando avisar a Miro del peligro. Y tu voz hacía pensar que estabas bastante alarmado. ¿No fue así?.

- No. En realidad estaba aterrizado. Cuando vi que la lanzadera se dirigía en línea recta hacia la nave, pensé que Kander iba a morir. Y entonces sentí el Terror.

- Espera, Boidabeko, ¿sentiste el Terror antes de gritar o simplemente te asustaste y el Terror vino unos segundos después?.

- Estaba aterrado ya antes de gritar, pero unos segundos después sentí el Terror mucho más intenso. ¿A dónde quieres llegar?.

- A donde quiero llegar es a lo siguiente: Cuando viste que la lanzadera se iba a estrellar contra la nave sentiste terror, pero fue un terror natural y lógico por la seguridad de Kander. Prueba de ello es que ni yo ni ninguno de mis hombres sentimos el Terror hasta unos diez o quince segundos después de que tú gritases.

- Puede ser, pero...

- Lo que quiero decir es que Kander debió notar tu terror, entonces examinó lo que ocurría a su alrededor y vio que iba a morir, y entonces... ¡se Aterrorizó!

- ¡No digas tonterías!. Kander no puede sentir miedo de nada.

- ¡Todos tememos a la muerte!. Estoy seguro de que Kander también debió sentir miedo a morir.

- Pero...

- Lo que sentimos ¡no fue un ataque del Enemigo!. Fue el Terror que sintió Kander y que nos lo transmitió a todos nosotros tal como a veces nos transmitía otros sentimientos.

Andis estaba alarmado. Intentaba pensar sobre lo que Pactor estaba diciendo. Ya le costaba imaginar el hecho de que el accidente podía deberse a un descuido de alguno de los tripulantes de la lanzadera y, al estar éstos bajo sus órdenes, la responsabilidad sería en parte suya. Pero admitir que su grito de alarma podía ser la causa directa de la muerte de Kander era más de lo que se veía capaz de imaginar. ¿Él causa de la muerte de Kander?. No, inconcebible. Debía haber otra explicación. Era evidente que Lodren, Diren y Kestar habían reconocido el Terror como el mismo que sintieron siendo niños y en aquella ocasión había sido provocado por el Enemigo. Lo más lógico era pensar que si era el mismo tipo de sensación tenía que tener la misma causa: el Enemigo.

Por otro lado la forma en que habían ocurrido las cosas se ajustaban también con una irrefutable lógica a la explicación que había dado Pactor, y el Terror que sintieron pudo no ser provocado por un Enemigo que no había

vuelto a dar señales de su existencia desde hacía cuarenta y dos años, sino por el mismo Kander al comprender que iba a morir. Pero entonces Lodren, Diren y Kestar, los tres únicos mayores que había en la expedición una vez muerto Karel, estaban equivocados. Ellos habían afirmado que el Terror era el mismo que sintieron cuando eran niños y Kander les salvó. ¿Podían todos ellos haberse confundido?. ¿Por qué no se salvó ningún adulto que hubiese podido darles información más detallada acerca del Enemigo?. No servía de nada pensar en lo que hubiera pasado "si...". El caso era que sólo habían sobrevivido algo más de tres mil niños de entre tres y cinco años. Esa fue la primera generación, los mayores. Y gracias a que también se salvaron algunas madres pudo existir la segunda. Pero incluso las madres tenían esa edad cuando fueron atacados por el Enemigo.

Ni siquiera se atrevía a pensar en la segunda idea sugerida por Pactor. ¿Podía su grito haber alarmado a Kander lo suficiente para...?.

¡No!. Imposible. Él no era responsable, no podía ser el causante de la muerte de Kander.

- Pactor, estás equivocado. Tienes el testimonio de todos los mayores que han identificado el Terror como idéntico al que sintieron cuando eran niños, cuando el Enemigo destruyó a los Antepasados.

- Pero, Boidabeko, recuerda que ninguno de nosotros creyó de pequeños los cuentos que nos contaban los mayores. De hecho, Kander tuvo que prohibir...

- ¡No eran cuentos!. Quizás nos reíamos de esas historias, pero sabíamos que eran ciertas. Pactor, no sé a dónde quieres llegar, ni quiero saberlo. Kander ha muerto debido a un accidente provocado por un ataque del Enemigo. No hay ninguna otra explicación posible y no permitiré que difundas entre los hombres ideas equivocadas. Olvida este absurdo asunto y no vuelvas a comentarlo con nadie. Es una orden.

Pactor estaba sorprendido. Había pensado que podría convencer a Andis de que los mayores se habían equivocado al interpretar el ataque de Pánico, pero no imaginó que éste reaccionara de una forma tan terminante. Intentó encontrar más argumentos pero tenía la sensación de que los argumentos no conseguirían nada contra la insólita y recalcitrante actitud que acababa de demostrar Andis.

- Andis, quizás estoy equivocado. Lamento haberte alarmado pero creo que deberíamos investigar al menos...

- No hay nada que investigar. Hemos sufrido un ataque del Enemigo que ha provocado la muerte de Kander. Aparentemente el Enemigo ha vuelto a irse y no ha pasado nada más. No hay que buscar más explicaciones. Reúnete con tus hombres y continua la búsqueda.

- Sí, Andis.

Mientras contemplaba a Pactor alejarse intentó recapacitar sobre lo que éste había dicho. Mientras más pensaba en ello más se convencía de que no podía ser. Él no podía ser el responsable.

Intentó reconstruir aquellos momentos terribles desde que contempló la lanzadera flotando a la deriva en dirección a la nave. Su grito podría haber asustado a cualquier hombre que lo hubiera oído, pero no a Kander. ¡No a Kander!. Había sido el Enemigo, Kestar, Lodren y Diren habían reconocido el ataque. ¡No podía haber sido él!.

Mirando a su alrededor vio que se había quedado solo junto al anfiteatro. Lodren y Diren, con algunos de sus hombres, esperaban a prudente distancia.

Haciéndoles una seña, echaron a caminar hacia el edificio donde Diren había encontrado las maquetas. Por el camino intentó imaginar qué habría pasado con Remo y Chaco. Según Lodren, estaban a su lado en el momento de sufrir el ataque del Enemigo. ¿Sería posible que éste, de alguna manera se los hubiese llevado?. No. No tenía sentido. Había muchos hombres en el exterior de la estación y hubiera sido más fácil que se hubiesen llevado a alguien de fuera. Sintió un escalofrío al pensar que podrían haberse llevado a Choral. Si la segunda lanzadera no hubiera estado disponible tanto Choral como Tilo se hubieran perdido irremisiblemente en el espacio.

¡Si hubiera perdido también a Koideso...!.

Pidió al ordenador que le mostrara las constantes vitales de Choral y, tras comprobar que estaba despierto, le llamó.

- Koideso.

- Sí, Boidabeko.

- ¿Estás bien?.

- Sí. Estoy bien. Estoy vigilando mientras Draken duerme. Aún falta bastante para que llegue la carga. Draken me ha pedido que le llame dentro de unas horas.

- Dime, ¿viste algo extraño allí fuera?. Mientras flotabas en el espacio, quiero decir.

- No. Sólo sentí el Terror y unos minutos más tarde desperté al oír voces por la radio. Tilo y yo estábamos a unos trescientos metros de distancia el uno del otro y no podíamos acercarnos. Al ver que nos alejábamos cada vez más de la estación sentí miedo pero me tranquilicé al oír tu voz.

»¡Lo primero que pensaste fue en mí!

Andis guardó silencio por unos segundos. ¿Había sido así?. No conseguía recordar nada de aquellos momentos. Sabía que había temido por Choral pero no recordaba en qué orden habían sucedido los acontecimientos. No conseguía imaginar lo que habría pasado si hubiese llegado a perderle también a él.

- Cuidate.

- Sí. Tú también.

Cortó la comunicación y siguió caminando junto a Lodren y Diren. No podía dejar de pensar en lo que Pactor había comentado. ¿Podían Lodren, Diren y Kestar estar equivocados?.

- Lodren, ¿qué crees que pasó?.

Éste le miró extrañado durante unos segundos antes de responder.

- ¿No crees que pasó lo que tú mismo has explicado?.

- No lo sé. Fue la primera explicación que se me ocurrió. Durante años los mayores nos habéis metido en el cuerpo el miedo al Enemigo y al despertar imaginé que esa era la causa del ataque. Pero no lo sentí. Nací catorce años después del ataque del Enemigo y no sabía que se podía sentir... Lodren, tú estabas en la Tierra cuando aquello ocurrió. ¿Qué es lo que recuerdas?.

- Bueno, la verdad es que no puedo decirte nada de lo que ocurrió. Además, nunca me ha gustado pensar en ello. Yo era sólo un niño y apenas recuerdo...

Lodren se calló de repente y Andis le miró extrañado. Aunque seguía caminando su mirada le indicó que estaba inmerso en dolorosos recuerdos.

- Algunas veces - dijo Andis tras unos instantes de silencio - llegué a pensar que los Mayores os inventabais esta historia para asustar a los jóvenes y que estudiáramos y nos portásemos bien.

- No. - replicó Lodren saliendo de su ensimismamiento - Jamás me inventaría una historia así. Hace años hablé con otros supervivientes. Unos recuerdan ciertas cosas, otros recuerdan otras, pero el cuadro general es el mismo. Alguien atacó la Tierra hace cuarenta y dos años matando a casi toda la población del planeta. Entonces llegó Kander a tiempo de salvar a los pocos supervivientes. Destruyó al Enemigo y se quedó para criarnos. Nos enseñó todo lo que sabemos y algún día, cuando seamos capaces de sobrevivir por nosotros mismos, se irá para volver a su planeta.

- ¡Alabado sea Kander! - exclamó Andis sintiendo un estremecimiento. Tras unos segundos de silenciosa meditación preguntó - ¿Será como ahora?.

- ¿Qué quieres decir?

- Quiero decir... Nos hemos quedado Solos. Por primera vez en mi vida no siento la presencia de Kander y es algo terrible. Me cuesta soportarlo y más aún pensar que estaremos así por varios meses. Pero cuando Kander se vaya será para siempre. ¿Crees que podrías soportarlo?.

- No lo sé. Sé que estuve Solo los primeros años de mi vida pero no consigo recordar nada de aquello. Tan sólo recuerdo al Enemigo, y después a Kander.

- Yo recuerdo algunas cosas de cuando tenía tres o cuatro años. ¿Tu no recuerdas nada de esa edad?.

- Créeme, lo que sentimos hace unas horas no fue ni la décima parte de lo que sentí entonces. Si hubieses pasado por lo mismo que yo no podrías, no querrías recordar nada.

- Si el Enemigo ha vuelto, debes recordar. Tal vez algo que has olvidado pueda ayudarnos a luchar contra él.

Lodren no respondió de inmediato. Se sumió en una profunda reflexión mientras caminaba por el césped en dirección al edificio. Unos minutos después se volvió hacia Andis.

- Pensaré en ello.

- Quiero que pienses también en otra cosa. Hace unos minutos Pacto me ha contado una teoría. El cree que lo que sufrimos no ha sido un ataque del Enemigo. ¿Crees posible que lo que hemos sentido pueda haber sido...?.

Andis no fue capaz de terminar la frase. Hubiera podido imaginar miles de razones para el ataque de Pánico que habían sentido pero sólo una era posible. A no ser que Pacto tuviera razón y Lodren, Diren y Kestar se hubieran confundido. Y eso implicaría...

No. Era evidente que Pacto estaba equivocado. Sintiendo más aliviado decidió no comentarle a nadie las ilógicas ideas de Pacto.

Aceleró sus pasos para ponerse a la altura de Lodren, que casi le había dejado atrás, y continuó el camino hacia el edificio de cristal que ya veían ante ellos.

"Qué extraño." pensó con repentina inquietud "Cuando me he callado de repente, Lodren no me ha preguntado lo que iba a decir."

CAPITULO V

Una estructura de cristal y aluminio de seis metros de alto se alzaba ante ellos bajo la mortecina luz procedente de los focos instalados en los polos de la esfera.

Andis contempló el letrero que había sobre la puerta. Allí había escritas varias líneas con los típicos caracteres que se encontraban sobre muchas puertas en numerosos edificios de la Tierra. Quizás se diferenciaban en que había varias líneas escritas en lugar de una sola, y algunas combinaciones eran bastante parecidas entre sí.

Su interior quedaba oculto tras los cristales tintados que cubrían el edificio por completo. Al entrar vieron que la débil luz penetraba por numerosos ventanales creando un ambiente semilúgubre. Encendiendo los focos de los trajes pudieron contemplar una gran sala. A su izquierda había un largo mostrador, a la derecha unas vitrinas con varias maquetas de modelos de estaciones orbitales. Varios cuadros ocupaban una de las paredes de la sala.

De inmediato, Lodren y sus hombres se pusieron a grabar todas las maquetas, cuadros y esquemas que encontraron enviando la información al ordenador de la lanzadera. Lodren pasó varios minutos conversando con aquél pidiéndole planos detallados de las imágenes que estaban captando.

- ¡No es suficiente!. ¡No es suficiente!.

- ¿Ocurre algo, Lodren?.

- ¡Casi nada!. - respondió éste frustrado - Que hay cuatro modelos de estaciones espaciales y sólo uno es el que corresponde a éste. Pero no nos sirve de nada, es sólo una reproducción de esta estación, y no nos aporta más datos que la misma estación en sí, sólo la posición del espejo que tenemos que construir. Deberían haber planos detallados de los edificios principales, de los sistemas de drenaje, de las fuentes de alimentación eléctrica.

- Diren, tú encontraste más planos de la estación, ¿No?.

- Sí, están por aquí.

Le siguieron hacia el extremo opuesto de la sala y penetraron en otra aún mayor que ocupaba el resto de la planta del edificio. Adosado a una de las paredes había un enorme armario con las paredes extrañamente teseladas. Las otras tres paredes daban a amplios ventanales por los que se filtraba parte de la débil luz de los focos que habían colocado en los polos de la estación para iluminarla. El centro estaba ocupado por numerosas mesas y sillas que llenaban por completo el resto de la sala.

Diren se dirigió a la izquierda. Sujetos de un lateral en la pared colgaban numerosas láminas que se podían pasar como las hojas de un libro. Al separar dos láminas al azar vieron el plano detallado de un edificio y, en la lámina opuesta una fotografía del mismo. Dejó el sitio a Lodren que se puso a tomar vistas de todos los planos.

Intrigado por el armario que ocupaba el centro de la pared, Andis se dirigió a él. Tras unas vitrinas de cristal se veían centenares de piezas idénticas que sobresalían inclinadas de la superficie del armario. Lo único que las diferenciaba eran los caracteres escritos en la parte visible de cada una de ellas. Abriendo una de las puertas de vidrio intentó sacar una sin conseguirlo. Junto a ella había un botón. Apretándolo, sintió un chasquido y vio como la pieza situada a su lado retrocedía unos centímetros. Esta vez pudo sacarla sin dificultad. Era cuadrada y por uno de los lados había una placa metálica que se deslizaba dejando ver en el canto que se insertaba en el armario unos conectores.

Se mordió los labios intranquilo. Pidió al ordenador que los contara. Ante él tenía mil doscientos cincuenta cartuchos.

¡Sabía lo que eran!.

Kander les había enseñado a construir ordenadores que realizasen operaciones y comparaciones miles de veces más rápido que los circuitos electroquímicos del cerebro. También servían para almacenar muchos más datos de los que ninguna persona sería capaz de recordar en toda su vida. El ordenador no podía hacer nada con esa información, no tenía inteligencia para ello, pero gracias a determinados programas una persona podía seleccionar una serie de datos descartando los demás, hacer estadísticas sobre ellos, ordenarlos de cualquier forma imaginable, investigar los efectos de determinados cambios,... para descubrir cosas que sin el ordenador hubiesen requerido años y hasta siglos de cálculos matemáticos.

Sabía lo que eran esos cartuchos.

Unidades de Almacenamiento de Datos.

Se preguntó cómo funcionarían y la capacidad de almacenamiento que tendrían.

Había tantas formas de almacenar datos en la materia que era imposible saber, únicamente por el aspecto exterior de los cartuchos, el sistema que usarían los Antepasados. Pero lo importante de su descubrimiento era que allí tenía quizás varios millones de nanobytes de información acerca de ellos.

Se preguntó qué diría Kander cuando le informase.

No. Kander no permitiría que investigasen en ellos.

Hacía varios años ya que Kander había prohibido tocar y hasta mirar los libros de los Antepasados al descubrir con cuánta facilidad aquellos que lo hacían eran capaces de caer en la Locura.

Y estos cartuchos eran como libros, Andis no se engañaba.

¿Por qué los hombres que frecuentemente hojearan libros de los Antepasados acababan volviéndose locos?. Era un misterio y, hasta ahora, Kander no había encontrado la forma de resolverlo.

Él no correría ningún riesgo.

Cerró las vitrinas del armario y observó a Lodren. Aún seguía enviando fotografías y planos de edificios al ordenador.

Se dirigió hacia una de las mesas rodeada de sillas.

Ante cada silla había un cuadrado negro que resaltaba a pesar del polvo que cubría la superficie y un panel con varios botones cuyo uso le pareció bastante evidente. Se sintió cada vez más desasosegado al comprender que estaban en una especie de biblioteca. No era igual a las que hacía años habían sido investigadas en la Tierra pero sí muy parecidas. Al fondo de la habitación, sobre una de las mesas, vio entre la penumbra lo que parecía un libro abierto.

- Bien, - oyó decir a Lodren - Andis, ya hemos acabado.

- Informa.

- Sí, Andis. Hemos encontrado ciento veinticuatro láminas de las que cincuenta y dos son fotografías y dibujos bastante exactos de edificios. El resto de las láminas corresponden a planos detallados de los mismos. Con ayuda del ordenador y de las imágenes que hemos grabado desde que llegamos, hemos reconocido y localizado doce de esos edificios, el resto no los ha podido reconocer, supongo que porque aún no los hemos visto todos o quizás por no haber sido vistos desde la misma perspectiva de las fotos. Conforme recorramos la ciudad nuestras cámaras permitirán que el ordenador localice los edificios restantes. También hay varios planos de la estructura de la estación y de la ciudad. Y hay tres mapas de canalizaciones. Los dos primeros parecen sistemas de distribución de agua y energía a todos los edificios de la ciudad.

- Muéstrame los planos en tu pantalla.

- Sí, Andis. - asintió Lodren dándole unas instrucciones al ordenador.

Andis contempló en la pantalla tres recuadros en cada uno de los cuales podía apreciar un sistema de canalización distinto.

- ¿De donde provienen las líneas?.

- Bueno, de dos edificios situados junto al río del ecuador surgen sendas canalizaciones que llevan agua hacia los polos y desde donde se distribuyen en seis canalizaciones más pequeñas a través de los bosques. Al llegar a la ciudad se distribuyen hacia todos los edificios. De ellos surgen los desagües que llegan hasta una tubería subterránea junto al río de donde van a los mismos edificios de los que salió el agua. Supongo que estos dos últimos son depuradoras de agua que la reciclan antes de volverla a distribuir para su uso en la ciudad.

»Este otro sistema suponemos que es de energía. Procede íntegramente del polo sur de la esfera distribuyéndose también por todos los edificios.

- ¿Y éste?. - preguntó Andis señalando el tercer recuadro.

- Lo ignoro. El ordenador no ha sabido dar ninguna hipótesis, aunque, como ves, consta de múltiples nudos en forma de estrella interconectados entre sí. Por cierto, - añadió sonriendo - ¿sabes cuál es el centro de uno de los más importantes nudos?

- Este edificio.

Lodren lo contempló unos segundos asombrado. Después cerró la boca y fue a preguntar algo, pero Andis habló antes que él.

- ¿Has descubierto algo más?.

- Bueno, de momento hemos enviado toda la información al ordenador, aunque no hemos llegado a analizarla. Ahora tendríamos que revisarla para sacar más conclusiones de los datos que tenemos.

- Bien, Lodren, ya has conseguido la información que necesitabas. Ahora dirígete a la torre sur y prepárate para introducir en los almacenes el material que hemos rescatado de la nave en cuanto Draken lo recupere. El análisis puedes hacerlo por el camino o bien allí, mientras llega la carga.

- Sí, Andis.

A éste le pareció que Lodren se volvía con un gesto de fastidio que no era habitual en él. Siguió a Lodren y sus hombres hasta la puerta y se sintió aliviado al salir al exterior.

Esta maldita estación estaba empezando a cansarle.

Demasiadas cosas en tan poco tiempo era más de lo que Andis se veía capaz de manejar. Necesitaba descansar, dejar de pensar durante un rato. Estaba cometiendo fallos.

No eran fallos graves de momento, pero si no se relajaba y descansaba algún tiempo empezaría a cometer más fallos.

Él no tenía que dirigir a todos los hombres. No era su misión. Sólo tenía que transmitir las instrucciones de Karel y coordinar el trabajo de los distintos equipos. Pero era Karel quien le tenía que dar los objetivos. Desde la muerte de Karel había tenido que tomar unas decisiones para las que no estaba preparado.

Sabía que había cometido errores. Como enviar a Pactor a la torre sur sin tener en cuenta que no podrían encontrar su camino una vez comenzara la tormenta de polvo provocada por el desintegrador molecular de Lodren. Como aterrizar en la torre norte cuando hubiera sido más eficiente hacerlo en la sur. Como haber enviado el material rescatado de la nave en vez de haber transportado con ellos al menos las radios. Ciertamente que la idea había sido de

Draken, pero a él también le pareció buena la idea sin pensar hasta mucho más tarde que, de haberlo hecho de otra forma, ya se habrían podido comunicar con la Tierra.

¿Por qué Kander había querido acelerar las cosas?.

Todo estaba planeado para realizar la misión en cuarenta y ocho horas y nada habría fallado de haberse ceñido al plan, pero Kander tuvo que meterles prisa.

Y ahora ocurría esto.

Una biblioteca.

¡Habían entrado en una biblioteca!.

Se sentía en cierto modo culpable. ¿No había dado Kander hacia años órdenes estrictas de que no debían observar, tocar o manipular ningún libro escrito por los Antepasados?.

¡El no lo sabía!. ¡No sabía que eran libros!.

Intentó tranquilizarse. Habían encontrado una sala con multitud de mesas y un armario con más de mil... ¿libros?.

Sí, eran libros. Y aquel edificio era una biblioteca. Y en algún lugar del edificio habría un centro de control que podría transmitir información a todos los demás edificios de la ciudad. Todos ellos conectados entre sí mediante una red de datos.

Ellos usaban redes en la Tierra, pero solían ser de ondas de radio. No tenían un sistema de canalización y distribución de información entre ordenadores.

Al saber que la estación tenía tres sistemas de distribución lo vio claro.

Agua. Energía. Información.

Y ¿de dónde iba a proceder la información sino de una biblioteca?.

¿Por qué se había inquietado tanto?. Ellos tenían sus propias bibliotecas. Desde sus ordenadores portátiles recababan la información que pudiesen necesitar. Y todos sus libros de ciencias estaban grabados en el gran ordenador central de la ciudadela.

Pero los libros de los Antepasados estaban prohibidos

Recordó las normas de lo que había que hacer en caso de que cualquiera de ellos encontrara libros o una biblioteca en alguna de sus exploraciones a las ciudades de los Antepasados.

Había que clausurar el lugar colocando una señal en la puerta e informar a Kander de inmediato.

No podría avisar a Kander hasta que pudiesen restablecer las comunicaciones con la Tierra, pero sí podría...

- Andis.

Con un sobresalto, Andis miró su consola para saber quien le llamaba. Era Diren. Sorprendido se volvió para verlo salir de la biblioteca. Lo había olvidado por completo.

- Sí, Diren.

- Andis, si no te importa desearía reunirme con mis hombres y continuar la búsqueda de los hombres de Lodren.

Intentó pensar por un momento. ¿Sabría Diren lo que era ese edificio?.

- Diren, cuando te envié a la torre sur para examinar las compuertas te detuviste para examinar este edificio.

- Sí, Andis.

- ¿Por qué?.

- Sabía que faltaba bastante tiempo para que Lodren comenzara la generación de la atmósfera. No teníamos ninguna información acerca de la estación y pensé que podía ser útil explorar algún edificio antes de continuar la marcha.

- Y ¿por qué elegiste este edificio precisamente?.

- Se salía de lo corriente. Todos los edificios junto a los que hemos pasado parecen por fuera distintos entre sí, pero todos siguen más o menos las mismas pautas. Orientados hacia el río, con puertas de imitación a madera, terrazas y jardineras, ventanas amplias. Este edificio contrastaba con el resto. Me dio la impresión de que podía ser un edificio público y los otros serían las viviendas de los Antepasados. Pensé que si necesitamos información acerca de la estación podríamos encontrarla más probablemente en este tipo de edificios que en las viviendas.

Aliviado, Andis recapacitó por unos instantes.

Nadie sabía que esto era una biblioteca, así que no valía la pena mencionarlo. No obstante era posible que hubiera más libros en otras partes de la estación. Si estaban en forma de cartuchos no habría ningún problema, pero si eran libros normales tendrían que localizarlos y guardarlos en algún lugar cerrado hasta que Kander viniera a rescatarlos. ¿Y qué mejor lugar para guardar libros que una biblioteca?.

- Andis, si no te molesta, quisiera decirte algo.

- Dime.

- Hemos localizado bastantes edificios que no parecen viviendas y muchos están representados en las láminas que hemos transmitido al ordenador. Pienso que sería interesante explorarlos cuanto antes. Probablemente encontraremos más información valiosa en ellos y eso nos ayudaría bastante en nuestro trabajo. ¿Me das permiso para comenzar la exploración de esos edificios al mismo tiempo que buscamos rastros de Chaco y Remo?.

Tras unos segundos de vacilación, Andis respondió.

- No. De momento es más urgente encontrarlos y dudo que hayan desconectado el traje y se hayan escondido en ningún edificio. Algo debe haberles pasado pero tienen que estar en algún sitio. En todo caso envía unos hombres a explorar las depuradoras de agua y averiguar si tienen agua almacenada allí que se pueda usar. Aparte de eso recorred toda la esfera buscando en todos los rincones hasta que los encontréis.

- Sí, Andis.

Viéndole alejarse, Andis se preguntó lo que debía hacer con la biblioteca.

No hacía falta divulgar el hecho de que era una biblioteca. Todo lo que tenía que hacer era ocultar el único libro que había visto en un lugar donde no pudiese ser localizado. Y le daría instrucciones a los jefes de equipo para que, si localizaban otros en el futuro, los trasladasen a este edificio. Pero aún no. Según los planes realizados antes del desembarco, la exploración del interior de los edificios no comenzaría hasta dos días más tarde, cuando hubiesen construido las habitaciones de Kander.

Volvió a entrar en la biblioteca y se dirigió hacia la mesa donde reposaba el libro. Una extraña sensación le recorrió la espalda como un escalofrío antes de cogerlo.

En su portada se veía la imagen de la estación espacial en la que se encontraban sobre un firmamento estrellado. Se veía con claridad que no era una fotografía, sino un dibujo sumamente detallado de la estación.

Sospechó que el libro hablaría a quien supiese interpretar sus caracteres acerca de la estación.

"Lástima que no sepamos leer el lenguaje de los Antepasados." pensó.

Se preguntó qué habría en su interior.

¿Iba a abrir el libro?.

No debía abrirlo, desde luego, pero si en él hubiese información acerca de la estación, quizás fuera conveniente examinarlo con más detenimiento para saber...

"No, imposible. Aunque quisiera no podría abrirlo, mucho menos mirar su interior".

Cuando exploraban las ciudades de los Antepasados buscaban planos de construcción de maquinaria para saber cómo funcionaban sus máquinas. Encontraban pocos pero pronto habían aprendido a mirar principalmente en fábricas o almacenes. Los planos no estaban prohibidos, los libros sí.

Nada menos que en la portada estaba la estación orbital en la que se encontraban. ¿Y si en su interior había planos?.

"Los planos no están prohibidos".

Podrían extraer mucha más información si en el interior del libro hubiese planos.

"¿Qué puede haber en un libro que pueda hacernos daño?".

"Los libros están prohibidos."

Cogió el libro con irritación. No sabía por qué Kander había prohibido siquiera mirar los libros de los antepasados, pero él debía cumplir las órdenes. Debía ocultarlo, ¿pero dónde?.

Al salir de la sala observó las puertas que había tras el mostrador del vestíbulo. Rodeándolo se dirigió hacia una de ellas. Ésta se abrió a una habitación en la que había numerosas estanterías con miles de libros.

Eran cartuchos, no había peligro.

Al fondo de la habitación había una mesa y tras ella varios armarios. A mitad de camino, entre dos estanterías, una puerta abierta dejaba ver una escalera que ascendía hacia la planta superior.

Cruzó la habitación e intentó abrir los armarios, encontrándolos cerrados.

Volvió sobre sus pasos y ascendió por las escaleras hacia el segundo piso.

Un silbido involuntario se escapó de entre sus labios.

La habitación en la que se encontraba era gigantesca, ocupaba toda la extensión del edificio.

Y estaba repleta de armarios con puertas de cristal a través de las cuales se veían miles y miles de libros.

No cartuchos, libros.

Caminó sobrecogido por entre las estanterías repletas de libros de los Antepasados sintiendo una extraña sensación.

¡Tenía que salir de allí enseguida!

Sobre un mueble con un cristal en su superficie había colocados varios libros.

Iba a depositar el que llevaba sobre ella cuando vio un rostro.

Desde la cubierta de un libro que reposaba sobre la mesa, un Antepasado le dirigía una mirada sorprendida.

Andis miró a su alrededor intranquilo decidido a dar media vuelta y salir corriendo de aquella sala.

¡Un Antepasado!.

Tenía la piel muy clara, los cabellos negros, y tenía una mirada..., sí, ahora lo veía mejor. Parecía sorprendido, como si la foto se la hubiesen hecho por sorpresa. Sus ojos tenían un color gris claro aunque podría ser un defecto del color de la fotografía o más bien del polvo que satinaba su superficie.

Pasó los dedos sobre su cara dejando un rastro libre del polvo de años pudiendo entonces ver los colores que iluminaban el rostro.

¡Un Antepasado!.

Tendría unos treinta años y una expresión tensa. Parecía incómodo por encontrarse allí, a más de trescientos mil kilómetros de la Tierra y al cabo de más de cuarenta años.

Divertido por la expresión de su rostro, lo empujó para hacer sitio donde dejar el libro que llevaba, y cayó al suelo. Se sintió sobresaltado al oír el violento golpe antes de recordar que, efectivamente, ya había aire en la

estación que transmitiese los sonidos. El libro había quedado abierto sobre el suelo mostrándole dos páginas repletas de los crípticos caracteres de los Antepasados. Después de dejar el libro que llevaba sobre la mesa, se agachó para coger el otro. Al ponerlo también sobre la mesa no pudo evitar que varias hojas pasaran entre sus dedos mostrándole que en todo el libro no había más que páginas y más páginas de indescifrables caracteres.

¿Qué peligro podría haber en ellos?

Tranquilizado en cierto modo, aunque quizás algo decepcionado, fue a volverse para regresar al exterior pero un canto de sirenas le atraía irresistible hacia aquella estación dibujada hacía años por algún misterioso Antepasado en la portada del libro que había subido desde la planta baja.

Pidió al ordenador la localización de todos los hombres de la estación. Draken y Choral seguían esperando la llegada del material que lanzaron desde la nave. Lodren, en la torre sur, hablaba con el ordenador pidiéndole que reorganizara los datos conocidos para asimilar toda la información que habían podido enviarle desde la biblioteca. Excepto siete hombres que le acompañaban y otros ocho que al mando de Pacto exploraban la torre norte, los demás estaban repartidos en toda la esfera buscando rastros de Chaco y Remo.

No había nadie cerca de la biblioteca.

Lentamente, con la sensación de que estaba obrando mal y la convicción...

(y la esperanza)

...de que, por el bien de todos, debía hacerlo, pasó las primeras hojas del libro.

Quedó fascinado por las imágenes que contemplaba. Durante varias páginas sólo encontró dibujos y planos de la misma estación en la que estaban.

Escenas dibujadas con detalle mostraban paisajes del interior de la estación. No eran fotografías así que pensó que debían tratarse de representaciones artísticas acerca de cómo sería la vida en su interior cuando estuviese por fin construida.

En un dibujo, casi un boceto, varios hombres manejaban aparatos de vuelo movidos por pedales que se desplazaban por el aire en la escasa gravedad de la zona cercana a los polos.

¿Podría ser posible?

¿Sería posible construir un aparato que pudiese mantenerse en el aire con la simple fuerza de las piernas y los brazos?. En la Tierra no, desde luego. Pero allí, donde la fuerza de la gravedad dependía de la distancia al eje de rotación, donde bastaba ascender quinientos metros hacia los polos para pesar menos de la mitad que en el ecuador... Sí, quizás sería posible.

Contempló con asombro los aparatos que manejaban los hombres. Unos pedales y un armazón daban el sustento para apoyar la fuerza que se transmitía mediante unas poleas y cuerdas hasta unas alas que se agitarían para, literalmente, remar a través del aire.

Increíble.

De pronto, ante una imagen determinada, se detuvo. Mostraba a varios hombres con extraños trajes conversando entre ellos en una terraza de lo que sin duda era una estación semejante a ésta en la que se encontraban. Pero entre ellos habían ¿¡...niños!?. No, la imagen no era una fotografía sino un dibujo sumamente elaborado. El dibujante no debía ser muy bueno, al fin y al cabo, si cometía estos errores de proporción y perspectiva.

Casi sonrió al imaginar lo absurdo que sería ver hombres y niños de tan corta edad en una misma fotografía. ¡Si hasta parecía que algunos de los hombres hablaban con ellos!. ¡Ridículo!.

Siguió pasando las hojas.

Pudo ver distintas fases de la construcción de la estación, allá en el espacio, con hombres enfundados en incómodos trajes espaciales. Planos de construcción de larguísima plataformas de despegue (¿cañones gravitacionales?, ¿aceleradores magnéticos?) en la superficie de la Luna, desde las que se enviaba el material base de la esfera en una trayectoria casi horizontal, pero tan veloz que escapaba al horizonte gravitatorio para seguir su camino hacia el espacio.

»Ingenioso - pensó - Con una plataforma de despegue horizontal lo suficientemente larga no hacen falta cohetes para lanzar la carga al espacio tal como Lodren decía. Simplemente habría que acelerarla lo suficientemente rápido como para superar la velocidad de escape antes del final de la rampa. El hecho de que el despegue sea horizontal no afectaría apenas al recorrido pues a la velocidad de escape, cuando la trayectoria descendiera cinco metros ya habría superado con creces el horizonte planetario haciendo que el proyectil abandonara la superficie de la Luna.

Por pura curiosidad calculó la longitud que necesitaría tener una rampa para conseguir la velocidad de escape de la Luna a una aceleración de mil Ges. Era de menos de quinientos metros, pero si los Antepasados no dominaban la tecnología gravimétrica no podrían conseguir esas aceleraciones. ¿Qué aceleración se podría conseguir con medios magnéticos?. No lo sabía pero, suponiendo que sólo fuesen cien Ges, la rampa no tendría por qué superar los cinco mil metros de longitud.

Unos gigantescos receptáculos se encargaban de recibir el material a apenas unos kilómetros de distancia de la urdimbre de alambres que formaban la superficie exterior de la esfera. La torre norte fue una de las primeras partes de la estación que se construyeron, aún antes de formar el entramado de vigas que en el futuro sujetarían el material base de la esfera. Al mismo tiempo se construyeron varias miniestaciones, de un tamaño diez veces menor, en el que se plantaron extensas praderas de plantas, arbustos e incluso árboles.

Andis se preguntaba cuánto tiempo tardarían en construir la estación. Si era mucho tiempo, los hombres que trabajasen allí necesitarían un lugar de esparcimiento donde relajarse y disfrutar de la naturaleza, aunque le parecía que para ese objeto hubiera bastado una sola estación de recreo y no las seis que en realidad construyeron.

De todas formas, tras construir estas estaciones de recreo, subieron más trabajadores al espacio y se emprendió la tarea más ardua de cerrar la malla que serviría para soportar el suelo de la esfera. Teniendo en cuenta que, aparentemente, los Antepasados no usaban o no conocían la forma de alterar la curvatura gravitatoria del espacio, las dificultades para la construcción debieron ser fantásticas. La satisfacción al terminar por fin la estructura, gloriosa.

Una vez contruidos los espejos que reflejarían la luz del Sol hacia el interior, los hombres pudieron por fin quitarse los trajes espaciales.

En la siguiente fotografía reconoció a duras penas el paisaje. El interior de la estación era en aquel momento una superficie casi lisa de un marrón claro. No había edificios más que en los polos de la esfera y lo único que podía reconocer era uno de los anillos de los ventanales. Ni siquiera la hierba había sido plantada aún, mucho menos los arbustos y árboles que poblaban actualmente la estación.

Pero el río había sido ya creado. Junto a él se habían construido varios refugios y un grupo de hombres estaba nadando en el río.

No estaban desnudos, vestían apenas unas piezas que les cubrían las caderas. Algunos cubrían también su pecho.

- No es posible.

Se sorprendió al oír su propia voz resonando en el interior de su casco. El ordenador le preguntó si deseaba hablar con alguien y tuvo que contestar negativamente.

Era incapaz de creer lo que acababa de ver.

¡Madres!

No podía imaginar qué estaban haciendo éstas allí. Ellos no planeaban llevar las madres hasta que estuviesen por fin establecidos en la estación, mientras tanto era inútil llevarlas, pero no era eso lo que le había extrañado.

Volvió a acercarse al libro y observó detenidamente la fotografía. Las madres no estaban en un lugar aparte de los hombres, sino que se entremezclaban en medio del agua salpicándose unos a otros y...

¡Y MIRÁNDOSE!

Andis no podía apartar la vista mientras se negaba a aceptar lo que veían sus ojos. No podía creer que los Antepasados llegasen a tal extremo de degeneración que fueran capaces de estar en presencia de las madres y tan cerca que casi podrían...

Agitando la cabeza con incredulidad consiguió apartarse del libro.

"Kander, ¿qué estoy haciendo?. ¡Estoy mirando un libro!

Miró a su alrededor como si temiera que alguien pudiera sorprenderle.

¿Podía ser verdad?. ¿O tal vez se había vuelto loco?. Mucha gente se volvía loca, y no solían presentar síntomas hasta que una noche, simplemente, desaparecían. Kander no tenía más remedio que encerrarlos por su propia seguridad mientras intentaba curarlos.

¿Acaso Andis también se había vuelto loco?.

Cerró el libro con fuerza mirando sin ver la portada.

Iba a salir de allí. Iba a dar media vuelta, bajar la escalera y marcar la habitación para que todos supieran que allí había libros y a nadie se le ocurriese entrar. Iba a abandonar la biblioteca y no volvería nunca más a ella.

Acercó otro libro hacia sí y comenzó a pasar las hojas.

En éste no encontró más que los crípticos caracteres de los Antepasados sin dibujos ni fotografías que le permitiesen conocer el tema del que trataban.

Volvió a mirar el libro que había dejado a un lado.

¡Era esta estación!

En él se describía en dibujos detallados y en multitud de fotografías cómo había sido construida la gigantesca estructura en la que estaban sus hombres.

Por su propia seguridad DEBÍA aprender todo lo posible acerca de la estación. Quizás algo que descubriese en alguna de las fotografías podría darle claves sobre cómo sobrevivir el mayor tiempo posible.

"El agua. No tenemos agua para sobrevivir más que uno o dos meses. Por mucho que la reciclemos se perderá demasiada por evaporación. Quizás existan depósitos de agua en algún lugar de la estación. Debo averiguarlo."

Lenta, temerosamente, volvió a coger el libro que había apartado de sí como una serpiente venenosa. Con cierta dificultad, debida a los gruesos guantes que llevaba, consiguió encontrar la página ante la que se había escandalizado y reanudó la tarea de ir pasando las hojas una a una.

Observó escenas en las que se plantaban pequeños arbustos en la superficie de la esfera, se construían edificios y viviendas de los que en ocasiones encontró los planos, se trabajaba a la luz del sol bajo la cúpula siempre presente de la esfera y se descansaba bajo la suave penumbra de la noche.

Se sentía intranquilo pues creía ver madres por todos lados, trabajando junto a los hombres, hablando con ellos...

Los trajes que llevaban le impedían estar seguro y al ver parejas de personas evidentemente enamoradas paseando por un parque a medio plantar tenía que obligarse a pensar que eran dos hombres, ¡dos hombres!

Se detuvo horrorizado. En una fotografía, ¡una fotografía!, se veía a un hombre y una madre apenas vestidos con los trozos de tela que usaban para bañarse. No había ninguna duda, ¡era una madre!. Estaban en un parque y había gente alrededor, hombres y madres por igual. ¡Y se estaban tocando!. Se cogían la mano ante la vista de todos los presentes. Más al fondo se veía otra pareja, tumbados sobre la hierba y... ¡abrazados!.

Andis se apoyó en una mesa cercana dejando el libro sobre ella.

No podía ser.

¿Sería posible que los Antepasados se mezclasen en la calle con madres?. ¿En público?. ¿Y hablasen con ellas?.

Sintió el rubor subir a sus mejillas y pensó cuándo había sido la última vez que él habló con una madre. Había sido a los siete años, poco antes de salir de la guardería. Y desde luego, aunque aún era técnicamente un niño, le había hablado como se debe hablar a una madre. Después las había vuelto a ver, cuando Kander estimó que había llegado su tiempo de aparearse, pero lo aceptó como un deber. Se apareó con varias madres en el transcurso de tres o cuatro semanas y nunca más había vuelto a verlas. Y desde luego, ni siquiera les habló. ¿De qué se podía hablar con una madre, si no entendían más que de la crianza de los niños?. No se podía hablar con ellas de ciencia, ni de mecánica, ni de astronomía. Recordó particularmente a una de ellas. La muy estúpida estaba llorando mientras él simplemente cumplía su obligación de reproducirse. ¿Acaso tenían sentimientos?. Avergonzado de sí mismo, recordó que la había acariciado el cabello.

"¡No!. ¡Lo hice para que se calmara!. Para que se sintiera lo suficientemente tranquila como para poder penetrarla. ¡No sentí nada!."

Y los Antepasados... ¿vivían con ellas?. ¿Se tocaban en público?. ¿Hablaban con ellas?. ¿En público?. ¿Se aparearían... en público?.

Imposible.

Kander siempre les había dicho que les habían intentado dar la misma educación que recibían los Antepasados antes de su destrucción.

Y Kander no les mentiría, ¿verdad?.

Estos libros debían estar aparte de los otros precisamente porque contenían mentiras, aberraciones de mentes enfermas que los Antepasados juzgaron conveniente apartar de la vista de los demás hombres.

El porqué no habían optado por destruirlos era algo que ignoraba, pero desde luego él no iba a permitir que nadie más pudiese ver aquellas escandalosas imágenes.

Bajando por las escaleras, cerró la puerta y tomando la linterna cerró el foco para conseguir un rayo de apenas un milímetro de grosor. Aumentando la potencia escribió en la puerta con grandes letras de fuego:

**PROHIBIDO EL PASO
POR ORDEN DE
ANDIS BOIDABEKO**

Salió al vestíbulo cerrando también la puerta que daba a él y dudando si poner aquí también un cartel semejante, pero decidió que aquél sería suficiente.

Abandonando el edificio, un pensamiento fugaz le turbó.

"No nos mentiría, ¿verdad?".

CAPITULO VI

- ¿Has tenido ya tiempo de examinar los datos que enviamos al ordenador?.

- Sí, - contestó Lodren - y la verdad es que ahora tenemos una idea mucho más completa de cómo era la estación cuando estaba en funcionamiento. Pienso que podemos utilizar varias ideas de los Antepasados e incluso mejorar otras para conseguir que podamos sobrevivir durante varios meses, al menos hasta que Kander pueda venir a rescatarnos. Según las maquetas y los planos encontrados hemos determinado que esta estación estaba habitada por unos quince mil hombres. Había varias estaciones más aunque ignoramos dónde puedan estar. De hecho había una estación mucho más grande que ésta, quizás con capacidad para, no sé, más de trescientas mil personas. También había planos de estaciones más pequeñas cuyo objetivo ignoramos. Parece como si dedicasen toda su superficie a cultivar campos, pero no hemos encontrado constancia de que sirviesen de recreo, de hecho la gente no los visitaba casi nunca, así que no entiendo...

- Lodren, - interrumpió Andis - céntrate en esta estación. ¿Qué has averiguado sobre ella?.

- Bueno, aquí debían vivir unas quince mil personas que eran en su mayoría trabajadores de las fábricas de la torre norte y constructores de estaciones orbitales. Lo cual me plantea una incógnita ya que la capacidad de las fábricas, según lo averiguado por Pactor, apenas permitiría trabajar a más de mil personas a la vez. Suponiendo...

- ¡Lodren!.

- ¡Ah, sí, perdona!. En la torre sur se encuentra el acceso de las lanzaderas que enviaban los Antepasados. Por lo visto las lanzaderas podían acoplarse por unas compuertas del techo y trasladar la carga al interior de la torre y, mediante el uso de unos pintorescos ascensores trasladarlos hasta el edificio de la base que es una especie de gran almacén. Hay varias partes claramente diferenciadas dentro del edificio. Está el almacén de carga...

- ¿Podremos introducir en los almacenes el tanque de combustible y el resto de la carga?.

- Sí, desde luego. Aunque será bastante difícil meterlo en el interior de la torre, una vez dentro será fácil trasladarla al almacén. El resto de la carga será más fácil aún.

- ¿Cuántos hombres y tiempo necesitarás?.

- Al menos dieciséis hombres y dos horas.

- ¿¡Dieciséis...!?

- Andis, tenemos que colocar el tanque en posición paralela a la torre, enfrente de la puerta de carga. Después tenemos que calcular el empuje necesario para meter el depósito por una puerta que se está moviendo y asegurarnos de que no golpee en ningún lado ni en el interior ni en el exterior de la torre. Algunos hombres deberán estar en el tanque con repulsores y arpones magnéticos, mientras otros estarán dentro para detener el tanque una vez haya entrado. Imposible hacerlo con menos hombres. Y ni siquiera estoy convencido de que podamos lograrlo con los pocos tractores de los que disponemos.

- Y ¿por qué no dejas el tanque en el exterior de la nave?.

- Es combustible químico, con gran cantidad de hidrógeno. Reservaremos una parte para el uso de la lanzadera, pero el resto no nos hará falta, así que he pensado que lo podemos usar para fabricar el agua que podamos necesitar durante varios meses. No creo que sirva de nada pero en cuanto pueda pienso mandar a un par de hombres a las depuradoras para ver si allí hay depósitos de agua.

- No hará falta. Diren ya ha ido a examinarlas. Bien. Lodren, te dejo al cargo de introducir el material de la nave en la estación. Que tus hombres abandonen la búsqueda de Remo. Te enviaré a más hombres cuando la carga llegue al alcance de la lanzadera. Avísame en cuanto hayas podido meterla en los almacenes y la lanzadera esté estacionada de algún modo en la torre sur.

- Sí, Andis. - asintió Lodren antes de añadir - Ahora serás Karel, ¿no?.

Una punzada de dolor le atravesó el pecho de repente.

Karel.

Había sido su primer tutor cuando salió de la guardería. Aunque a veces había sido severo con él, durante los dos años en que fue su pupilo le había enseñado todo lo que su joven mente era capaz de asimilar. Se alegró cuando le cambiaron de tutor, nunca había llegado a comprender por qué le trataba como lo hacía algunas veces y sin embargo le había dolido su muerte mucho más de lo que esperaba. Quizás había llegado a quererle.

¿Cómo podría ocupar su puesto?.

No quería hacerlo, pero siendo el segundo al mando en toda la expedición comprendió que Kander le daría el puesto de Karel en cuanto pudieran comunicarse con Él.

- No, mientras no reciba confirmación de Kander.

Andis cortó la comunicación con Lodren.

Estaba a punto de llamar a Torio para preguntarle cómo iba la búsqueda cuando el ordenador le avisó que Diren le llamaba.

- Diren, ¿qué ocurre?. - preguntó irritado.

- Andis, hemos encontrado a uno de los hombres desaparecidos. Está muerto.
Una oleada de furia le invadió al oír las palabras de Diren.
"Le odio." pensó "¡Kander, cómo le odio!".

* * * * *

- ¿Quién es?

- No lo sabemos. El traje está destrozado, casi como si lo hubiesen aplastado, y completamente cubierto de polvo. No hemos querido tocarlo hasta que tú lo vieras.

Andis miró a su alrededor sin poder creerlo. Estaban en el hemisferio sur de la estación, a unos doscientos metros del río. Varios hombres contemplaban horrorizados la imagen de un cuerpo aplastado e irreconocible en el interior de un traje deformado por una fuerza inimaginable.

Un traje capaz de resistir la presión negativa del vacío espacial y que había sido probado a presiones superiores a los ochocientos metros de profundidad bajo el nivel del mar. Un traje cuyo casco se había deformado aplastando la cabeza que había en su interior, cuyas articulaciones habían sido torcidas en ángulos imposibles partiendo brazos y piernas en un cataclismo de proporciones titánicas.

"Al menos no ha sufrido, sea quien sea".

Observó a los hombres que le rodeaban, incapaz de fijar la vista en aquello que una vez había sido un hombre.

"Poster." pensó. "Poster está llorando. No está seguro pero sabe que podría ser Remo.

"Pero ¿qué le ha pasado?".

Contempló el edificio junto al que se encontraba el cuerpo sin vida. Era uno de los edificios cuyas fotos y planos habían encontrado en la biblioteca. Al contrario de aquella, éste era un edificio sólido de hormigón y acero y tenía más altura que la mayoría de los edificios que lo rodeaban, unos ocho metros. La pared estaba cubierta del polvo que se había escapado al generar la atmósfera de la estación.

¿Qué era lo que le molestaba?

Todos los edificios se habían ensuciado de la misma forma que éste. ¿Por qué?

Se dio la vuelta para contemplar los edificios a su espalda. Limpios. Apenas una leve pátina de polvo empalidecía ligeramente las paredes.

Si miraba en la dirección contraria, en cambio, encontraba todos los edificios ennegrecidos.

"¿Por qué una sola pared?. ¿Por qué siempre la misma pared?".

- Pactor. Dad la vuelta al cuerpo.

Poster fue el primero en precipitarse hacia el cadáver. Andis pensó en detenerle, no le gustaba la idea de que viera el cuerpo de Remo en esas condiciones. Aunque no hubiese sufrido más que un instante, su rostro debía estar completamente desfigurado.

Pidió al ordenador que le abriese el canal de Poster y pudo oír sus gemidos desesperados mientras daba la vuelta al cuerpo.

Unos signos en la parte del casco que había permanecido oculta reveló que el traje correspondía a Chaco.

Un gemido, no supo si de alivio o desesperación, surgió de los labios de Poster, quien se apartó vacilante apoyándose en la pared mientras Pactor y otros dos hombres daban la vuelta al cadáver e intentaban colocar sus brazos y piernas en una postura lógica, ya que no natural.

"Kander, ayúdame. No sé qué puedo hacer, nunca imaginé que pudiera pasar algo así. No soy Karel. Por favor, Kander, ayúdame."

Nadie respondió a su súplica. Estaba Solo.

- Llévalo junto al río.

Había visto tantas muertes en tan poco tiempo que se preguntó si podría llegar un momento en que se acostumbrase.

Resistiendo el impulso de dar la espalda al fúnebre cortejo se obligó a seguir a los hombres que, levantando el cuerpo entre varios, lo llevaron en silencio hacia la orilla del río.

Nunca había visto morir a nadie, eran todos demasiado jóvenes. El más viejo de los Mayores tenía cuarenta y ocho años, no más. Sólo una vez, hacía dos años había muerto...

Tanis.

Tanis había muerto en una exploración a las ruinas de los Antepasados.

¡Y él ni siquiera vio su cuerpo!.

Intentó olvidar a Tanis, había cosas más urgentes que resolver.

- Lodren.

- Sí, Andis. - respondió éste por radio.

- ¿Te has enterado?.

- Sí.

- ¿Qué ha pasado?. ¿Por qué han desaparecido Remo y Chaco de tu lado?. ¿Cómo ha aparecido Chaco de repente al otro extremo de la estación como si le hubieran triturado?.

- No lo sé. Tiene que haber sido el Enemigo, pero que me maten si entiendo por qué el Enemigo haría una cosa así.

Andis no lo creía. No era sólo por la conversación mantenida con Pactor, estaba convencido de que debía haber una explicación lógica para todo lo que había ocurrido pero no era capaz de adivinarla.

- ¿Tiene algo que ver con el polvo?.

- ¿Qué?.

Andis titubeó unos segundos. Había varias cosas que le preocupaban, algunas no parecían tener tanta importancia como otras y, desde luego, la forma en que el polvo había cubierto los edificios no tenía apenas importancia, pero no podía evitar pensar que había una relación entre ello y la desaparición de los hombres.

- ¿Te has fijado en que el polvo que escapó del desintegrador cuando generaste la atmósfera ha caído casi todo en una cara de los edificios de la ciudad mientras las otras tres caras han quedado casi limpias?.

- Sí, claro, pero eso es debido a que... ¡Kander!.

- ¿Lodren?. ¿Ocurre algo?.

- Andis, maldita sea, no entiendo cómo no se me ha ocurrido antes. ¿Chaco estaba al lado de un edificio? ¿A qué lado?.

- Estaba al pie de un edificio, como a un metro de distancia de la pared que estaba más sucia de polvo.

- ¡Kander!, ¡Kander!. Ahora lo entiendo. ¡Pues claro!.

- Lodren, explícate.

- Perdona, Andis. Cuando vi que el polvo había cubierto el mismo lado en todos los edificios me pregunté porqué había ocurrido. Tú mismo me diste la solución.

- ¿Yo?. - preguntó Andis desconcertado.

- Pues claro. Recuerda que me dijiste cómo debía desplazar el desintegrador en la escasa pero incómoda pseudogravedad de la zona cercana a los polos. Simplemente alejándolo de las paredes se podían eliminar los efectos de la fuerza centrífuga haciendo que permaneciera estático en el espacio, aunque al girar la estación a su alrededor parecería que está trazando círculos en el cielo.

- Lodren, no te entiendo. Yo no te expliqué nada de eso, sólo comenté que con unas poleas desde el extremo opuesto del eje de rotación podrías...

- ¡Pero si es lo mismo!, ¿no te das cuenta?. Imagina un cuerpo detenido en el espacio. Ahora imagina que a su alrededor aparece esta estación, también detenida pero girando sobre su eje. Imagina de nuevo que el objeto no está en el centro de la estación sino a cien metros de distancia del ecuador, a mil setecientos metros de la parte opuesta del mismo. La masa de la esfera es muy débil y apenas atraerá al objeto. No sólo eso, la masa más cercana de la esfera lo atraerá con una fuerza escasa pero apreciable, pero sobre él existe una masa más lejana pero mucho mayor. Las dos fuerzas tendrán la misma intensidad pero signo contrario, por lo que ese objeto nunca se desplazaría con respecto a la esfera. Y a pesar de todo, por el hecho de que la esfera está girando, nosotros veríamos al objeto dando vueltas por el interior de la misma a pesar de que, en realidad, está inmóvil con respecto al Universo.

Andis pensó un momento. Entendía el razonamiento, era algo parecido lo que había ocurrido con la bengala que lanzaron en su primera exploración. Pero seguía sin ver la relación con la muerte de Chaco.

- No entiendo...

- ¿Comprendes que en el interior de la esfera no hay gravedad?.

- Por supuesto. Lo que experimentamos es el efecto de la fuerza centrífuga provocada por el giro de la estación.

- Y ¿te das cuenta de a qué velocidad te estás desplazando?. En este momento, tanto tú como yo, dentro de la estación estamos girando a razón de una vuelta por minuto. Yo estoy en la superficie interior de la torre sur, a unos quince metros del eje de rotación, eso significa que recorro unos noventa y cuatro metros por minuto, osea cinco kilómetros y medio por hora, más o menos la misma velocidad a la que vamos durante un tranquilo paseo. Pero tú estás prácticamente en el ecuador de la esfera. Recorres unos cinco mil seiscientos metros cada minuto. ¡Agárrate!, en este momento estás viajando a más de trescientos treinta kilómetros por hora.

Andis conocía todos estos datos desde antes de que llegaran a la estación. Habían sido calculados con exhaustividad por el ordenador, pero en realidad no se había parado a pensar en ello. Ahora en cambio empezaba a sospechar...

- Si yo pego un simple salto - continuó Lodren - podría atravesar la torre y llegar a la pared opuesta. Tú no puedes hacerlo porque tendrías que contrarrestar una fuerza centrífuga enorme. Si yo saliese del almacén por la ventana panorámica que hay justo en el eje, podría saltar en dirección al extremo opuesto y llegar a los edificios del polo norte sin sufrir ningún percance. Pero si saltase en dirección al ecuador, como no hay ninguna gravedad que me desvíe seguiré una trayectoria rectilínea. Puedo saltar muy despacio, a un kilómetro por hora, pero los edificios del ecuador están viajando a trescientos treinta kilómetros por hora. No sería yo el que chocase con la superficie interna de la esfera sino que algún edificio que pasara ante mí me arrollaría a una velocidad tal que...

- Entiendo. - interrumpió Andis - ¿Fue eso lo que les pasó a Chaco y Remo?.

- ¡Seguro que sí!. Yo estaba sujeto al desintegrador y esta era una masa excesiva para desplazarse a pesar de mis convulsiones. Pero ellos estaban simplemente agarrados a cuerdas. No se habían atado porque en tan escasa pseudogravedad no parecía necesario, pero las convulsiones provocadas por el Terror de Kander debió hacerles soltar las cuerdas y lanzarlos en cualquier dirección al azar dentro de la esfera. Chaco ha caído en la ciudad que es donde la velocidad lineal es mayor. Mientras más cerca del eje haya caído Remo menos daños habrá sufrido. Pero...

no. Su radio dejó de funcionar, eso significa que ha tenido que sufrir un golpe lo suficientemente fuerte como para destrozarse el traje. Sin duda está también muerto.

- ¿Y el polvo?

- El polvo se ha distribuido por igual en todas direcciones pero los edificios lo han recogido en mayor cantidad por la parte que da a su dirección de giro. Es como los deslizadores aeromagnéticos. Después de un viaje siempre tienes que limpiar los mosquitos de la parte delantera, pero nunca por la parte de atrás del vehículo.

Andis se estremeció. Nunca se había preocupado por los insectos que atropellaba en sus desplazamientos a los hangares cuando estaban construyendo la nave que los trajo hasta aquí. Pero al imaginar a Chaco, flotando ingrávido en el vacío y viendo cómo aquella mole se dirigía hacia él...

No. Aunque hubiese estado consciente tampoco habría visto nada pues en ese momento toda la estación estaba cubierta por la espesa nube de polvo generada por los desintegradores.

- Dime, Lodren ¿qué haremos con el cadáver?

- No lo sé. Supongo que deberíamos preguntarle a Kander.

- No podremos preguntarle hasta que puedas meter el material de la nave en el interior de la estación. Pienso que tenemos que resolverlo ahora. ¿No recuerdas ningún detalle de lo que hacían los Antepasados con los muertos?

- No, Andis, sólo tenía cinco años. Cuando... Cuando has dicho que lo llevaran junto al río yo... he tenido la sensación de que era lo correcto pero no consigo recordar lo que hay que hacer después. Tal vez Kestar o Diren lo recuerden. Yo no.

Andis no quería preguntar a Kestar. Desde que Kander había muerto estaba en un estado casi de terror permanente. Lodren no le había dicho nada a Andis, no había hecho falta. Era misión suya supervisar a los jefes de equipo y se había dado cuenta de que Lodren evitaba en lo posible alejarse demasiado de Kestar.

En cuanto a Diren... No. No pensaba preguntarle a él.

Observó a los hombres que rodeaban el cadáver de Chaco. Avisados por radio, seguían llegando de todas las direcciones de la esfera y se disponían en círculo a su alrededor.

No tenía la menor idea de lo que podrían hacer con él. Con Karel y los demás muertos en el accidente no habían tenido ningún problema, sencillamente quedaron en el espacio donde permanecerían para siempre o hasta que la nave que los transportaba cayera como un meteorito sobre la Tierra o la Luna. Pero ¿qué hacer con el cuerpo sin vida de uno de sus compañeros?

No le parecía apropiado abandonarlo allí, junto a la orilla del río, donde lo verían todos los hombres que pasaran cerca.

Tal vez en los libros de los Antepasados pudiera averiguar lo que hacían ellos con los muertos. ¿Por qué Kander nunca les había explicado lo que debían hacer en esas circunstancias?. Sintió un nudo en la garganta cuando por fin se decidió.

- Pactor, Diren y Torio, - dijo con voz entrecortada - enviad cada uno tres de vuestros hombres a la torre sur para apoyar al equipo de Lodren. Que... que se lleven el cuerpo de Chaco y lo arrojen al espacio.

Estos asintieron y se dirigieron por radio a sus respectivos equipos mientras Poster miraba a Andis con expresión horrorizada.

- ¡No puedes hacer eso!. - exclamó.

Andis tenía ganas de irse, de abandonarlo todo y dejar que cada uno hiciera lo que quisiera. No tenía que ser él quien diera órdenes a nadie ni el que tomara las decisiones. No podía ser Karel, ahora lo veía claro. Pactor estaba mucho más capacitado que él para el mando, siempre lo había sabido y por eso se extrañó cuando recibió el ascenso antes que aquél.

- Es lo único que podemos hacer. - dijo con resignación.

- ¿Y vas a arrojar a Chaco al espacio como quien tira la basura?. ¿Qué vas a hacer con Remo cuando lo encontremos?. ¿Lo mismo?. ¡No, no puedes hacerlo!. ¡No lo consentiré!.

Andis miró a Poster con asombro. Comprendía que éste debía estar dolido pero no podía creer que estuviera discutiendo sus órdenes.

- Poster, no podemos hacer otra cosa. Chaco está muerto. Nunca nos hemos encontrado en una situación así y no sabemos lo que ordenaría Kander. No podremos hablar con él hasta dentro de varias horas y no me parece apropiado dejarlo donde está. Lo mejor que podemos hacer es, simplemente, tirarlo al espacio.

- ¡Pero no así!, por Kander, no así.

Los demás hombres no estaban oyendo la conversación aunque veían la expresión del rostro de Poster y comprendían que estaba más dolido por Remo que por Chaco. Era evidente para todos que Remo habría tenido un destino similar.

Andis quería consolarlo, pero no sabía cómo. Sin quererlo se sintió trasladado dos años atrás, cuando supo de la muerte de Tanis.

"Esta es la oportunidad que nunca tuve. ¿Por qué no hago lo que siempre quise hacer?."

- Pactor. Llama a todos tus hombres de la torre norte. Que vengan aquí de inmediato.

- Sí, Andis.

- Lodren, que todos tus hombres dejen de trabajar. Draken, ¿falta mucho para que llegue la carga?.

- Algo más de una hora, Andis.

- Está bien, mantente a la espera.

No sabía si lo entenderían, ni siquiera él estaba seguro de entenderlo pero sabía que era lo único que podían hacer.

- Poster. Poster, escúchame. Me gustaría poder cambiar las cosas, pero no puedo. Remo ha muerto pero aún no hemos encontrado su cadáver. Todos estamos agotados y necesitamos descansar. Tenemos que suspender la búsqueda.

- ¡No!. Andis, por favor, tenemos que encontrar a Remo. Tú no entiendes...

- ¡Sí lo entiendo, maldita sea!. Yo he pasado por lo mismo que tú, ¿no te acuerdas?. Hace dos años yo también perdí a Tanis y me costó mucho superarlo, pero con la ayuda de Kander lo hice. Tú también lo superarás.

- ¡Con la ayuda de Kander!. Ya no tenemos a Kander. Estamos Solos.

- ¡Entonces tendrás que ser más fuerte!.

Ante la imposibilidad de enjuagarse las lágrimas del rostro, Poster permanecía cabizbajo sin levantar la vista del cuerpo de Chaco. Quería encontrar a Remo pero comprendía que Andis tenía razón, no podían dejar allí el cadáver y los hombres necesitaban descansar.

Andis habló con voz tan suave que Poster tuvo que dejar de sollozar para entender sus palabras.

- Cuando Tanis murió quise buscar su cuerpo. No sabía realmente para qué pero desde entonces me he preguntado muchas veces lo que él hubiera querido que hiciéramos. No lo sé, pero si yo muriera me gustaría que los que me quisieron me hicieran compañía durante algún tiempo. Que piensen en los buenos momentos compartidos. Y después que cada uno siga su vida sin mí. Que me recuerden, sí, pero que sigan viviendo. Es lo único que podemos hacer por Chaco. Es lo único que podremos hacer por Remo.

* * * * *

El cortejo fúnebre atravesó la ciudad lentamente. Ningún murmullo se oía por la radio mientras todos los hombres, en silencio, avanzaban hacia la torre sur.

El cuerpo de Chaco era sostenido, dentro de su traje, por varios hombres que se iban turnando para trasladarlo sobre sus hombros. Los demás cerraban el camino.

Se habían dirigido en línea recta hacia la orilla del bosque pero antes de llegar a él encontraron un camino que ascendía oblicuamente por la ladera. Aunque la pendiente de la esfera era cada vez más pronunciada, la oblicuidad del camino hacía que apenas costara trabajo recorrerlo. El bosque a su alrededor agitaba las ramas bajo una leve brisa y de vez en cuando se oía el entrecocar de unas ramas con otras. A Andis le parecía el tétrico sonido de huesos al romperse. Una inesperada lluvia de hojas había alfombrado el camino por el que estaban ascendiendo y su paso era acompañado por el siniestro crujir de las hojas aplastadas por sus pies. Aún amortiguado por los cascos, el sonido les llegó a todos con ecos extraños, sumiéndoles en una profunda tristeza.

A unos cincuenta metros sobre ellos tenían los ventanales cuando llegaron al apeadero de la torre sur. Resultaba incómodo trepar por la escala con el cadáver de Chaco sujeto entre ellos, pero el peso cada vez menor facilitó su tarea hasta el punto de que en apenas quince minutos llegaron al vestíbulo de la torre sur.

Al contrario que en el extremo opuesto, el vestíbulo no se encontraba directamente bajo la torre, por lo que tuvieron que recorrer varios pasillos hasta llegar a un gigantesco almacén cilíndrico que se comunicaba con ella.

Avanzaron trepando por los cables de subida y bajada que en esta torre no estaban en el centro, sino casi pegados a la pared de la torre.

Al llegar junto a las compuertas donde los hombres de Lodren se preparaban para recibir el cargamento rescatado de la nave, se detuvieron en silencio. Durante unos minutos fueron pasando todos junto al cuerpo de Chaco, incapaces de hablar, con fuerzas sólo para tocar levemente su destrozado traje en un mudo pero sentido último adiós.

Al pasar a su lado, Diren se detuvo unos segundos. Se sentía culpable sin saber por qué. Estaba a punto de apartarse para dejar sitio al siguiente cuando recordó una frase que se decía cuando...

- Y si muero antes de despertar... - ¿Cómo era?.

No supo porqué lo había dicho. Simplemente le pareció correcto decirlo aunque no conseguía recordar el resto de la frase.

Frustrado, se volvió para dejar sitio a otros y se encontró con la mirada llena de odio de Andis. Con un estremecimiento pasó a su lado para situarse junto a la abierta compuerta.

Cuando todos pasaron por su lado, Torio desenrolló la cuerda del cinturón de Chaco y la usó para atar los brazos a sus costados.

Draken lanzó un arpón magnético que penetró por la compuerta y fue adherido con rapidez al cuerpo de Chaco. Mantuvo la lanzadera en movimiento siempre delante de la compuerta hasta que los hombres que había en la torre arrojaron el cuerpo al vacío.

Draken hizo retroceder la lanzadera con lentitud. La hizo girar sobre sí misma manteniendo el cuerpo de Chaco como una piedra en el extremo de la honda. Tal como hizo horas antes con la carga que rescataron de la nave, Draken arrojó el cuerpo de Chaco al infinito. Aunque aparentemente su trayectoria se dirigía a la Luna, lo que había hecho era quitarle parte de la velocidad con la que ellos estaban dando vueltas en torno a la Tierra. A Draken le hubiera gustado que el cuerpo cayese a la Tierra, así lo había pedido Andis, pero hubiera tenido que lanzar el cuerpo a casi tres mil kilómetros por hora para que así fuese. Se conformó con darle una velocidad tal que su período orbital fuese exactamente de dos tercios del período orbital de la Luna. Era una órbita inestable. Cada dos

órbitas lunares, el afelio de la órbita de Chaco coincidiría con la mínima distancia a la Luna. Atraído por la masa lunar, su órbita se alargaría un poco cada vez, haciéndose más estrecha en las cercanías de la Tierra y más cercana cada vez a la Luna. Nunca llegaría a chocar con ella pues, mucho antes, el perihelio de su órbita rozaría las capas altas de la atmósfera de la Tierra y el cuerpo de Chaco sería frenado un poco en cada revolución durante quizás varios millares de órbitas. Y algún día, dentro de varios siglos, un hombre alzaría la vista en medio de la noche para ver cruzar el cielo una estrella fugaz.

Chaco habría vuelto, por fin, a la Tierra.

* * * * *

El río, de aguas cristalinas, trazaba una curva a trescientos metros bajo él alzándose por los lados para abrazarse estrechamente sobre su cabeza, mil setecientos metros más arriba. En sus orillas, la ciudad se extendía por toda la superficie de la esfera cercana al ecuador formando un anillo de relampagueantes joyas de diversos colores que adornaban una hermosa diadema verde esmeralda. Los árboles sobre él susurraban entre sí bajo la eterna brisa sirviendo de fondo al trino de los pájaros y el arrullo de las palomas. Allá en el cielo se veían pasar extrañas bicicletas con alas, tripuladas por una persona, que parecían remar más que volar a través del aire fresco de la mañana. Sintiendo la hierba húmeda en su espalda tuvo deseos de bañarse en el río. Se levantó y corrió alegremente rodeado de otros hombres que, como él iban a bañarse. Entre risas y bromas echaron una carrera hasta la orilla del río y comenzaron a quitarse los trajes. Desnudo por fin, miró a su alrededor. Los demás también se habían desnudado y le contemplaban con una mirada extraña, ciega, sin verle. Bajó la vista. Todos los que le rodeaban eran madres. Sus pechos se agitaban al aire mientras, entre sus piernas, un abismo aterrador atraía irresistiblemente su mirada. Quiso gritar, darse la vuelta, huir... No podía moverse, ni alzar la vista siquiera mientras todas las madres se volvían, una tras otra hacia él. Lentamente comenzaron a rodearle. De nuevo intentó huir pero no podía apartar la vista de aquellos cuerpos desnudos que se acercaban a él y que sabía, lo sabía con cada fibra de su ser, que eran repugnantes, ¡tenían que ser repugnantes!. Una a una comenzaron a tocarle, sintió sus cálidas manos recorrer su cuerpo, acariciarle los brazos, la espalda, el pecho... Las caricias fueron cada vez más íntimas y no dejaron ningún punto de su cuerpo sin recorrer con manos, labios y piel, hasta llegar al centro del placer mismo donde sintió... sintió... SINTIÓ...

* * * * *

Despertó con un sobresalto antes de darse cuenta de haberse dormido. Sus gritos alertaron al ordenador que, al no reconocer ninguna orden ni detectar motivos de alarma en el estado general de Andis, suministró un leve sedante en el aire para reducir sus pulsaciones a un nivel más normal.

Lentamente cobró conciencia de lo que le rodeaba.

"¡No puedo haber soñado esto!"

"¡Kander, no puedo haber soñado esto!"

Estaba en medio del bosque sur de la esfera, donde se había echado a dormir junto con un grupo de hombres que se turnarían a partir de entonces para descansar. Era incómodo dormir dentro del traje, por eso habían elegido un sitio bastante adentrado en el bosque para estar sometidos a una gravedad menor que la existente en el ecuador de la esfera.

"Pseudogravedad" habría dicho Lodren.

(¿qué había dicho Lodren?)

Había algo que se le escapaba, un recuerdo sutil que intentaba aflorar a través de las brumas del despertar.

No conseguía localizarlo.

Contempló el paisaje a su alrededor. Desde donde estaba, aproximadamente a mitad de camino entre los edificios de la torre sur y el río, tenía una panorámica casi total de la esfera.

No le gustó lo que vio. Los árboles que le rodeaban carecían de hojas y estaban cubiertos de polvo. La cuenca seca del río parecía un foso capaz de atemorizar a cualquiera que cruzase por alguno de sus seis puentes, aunque sabía que en la parte más profunda no tendría más de tres metros de hondo. Los edificios eran lo más extraño de todo, de muy diversos colores y materiales por un lado, recubiertos de una capa gris azulada, casi cenicienta, por el otro. Y los ventanales, anillos más negros que la más negra oscuridad del espacio.

Sorprendido, se dio cuenta de que apenas había dormido más de media hora a pesar del sedante que pidió al ordenador de su traje para conciliar el sueño.

Sintiendo que volvía a relajarse como efecto de la nueva dosis que se le había suministrado, pidió informes al ordenador acerca de la posición de sus hombres.

Parte del equipo de Pactor estaba en el polo norte vaciando la bolsa de desechos. Tenían que hacerlo con cuidado para evitar que, en la escasa gravedad de los ejes, el polvo volviera a dispersarse sobre la ciudad.

El equipo de Lodren, reforzado con varios hombres de otros equipos, estaba soldando unos ¿cebos?, no, anclajes, en la cara interior de la torre sur, justo enfrente de la gran compuerta que habían abierto y por las que apenas un par de horas antes habían despedido a Chaco.

Pensó preguntar a Lodren lo que estaba haciendo pero desistió de ello. Estaba agotado. Hacía menos de veinte horas que habían llegado a la estación, y habían pasado tantas cosas que no sabía si sería capaz de asimilar una más.

Se obligó a pedir informes sobre Torio, Diren y Pactor. Este último estaba ascendiendo por la escala en dirección a la torre norte para encontrarse con parte de su equipo en las fábricas.

Los otros dos habían abandonado la búsqueda de Remo y se hallaban descansando como él en otra parte del bosque. ¿Dónde se encontrarían?. Intentó buscarlos con la mirada, pero en su consola no aparecía la imagen de ningún edificio representativo que pudiera ser reconocido desde donde estaba. Además el polvo teñía de gris la atmósfera y resultaba difícil ver la cara opuesta de la estación. Pensó pedirles la situación pero, cada vez más adormecido por las drogas, desistió.

Se negaba a considerar lo que había soñado. ¿Cómo podría hacerlo?. Las madres nunca se mezclaban con los hombres. Ni siquiera salían de su recinto al otro lado de la ciudadela.

Cuando cumplió cuatro años le trasladaron a la escuela donde aprendió a usar el ordenador, a cumplir los Mandamientos Kander, a controlar sus emociones.

Sólo las veía a la hora de las comidas y cada vez con menos frecuencia. Y no era correcto demostrarles la más mínima atención.

Algunas veces las echaba de menos, sobre todo en los dormitorios, las noches en que oía el llanto de otros niños, eco de su propio llanto. Poco a poco aprendió a tratarlas como debía y, aunque a veces le costaba, no volvió a fijarse en ellas más que para pedirles más comida o que le limpiaran algo que había manchado. Y poco más tarde ni eso. Conforme aprendió a atender a sus propias necesidades, dejó de hacerles caso, incluso le llegó a desagradar su presencia. Como debía ser.

Y cuando por fin salió de la escuela para ir a la ciudadela con los demás hombres, cuando por fin fue un hombre, las olvidó por completo.

Pensó que nunca volvería a verlas, que ni siquiera le llamarían cuando llegara el tiempo de aparearse. A otros hombres nunca les llamaban. A él le llamaron cuatro veces y cada una fue más desagradable que la anterior.

¡Y nunca había soñado con ellas!.

"Kander, ¿qué me está pasando?."

Tenía que recordar algo, algo que le había pasado desapercibido en su momento y no conseguía localizar.

Los Antepasados vivían con las madres.

Vivían juntos y se divertían juntos, hasta se tocaban y hablaban con ellas.

"¡Hablaban con ellas!"

"¿De qué podrían hablar?"

No. Imposible. Kander les había dado la misma educación que recibían los Antepasados. Si ellos vivían apartados de las madres era porque así era como vivían aquellos.

Kander les dio la misma educación.

"En las fotos había hombres y madres y niños. Incluso las fotos en las que estaban vestidos, no me di cuenta antes, pero había madres. Seguro que había madres."

"Estaban ocultos. Los libros estaban en un lugar aparte para que nadie los viera. Porque eran aberraciones."

"¿Por qué nos iba a mentir Kander?."

Asustado, intentó despejar su mente de las extrañas imágenes que le habían despertado pero una y otra vez las preguntas volvían a asaltarle.

"Debo pensar en otra cosa. ¡Kander, debo pensar en otra cosa!. ¿Qué es lo que llevo toda la tarde intentando recordar?. Sé que es importante pero no consigo localizarlo. Es algo que dijo Diren. ¿O Lodren?. ¡Kander!, ¿¿Qué era??."

Las madres no tenían apenas inteligencia. No sabían leer y, desde luego, no sabían casi nada de ningún tema que no fuera la crianza de los niños y la preparación de las comidas. ¿De qué podrían hablar los hombres con ellas?.

"Es algo que dijo Lodren, estoy seguro."

Contemplando el paisaje ante él, lo comparó con el que había visto en su sueño. Sí, podía llegar a ser un paisaje hermoso cuando los árboles tuviesen hojas, cuando el césped tapizara toda la extensión de la esfera, cuando el aire fuera tan limpio que...

De repente abrió los ojos con sorpresa.

- ¿¡Qué...!?

Por fin comprendió lo que le había estado evadiendo desde que llegaron a la estación. Era un comentario tan al azar y en tales circunstancias que le había pasado desapercibido en aquel momento pero dejándole la sensación de que tenía que pensar en ello más tarde, cuando tuviera tiempo.

"¿Cómo pudo saberlo?."

En su sueño había visto aparatos que volaban por el aire, cerca de los polos y tripulados por un hombre que, moviendo unos pedales con las piernas, casi como una bicicleta, agitaban unas alas articuladas que les permitía ¡volar!.

Había visto dibujos de esos mismos aparatos en el libro que había examinado, el que narraba cómo fue construida la estación orbital.

Pero mucho antes de eso, apenas llegaron a la estación, Diren le había descrito esos mismos aparatos.

Intentó recordar el camino que había seguido Diren. El único edificio en el que entró fue en la biblioteca. Allí había cuadros, maquetas y las láminas. En ninguno de ellos había la más mínima representación de un aparato similar, se habría dado cuenta antes.

También había un libro y en él se veían dibujos de estas extrañas aerobics.

¡Diren había mirado en el libro!

¡Había desobedecido a Kander!

¿Cómo pudo hacerlo?.

Era evidente que Diren no era de fiar, había que degradarlo y encerrarlo hasta que Kander fuese informado y decidiese el castigo o la cura a su desobediencia.

Volvió a recostarse sobre la hierba, más tranquilo al saber cuál era el problema que le acuciaba.

(hay algo más)

Imaginó la situación. Reuniría a todos los jefes de equipo y, cuando menos lo esperaran, le acusaría ante todos de haber visto el libro. Le encerrarían y esperaría tranquilamente la decisión de Kander.

No. No podría acusarle simplemente de haber visto el libro pues eso sería tanto como admitir que él también lo había visto. ¡No podía acusarle!

Si hubiera algo distinto, algo que hubiera dicho y que demostrara que había desobedecido algún Mandamiento pero sin hablar para nada del libro.

Diren le había desobedecido al entrar en el edificio teniendo órdenes de dirigirse a la torre sur y gracias a su desobediencia había adquirido gran cantidad de conocimientos sobre la estación. Si hubiera sido cualquier otro, Andis ni se plantearía la posibilidad de amonestarle, pero era Diren, había desobedecido sus órdenes, tenía que recibir un castigo.

"También yo. También yo he examinado los libros y he visto cosas que creía imposibles ¡que son imposibles!. También yo merezco un castigo."

"Y Pactor, por imaginar que el Terror de Kander..."

"¡¡El Terror de Kander!!"

"¡Lodren!. Él lo dijo."

Lodren era un hombre de gran inteligencia, con grandes conocimientos que abarcaban muchas ramas de las ciencias puras, la medicina y la tecnología. También era impaciente y se irritaba con facilidad por la incompetencia de los demás, lo que le llevaba a veces a portarse como un tirano con sus hombres.

Pero siempre sabía lo que decía, o eso creía Andis.

Fue hacía apenas unas horas, mientras le explicaba cómo se había producido la muerte de Chaco. Cuando Chaco y Remo se separaron de las paredes de la esfera por las convulsiones provocadas por...

"... el Terror de Kander."

"Dijo 'el Terror de Kander'."

Lodren había sido el primero que reconoció el ataque de Terror y lo identificó como un ataque del Enemigo. El mismo tipo de ataque que hacía cuarenta y dos años había acabado con los Antepasados, que estuvo a punto de acabar con toda la humanidad.

Y en una conversación mantenida horas más tarde, llevado por el entusiasmo que le embargaba siempre que intentaba resolver problemas científicos, mencionaba, casi sin pensar en ello, algo que no podía ser.

"El Terror de Kander."

Recordó que había estado a punto de plantearle a Lodren las dudas de Pactor, pero no llegó a hacerlo del todo, le pareció una idea tan ridícula que, estaba seguro, Lodren se reiría de él.

Pero recordaba también que había empezado a hablar antes de detenerse y cambiar de idea. ¿Era posible que Lodren...?

No. Era un ataque del Enemigo. Tanto Lodren, como Diren y Kestar estaban convencidos de ello.

"Era lo mismo, eso dijeron, era lo mismo que les atacó cuando apenas tenían cinco años. No puede haber sido Kander. ¡No puede haber sido Kander!."

"Si así fuera significaría que Kander nos ha mentado."

"Si así fuera significaría..."

"¡¡NO PUEDE HABER SIDO KANDER!!"

CAPITULO VII

Cuando Lodren tenía que organizar el trabajo de muchos hombres a la vez, dándoles órdenes continuas y vigilando que las cosas se hicieran bien, era feliz.

Podía estar agotado después de más de treinta horas seguidas de duro trabajo, pero el enfrentarse a un problema aparentemente insoluble hacía nacer en él un vigor que podía dejar agotado al pimpollo más jovencillo de la segunda camada.

Hacia poco más de tres horas estaba dispuesto a tirar la toalla, rendirse al agotamiento y delegar su trabajo en Tooper.

Pero el reto de introducir el tanque de combustible en la torre sur había hecho que surgieran de su interior energías que creía agotadas.

Acicateando continuamente a sus hombres había conseguido despejar su mente del cansancio y, milagrosamente, la enésima idea que se le ocurrió para resolver el enorme problema resultó ser la más loca, la más suicida, la más desesperada... y la única que podía funcionar.

Explicó su plan a los hombres y éstos, moviendo incrédulos las cabezas, le explicaron las mil razones por las que sería imposible conseguirlo.

Lodren los dejó hablar durante diez minutos antes de decir:

- Vamos a hacerlo.

Y es que el problema era bastante peliagudo.

Introducir un tanque de combustible de veintidós metros de largo y seis de diámetro por una puerta de treinta por diez podía parecer sencillo. Pero si esa puerta estaba en la pared de un cilindro de quince metros de radio, que giraba a razón de una vuelta por minuto, la cosa se complicaba un poco. El tanque tenía que tener la suficiente velocidad como para que empezara a entrar por el lado de giro de la puerta y haber entrado del todo para cuando el marco opuesto hubiera recorrido los cuatro metros que tendría de margen. Como el tanque era cilíndrico podrían aprovechar para reducir el margen de seguridad en casi un metro. Era como pasar entre las aspas de un ventilador. Si ibas lo suficientemente rápido y eras lo bastante delgado, pasarías. Si no, acabarías convertido en lonchas de salami.

Pero luego venía el segundo problema.

Mientras mayor fuera la velocidad del tanque, mas distancia necesitarían para detenerlo. Y, a la mínima velocidad posible para pasar por la puerta, un metro y ochenta y cinco centímetros por segundo, necesitarían, con todos los tractores de los que disponían, más de cincuenta metros para detenerlo, y eso lo llevaría a destrozarse contra la pared opuesta de la Torre.

Bueno, no exactamente la opuesta pues en el tiempo que tardaría en llegar hasta ella, la torre habría dado un cuarto de vuelta, pero el resultado sería el mismo.

En un momento de desesperación, Lodren pensó incluso en calcular la velocidad y trayectoria necesarias para que, entrando por la compuerta, el tanque recorriese el diámetro de la Torre en el tiempo exacto... ¡para salir por la puerta que había girado para colocarse en su camino!. Se rió para sí, pensando que sería como un balancín, como un...

- ¡...Un péndulo!. - gritó por la radio alarmando a todos los hombres que estaban sintonizados con él.

Era imposible, dijeron sus hombres, la precesión, la fuerza de Coriolis, las leyes del péndulo, incluso el principio de la entropía utilizaron como argumento para demostrarle que no se podía hacer.

Fue inútil.

Soldaron unos arpones en la cara interna de la torre. Calcularon la distancia que tendría que tener un péndulo para que el período de oscilación coincidiese con el período de rotación de la estación. Después Lodren se dio cuenta de que esa distancia no tenía tanta importancia como había creído en un principio, pues realmente no iba a ser un péndulo, pero decidió callarse ese dato antes de que sus hombres empezaran otra vez a sacar conclusiones y discutir con él. Sacaron cuatro cuerdas por la puerta de las que se colgaron cuatro hombres que más bien parecían flanes, y la fuerza centrífuga se encargó de colocarlos a unos cuarenta metros justo enfrente de la ventana.

La pericia de Draken le permitió lanzar el tanque, sin el más mínimo indicio de giro, en dirección al punto que ocuparían los hombres en el momento del encuentro. Y, montados en el tanque, otros cuatro hombres maldecían en silencio el día que entraron a formar parte del equipo de Lodren.

La cita se produjo con precisión centimétrica. En los tres segundos en que las cuatro parejas pudieron tocarse las manos, cuatro cables se engancharon en cuatro anclajes que habían sido soldados en la superficie del tanque.

La torre siguió girando, el tanque intentó seguir en línea recta, los cables se tensaron, y el tanque comenzó a dar vueltas alrededor de la torre a la misma velocidad angular que ésta, permaneciendo inmóvil en relación a la compuerta.

Lodren pegó un grito de alegría. Sabía que funcionaría.

El resto de sus hombres tardó exactamente cinco segundos en librarse del asombro y la incredulidad para unirse a él en sus vítores. Si no llegan a estar en el vacío del espacio, si la radio llega a estar abierta, hubieran ensordecido a todos los que les hubiesen oído.

Lo demás era fácil. Lanzaron unos cables en la dirección contraria al giro atándolos a unos tornos en la pared de la torre para que conforme izaban el tanque hacia ella, ir frenando su velocidad lineal de tal forma que la velocidad angular fuese siempre la misma y evitar de ese modo el efecto de Coriolis.

El tanque pasó por la puerta a menos de diez centímetros por segundo y lo detuvieron justo en el eje de la torre.

Si después descubrieron que en el extremo de la torre había una compuerta por la que el tanque hubiera podido pasar con la mayor facilidad del mundo, ¿qué importaba?.

¡El trabajo había sido una obra de arte!

* * * * *

Andis observaba impaciente a los hombres de Lodren mientras desembalaban las cajas rescatadas de la nave destruida. Ardía en deseos de exigirles mayor rapidez en su tarea, pero se contuvo pues sabía que, aunque animados, los hombres estaban agotados: algunos llevaban trabajando sin descanso desde hacía más de treinta horas. La falta de sueño redundaría tarde o temprano en la eficacia, pero era imperativo comunicarse cuanto antes con la Tierra.

Hizo un repaso a todo lo que tenía que decir.

El accidente, la muerte de Kander, la destrucción de la nave y la lanzadera de Miro, el Enemigo, Diren, Pactor, ...

...las madres.

Tenía miedo.

¿Cómo contar a Kander lo que había llegado a pensar?.

¿Le castigarían?.

De todas formas tendría que asegurarse de que sólo personas de muy alta graduación oyesen sus noticias, no podía hablar de ciertos temas con un técnico de radio cualquiera. Había cosas demasiado indelicadas de las que hablar.

Se preguntó por enésima vez cómo plantearía el tema de las madres. ¿Se daría cuenta Kander de que por un momento había dudado de él? ¿De que por un momento había pensado, no, imposible, que Kander les había mentido?.

Incluso se avergonzaba de haber pensado callarse.

Tenía que decirlo. Si no, Kander se daría cuenta y lo relevaría del mando.

Impaciente, observó a los hombres que conectaban el ordenador, las baterías y la radio de larga distancia. Cuando todo estuvo preparado los hombres le hicieron una señal. Andis abrió la consola de su brazo y la conectó a la radio. Cerró el circuito para hablar en privado con la Tierra y comenzó a llamar.

Apenas había llamado tres veces cuando le contestaron.

- Andis, cerebro oírte. Creímos que habíais muerto todos. Espera unos minutos, han ido a buscar a Korander.

¡Korander!. ¡Iba a hablar con el mismo Korander!. ¡El portavoz directo de Kander!.

Intentó organizar sus ideas. Tenía que ser lo más claro posible en explicar lo sucedido. No tenía que callar nada, pues Korander era el mayor grado que podía tener un hombre. Korander sólo informaba y obedecía a Kander. Y todos los hombres tenían que obedecer e informar a Korander.

Por un momento recordó sus pensamientos de unas horas antes.

"Ridículo. Kander nunca nos haría daño. ¡Nunca!."

¿Cómo le había pasado esa idea por la imaginación!?

Si Kander se enteraba sería su fin. El fin de Lodren y de Pactor por haber pensado algo tan horrible que no podía ser cierto. Y el fin para él mismo pues ¿no había pensado por un momento que tenían razón?.

"Y Kander sabe todo lo que pasa por nuestras mentes. Nos lee el pensamiento, lo sabe todo acerca de nosotros, no se le puede engañar."

(creímos que habíais muerto todos)

"¿No lo sabían?. Pero Kander debió notar nuestras mentes. Le habría dicho a Korander que estamos vivos. ¿O no?."

Andis intentaba pensar a toda velocidad antes de que llegase Korander. Si no sabían que estaban vivos podía ser por dos motivos. O bien Kander no podía captar sus mentes a tanta distancia, o bien las captaba pero no había informado a Korander ni a nadie en la Tierra. Por otra parte, la Soledad que habían sentido cuando todos supieron al mismo tiempo que Kander había muerto podía haber sido el enlace mental que se había roto. Y de alguna manera su alcance estaba limitado por la distancia.

"¡Kander, desde la Tierra, no siente nuestras mentes tal como nosotros no sentimos su presencia!."

- Andis, informa.

"Puedo aplazarlo. Informar de ello más tarde, cuando haya tenido tiempo para descansar y vea las cosas más claras. No tengo por qué informar ahora. Puedo intentar solucionarlo. Estoy bajo los efectos de una gran tensión, llevo más de treinta horas sin dormir apenas. No es mentir. ¡No es mentir!. Es sólo informar más tarde."

- ¡Andis, informa!
- ¡Korander!. Perdona, estaba distraído. Llevamos muchas horas sin descansar y sometidos a una gran tensión. No te oí. No te oí.

"Calma, Boidabeko, calma. No te pongas histérico. Estás cansado pero no nervioso. Tranquilo."

- Korander. Hemos tenido un accidente con la nave de resultados del cual han muerto Kander, Karel y ocho hombres más. La nave y una lanzadera han sido destruidas. Dos hombres murieron en el interior de la estación aunque de momento sólo hemos localizado a uno. Hemos podido recuperar de la nave diversas herramientas que nos permitan sobrevivir durante algún tiempo pero aún ignoramos cuánto. Nuestros principales esfuerzos han estado encaminados a restablecer el contacto con la Tierra. Espero instrucciones.

- Andis, imagino que estáis todos muy nerviosos. Voy a comunicarme con Kander para ver lo que hacemos. Kander me dijo hace apenas unas horas que iniciara la construcción de una segunda nave aunque no me dijo que estabais vivos. Descansad dentro de lo que sea posible. Dentro de unas horas volveré de hablar con Kander y os daré más instrucciones.

- Sí, Korander.

- Ahora quiero que me des un informe detallado de todo lo ocurrido. Envía todos los datos que haya en el ordenador mientras me haces un resumen.

- Lo siento, Korander. Los ordenadores de la nave y de la lanzadera uno, donde estaban la mayor parte de los datos, han sido destruidos. Desde entonces hemos usado el ordenador de la lanzadera dos y acabamos de montar otro en el interior de la estación. Te enviaré los datos de la memoria de la lanzadera.

Andis pensó intensamente antes de obedecer a Korander. Las conversaciones mantenidas por radio estaban en la memoria del ordenador, pero no eran analizadas cuando estaba activo el privado. Aun así no tenía la menor duda de que una vez en la Tierra se analizarían de inmediato y esa sería la perdición de Pactor y de Lodren.

Y su propia perdición.

Sabiendo que se estaba jugando mucho más que el grado de Andis pidió al ordenador de la lanzadera que enviara sólo los datos de telemetría al ordenador que acababan de montar en la estación. Unos diez segundos más tarde, acabada la transmisión, pidió a este último que enviara los datos a la Tierra.

- Korander, acabo de transmitir los datos. Procedo al resumen de los hechos.

Durante más de diez minutos fue describiendo todo lo ocurrido desde que avistaron la estación. La llegada, la primera misión de reconocimiento, el desembarco, el accidente, el Terror, las reparaciones, la generación de la atmósfera, el rescate del material que pudieron coger de la nave, las maquetas de varias estaciones que encontraron en un edificio... No mencionó los libros, ni la conversación mantenida con Pactor, ni el lapsus de Lodren. Por un momento dudó si debía comentar la desobediencia de Diren pero, al pensar que tendría que mencionar de nuevo la biblioteca, decidió no hacerlo.

- ¿Qué están haciendo tus hombres en este momento?

- La mayoría está en un lugar que hemos elegido cerca del ecuador donde Torio está construyendo un refugio. En cuanto esté terminado podremos calentar el aire de su interior y usarlo como base permanente y dormitorios. Los hombres están deseando quitarse los trajes, comer y dormir.

- Está bien, procurad descansar. Ya que no parece haber peligro inmediato no os llamaré con la respuesta de Kander hasta dentro de diez horas, a no ser que él diga lo contrario. No sé cuánto durará la tormenta pero manteneos dentro de la esfera hasta que pase. Ni siquiera vayáis a las torres hasta que os avisemos.

- ¿Tormenta?. - preguntó Andis desconcertado.

- ¿No lo sabías?. Llamamos a Kander una hora antes del accidente. Le informamos que se pronosticaba una fuerte tormenta solar que incrementaría el nivel de rayos cósmicos procedentes del Sol. De hecho en este momento ya se detectan los primeros indicios de incremento en la radiación solar. Por los datos que recibimos antes del accidente sabemos que la corteza de la estación tiene más de quince metros de espesor. Ahí estaréis a salvo pero no se os ocurra acercaros a las torres ni a los ventanales. El paso del frente principal de radiaciones durará unas cinco horas, pero es mejor esperar diez por si acaso.

- Entiendo. - Andis entendió mucho más de lo que Korander le había explicado. Ahora comprendía por qué Kander había reducido los plazos para entrar en la estación cuanto antes. Pero ¿por qué?. Al fin y al cabo en la nave, con la protección de los campos de fuerza podrían haber desviado casi todos los rayos cósmicos permaneciendo totalmente a salvo. ¿O no?.

- A partir de este momento eres Karel, Boidabeko.

Karel.

Durante unos segundos no pudo hablar. No era correcto. No era adecuado que él fuera Karel cuando había tenido dudas, cuando había ocultado información. Korander le había ascendido pero, cuando hablase con Kander, éste le diría que no era digno del cargo.

- Karel, ¿me has oído?.

- Sí, Korander. Gracias.

- Volveré a llamaros dentro de diez horas. Descansad hasta entonces.

Karel cortó la comunicación. Al verlo, los hombres que había en el almacén se acercaron, pero no dijeron nada. Esperaban.

Abrió el circuito de radio y habló.

- Atención. A todos los hombres. Me he puesto en comunicación con la Tierra. He hablado con Korander y me ha dicho que Kander ordenó hace unas horas la construcción de una segunda nave que vendrá a rescatarnos en cuanto sea posible. Hasta entonces tendremos que sobrevivir como podamos y llevar a cabo la tarea que se nos encomendó. Hacer habitable esta estación orbital. Dentro de algunos meses, cuando la nave esté terminada, podremos volver a casa.

Oyó un suspiro salir del pecho de todos los hombres.

- He sido nombrado Karel y procuraré que podamos llevar a cabo nuestro trabajo antes de que vengan a rescatarnos. Sé que hemos perdido muchas de las herramientas que necesitábamos, no podremos construir las habitaciones de Kander tal como se nos había ordenado, pero sí podremos hacer habitable y operativa esta estación. Ahora ha llegado el momento de que descansemos. Jefes de equipo, preparad una guardia mínima para la noche.

Se preguntó si en la Tierra habría anochecido. Sí, eran las dos de la madrugada.

Llevaba trabajando sin apenas descanso casi dos días seguidos.

Los hombres que había en el almacén terminaron de colocar unos aparatos contra una de las paredes y procedieron a retirarse.

Se quedó solo.

En el centro del almacén una ventana redonda permitía ver la luz procedente del foco que habían colocado sobre la cúpula de la torre norte.

Asomándose a dicha ventana contempló la ciudad a su alrededor. A la izquierda vio los dos pasillos, por uno de los cuales descendía una vagoneta a toda velocidad con ocho hombres en su interior.

Cerca del andén de llegada, a unos cincuenta metros de la orilla sur del río, Torio había terminado de construir el refugio y los hombres penetraban en él. Setenta y cinco hombres que se disponían a disfrutar un merecido descanso. Dos hombres quedarían como centinelas, siendo relevados cuatro horas más tarde por otros dos para irse a descansar ellos también.

¿Se había vuelto loco?

Primero Diren. Luego Pactor y Lodren. ¿Y ahora él?

¿Cómo había podido mentir a Kander?

Intentar justificarse era inútil. Aunque lo que hizo fue guardarse una información para exponerla más tarde, Karel no se engañaba a sí mismo. Había mentido.

¿Lo sabría Kander?. ¿Lo notaría?.

Lentamente alzó las manos y abrió los cierres de su casco.

El gélido aire le abofeteó el rostro y el cuello. Sus pulmones quedaron momentáneamente paralizados al recibir tan brutal choque. Unas lágrimas surgieron de sus ojos congelándose instantáneamente sobre sus mejillas.

Dolía respirar.

Había mentido a Kander.

Con los ojos cerrados, Karel aguantó estoicamente el frío durante casi medio minuto hasta que no pudo soportarlo más y volvió a cerrar el casco.

La sangre, al volver a circular por las contraídas venas de su rostro, le dieron una sensación de ardiente sofoco pero al mismo tiempo le sirvieron de alivio. Saltó y se dirigió flotando hacia la puerta del almacén.

No quedaba ya nadie en el andén e hizo el trayecto hacia la ciudad en solitario. Cuando Torio le explicó la forma en que había bajado por primera vez en la vagoneta que descendía de la torre norte apenas pudo creerlo. Incluso cuando Diren y varios hombres más le siguieron, Andis pensaba que era una locura, ¿cómo podían decir que era excitante la sensación de velocidad que producía el descenso?. Sin embargo apenas sentía más que un leve traqueteo durante casi un minuto antes de notar cómo la vagoneta comenzaba a frenar para detenerse justo en el andén. La estructura de los raíles y el diseño de las ruedas eran los que parecían producir el frenado, aunque Lodren no estaba muy convencido, decía que tenía que haber algo más y que le gustaría desmontar una de las vagonetas para ver lo que encontraba en su interior. Fuera lo que fuera, no era ese el único efecto. Aún no habían averiguado cómo lo hacían pero Lodren opinaba que de alguna forma la energía de frenado se transfería a la vagoneta que hubiese en el andén de destino y la enviaba de regreso a su punto de partida. Así, con sólo tres vagonetas y sin ningún sistema de alimentación eléctrica que hubiesen podido descubrir hasta ahora, se había establecido un sistema de transporte que permitía recorrer la distancia del eje al ecuador en menos de dos minutos.

Tarde o temprano lo averiguarían, siempre averiguaban cómo funcionaban los aparatos de los Antepasados aunque muchas veces se habían sorprendido por el ingenio que demostraban en muchas de sus máquinas.

Ojalá todo fuese tan fácil.

Desde el andén caminó por una pradera de césped hasta llegar al refugio.

Dentro, varias hileras de colchonetas aislantes acogían a casi todos los hombres. Según las normas, su colchoneta sería la primera a la derecha, junto a la entrada. Se dirigió a ella. Algunos hombres, desnudos ya, comían sentados en medio del pasillo, otros acababan de llegar y se estaban quitando los trajes, la mayoría dormía bajo la suave luz del refugio. Al quitarse por segunda vez el casco pudo oler el sudor agrio de los hombres y oír los murmullos, gemidos y ronquidos que tan familiares le eran desde la niñez. Se terminó de quitar el traje y se tendió en la colchoneta. Choral, a su lado, se agitó levemente bajo la colcha pero, agotado como estaba, no llegó a despertar. Dudó si debía despertarlo. Necesitaba compañía pero no sabía si sería capaz de gozar con él en estos momentos. Lo que necesitaba era hablar. O mejor, simplemente abrazar a Choral.

Lenta, silenciosamente, sintió que las lágrimas le corrían por el rostro.
No pudo dormir en mucho rato y, cuando el agotamiento pudo con él, tuvo extraños, inquietantes sueños.